

José Adolfo Arroyo

Memorias de un sacerdote cristero

Gustavo Villanueva Bazán

Editor

CUADERNOS

DEL ARCHIVO HISTÓRICO

DE LA UNAM 26

La fe mueve montañas en la imaginación, la tecnología, en la realidad, como entendiera Europa a lo largo del siglo XVII, a la vera de Bacon y Descartes. Aun así, la universidad novohispana se opuso a todo avance epistemológico, dominada por la Iglesia y otros poderes. Para 1865, Maximiliano tuvo que cerrar lo que quedaba de esa universidad, sin que por ello la Iglesia cesara en su afán de influir en el pensamiento nacional, como este documento cristero testimonia: mientras la vanguardia epistemológica mundial alcanzaba las estructuras del átomo, varias regiones de México defendían su derecho a la misma fe que habían mantenido durante siglos. ¿Cuánto del perfil ideológico de estas memorias se conserva entre nosotros? Esa y otras preguntas aguardan al lector en su recorrido por estas *Memorias de un sacerdote cristero*.

José Adolfo Arroyo

Memorias de un sacerdote cristero

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN
Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM

José Adolfo Arroyo

Memorias de un sacerdote cristero

Gustavo Villanueva Bazán

Editor

CUADERNOS

DEL ARCHIVO HISTÓRICO

DE LA UNAM 26



iiue

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

México, 2016

Memorias de un sacerdote cristero / José Adolfo Arroyo ; Gustavo Villanueva Bazán, editor.
--Primera edición.

144 Páginas. – (Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM ; 26. Fuentes para la historia ; 1)

ISBN: 978-607-02-8368-0

1. Arroyo, José Adolfo, 1893- . 2. Conflicto religioso y rebelión cristera, 1926-1929 – Fuentes. 3. México -- Historia -- 1910-1946 – Fuentes. I. Villanueva Bazán, Gustavo, editor. II. Título. III. Serie. F1234.A776.A3 2016

LIBRUNAM 1916234

Este libro fue sometido a dos dictámenes doble ciego externo conforme a los criterios académicos del Comité Editorial del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM.

Coordinadora Editorial
Bertha Ruiz de la Concha

Edición
Juan Leyva

Diseño de cubierta
Diana López Font

Conversión a PDF
Jonathan Girón Palau

Primera edición: 2016

DR© Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación,
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, México, D. F.
<http://www.iiue.unam.mx>
Tel.: 56 22 69 86

ISBN (Impreso): 978-607-02-8368-0

ISBN (PDF): 978-607-02-8369-7

ISBN (EPUB): 978-607-02-8426-7



Se prohíbe la reproducción, el registro o laEsta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons: Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 2.5 (México). Véase el código legal completo en: [Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 México](#)

Hecho en México.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
¿Quién es José Adolfo Arroyo?	9
El Fondo Aurelio R. Acevedo	12
Las memorias de un sacerdote de Zacatecas	13
Las versiones del texto	15
La edición	17
Criterios para la disposición del texto	19
Memorias del Presbítero Don Adolfo Arroyo, Vicario Cooperador de Valparaíso, Zacatecas, donde era párroco primero don José de Jesús Nava, luego don Juan Ibarra Jiménez y por último el señor cura don Mateo Correa, muerto el 6 de febrero de 1927 en Durango por órdenes del callista Eulogio Ortiz	21
ANEXOS.....	121
Anexo 1. Memorias de un sacerdote cristero.....	123
Anexo 2. [Hay que huir].....	135
Anexo 3. Recuerdo de la enfermedad y muerte del Señor Cura, mi hermanito.....	141

PRESENTACIÓN

¿QUIÉN ES JOSÉ ADOLFO ARROYO?

José Adolfo Arroyo Acevedo nació el 15 de septiembre de 1893 en la Hacienda de San Juan Capistrano, Huejuquilla el Alto, Jalisco. Fue hijo legítimo de Manuel H. Arroyo y Ruperta Acevedo, quienes formaron una tradicional familia católica.

Según lo que él mismo anota en sus cuadernos y diarios, desde su infancia sintió la vocación religiosa, que —con el apoyo de sus padres, quienes sin embargo no tenían recursos suficientes— lo hizo ingresar con beca de gracia al Seminario Menor de San José en Zacatecas. Este primer acercamiento a su vocación religiosa tuvo lugar entre octubre de 1912¹ y 1914, cuando se vio orillado a salir con los demás seminaristas huyendo de las tropas revolucionarias que al tomar la ciudad de Zacatecas persiguieron, desterraron y asesinaron a varios sacerdotes católicos.

La Revolución continuó y debido a la llegada de diversos grupos carrancistas y villistas se fueron diezmando los recursos y los ánimos de la población zacatecana. El hambre y las epidemias, sobre todo de tifo —según narra el padre Arroyo—, hicieron que las esperanzas de una solución se perdieran, por lo que para algunos seminaristas, entre ellos el mismo Arroyo, no hubo otra opción que la de huir a Estados Unidos, concretamente a Castroville, Texas, donde los obispos y arzobispos mexicanos habían formado el Seminario Mexicano de San Felipe Neri, sostenido por la Extensión de la Sociedad Católica Americana. Esto sucedió de octubre de 1917 a junio de 1918, ocho meses de destierro, según el padre Arroyo, en los que sufrió momentos de peligro y angustia intensa por la situación tan desfavorable a la iglesia católica y a sus ministros.

Dos meses después, en agosto de 1918, ya de regreso en México, ingresó al Seminario Conciliar de la Purísima en la ciudad de Zacatecas y a los 29 años, en septiembre de 1922, recibió su ordenación como sacerdote.

Desde el 23 septiembre de 1922, el padre Arroyo fue vicario parroquial cooperador de Valparaíso, Zacatecas, donde fueron párrocos, entre otros, José de Jesús Nava, Juan Ibarra Jiménez y Mateo Correa, muerto en febrero de 1927 por órdenes del general callista Eulogio Ortiz.²

¹ Los pormenores del ingreso al Seminario y en general los inicios de la vocación sacerdotal de Arroyo pueden verse en el fondo Aurelio R. Acevedo (en adelante ARA), en la parte correspondiente a la Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 49, expediente 3.

² El padre Mateo Correa llegó a Valparaíso en 1926, en pleno auge de la actividad “acejotaemera” — como se denominó a toda actividad relacionada con la ACJM—, inconforme con las leyes decretadas por el presidente Calles. Es puesto en prisión conjuntamente con el padre Arroyo. Más tarde, en Durango, al negarse a revelar las confesiones de algunos cristeros que iban a ser fusilados, fue fusilado por órdenes

Como se verá en las memorias que ahora se publican, el padre Arroyo, aun antes del inicio de los hechos armados, tuvo una participación activa en la formación de los grupos católicos de donde saldrían los militantes cristeros, tales como la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), los sindicatos obreros y los grupos de damas católicas que de manera más o menos activa participarían en el movimiento armado. Un ejemplo de esa participación fue cuando en 1926 fungía como asistente eclesiástico del grupo local de la ACJM de Valparaíso, así como otros casos que el mismo Arroyo narra en el texto que se presenta.³

De igual manera, en marzo de ese año el padre Arroyo, junto con otros miembros de la ACJM de Valparaíso, fue sometido a un proceso por sedición: por recoger firmas “e incitar a las masas a abolir o reformar la constitución política”.⁴

De hecho, una vez en plena guerra contra el gobierno, Arroyo fue considerado el director espiritual del Regimiento Valparaíso y, muy concretamente, de uno de los más aguerridos grupos cristeros de todo el país, la Brigada Quintanar, comandada por Pedro Quintanar.

Al lado de Aurelio Acevedo, el cronista del movimiento cristero,⁵ Arroyo devendría el gran cronista del movimiento, debido a su proclividad a dejar testimonio de lo que iba sucediendo durante la guerra, lo que lo llevó a crear *Peoresnada*, periódico de lucha —como lo ubica Alicia Olivera—⁶ que era reproducido en papel copia de variados colores, generalmente muy llamativos, y cuya publicación se inició en julio de 1927; en un principio era impreso en máquina de escribir portátil, con la que se sacaban hasta 12 copias al carbón a la vez, en papel sumamente delgado; posteriormente se hicieron algunos números en mimeógrafo y en imprenta.

En sus memorias, el padre Arroyo narra la fundación de este periódico, verdadero representante de la prensa cristera y de los grupos rurales que primero se lanzaron a la lucha:

de Ortiz. Fue beatificado en 1992 y canonizado en mayo de 2000. El general Ortiz fue uno de los más destacados representantes de la milicia revolucionaria y de años posteriores. Conocido por su acendrado furor hacia el movimiento cristero y sus seguidores, muere en abril de 1947 atropellado por un automóvil en Querétaro (véase Enrique Plascencia, “Elogio Ortiz: la domesticación de la violencia”, *Revista de la Universidad de México*, enero, 2002, núm. 607, pp. 13-20).

³ Para estos años iniciales, véase en particular el anexo 1.

⁴ Archivo del Poder Judicial de la Federación en Zacatecas, citado por Luis Rubio en *Zacatecas bronco: introducción al conflicto cristero en Zacatecas y norte de Jalisco, 1926-1942*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2008, p. 36.

⁵ En el *David* del 22 de julio de 1966, número 168, hay una nota, seguramente de Aurelio Acevedo, en la que se menciona al padre Arroyo como “nuestro cronista en Zacatecas”, y se afirma que desde su infancia llevaba un diario íntimo que perdió ese carácter durante la persecución callista, pues, una vez que se asentaron las autoridades militares de los cristeros en la zona de Valparaíso y Huejuquilla, aprovecharon las noticias y hechos de armas que en el diario se contenían y que además se publicaban en el *Peoresnada*.

⁶ En 2005 Alicia Olivera de Bonfil y Víctor Manuel Ruiz Naufal publicaron *Peoresnada, periódico cristero*, México, CONACULTA/INAH, 2005, con transcripciones de esa publicación realizadas por Amparo Godínez.

viendo la necesidad que en la región había, y aún hay, de prensa católica, tanto para defensores como para los demás católicos, me resolví a escribir una hojita semanal, haciéndolo con regularidad desde el mes de julio. Ha sido bien acogida por todos, gracias a nuestro Señor. Primeramente salió dicha hojita tres veces sin nombre, pero después, instado por algunas personas, ya le puse el de *Peoresnada*, que me pareció muy adecuado [...] Primero salían las tiradas de 10 hojitas, después de 15, después de 25 y ahora es la tirada de 60 semanales.⁷

Con el padre Arroyo colaboraban Vicente Viramontes, jefe de operaciones, delegado de la Guardia Nacional del Centro y administrador y responsable del periódico, y Aurelio Acevedo, quien a lo largo de la lucha armada fue ocupando cargos importantes en la organización de los grupos cristeros hasta llegar al de jefe del Comité Especial de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, es decir, el jefe militar del conflicto cristero, sobre todo en la segunda etapa del movimiento.

Sin duda alguna el periódico *David* —que sobrevivió poco tiempo a la muerte de Aurelio Acevedo, su fundador (acaecida en 1968)—, y *Peoresnada*, del padre Arroyo, son los medios impresos de comunicación más importantes y representativos de los grupos cristeros, pues surgieron en el campo de batalla y en la escena misma del conflicto armado. *Peoresnada* dejó de publicarse a finales de 1929.

Aun con todas las simpatías que el movimiento católico despertaba en el padre Arroyo, no existen noticias de que haya participado de manera armada. Fue un guía espiritual de los católicos zacatecanos en esa difícil etapa, pero no podemos decir que haya empuñado un fusil o se haya adentrado en el campo de batalla; sin embargo, nunca dejó de ser ese personaje atento a proporcionar los servicios espirituales a los católicos, levantados o no en armas. Prueba de ello son las largas jornadas de confesión y de oficios religiosos cuando llegaba a un pueblo, que él mismo narra en sus memorias. Por eso mismo, podemos afirmar sin ningún resquemor que el padre José Adolfo Arroyo, aun sin participación militar, fue un aguerrido luchador católico en aquellos momentos críticos, por lo cual fue perseguido y hasta encarcelado; fue un guía de los militantes, de los católicos más o menos pasivos, de los grupos católicos que se empezaron a formar desde antes de la guerra tal vez a manera de previsión.

Es en este sentido que resulta de mucho interés la lectura de sus memorias, en tanto ofrecen pormenores de esas organizaciones y de la forma en que se va gestando el movimiento en los lugares que Arroyo frecuentó, como Valparaíso, Zacatecas y su natal Huejuquilla el Alto, Jalisco.

Una vez que el conflicto se diluye y las actividades van tomando sus formas cotidianas, el padre Arroyo continúa con su labor sacerdotal en Valparaíso hasta que en enero de 1937 su salud empieza a resquebrajarse, y de ese mes hasta el de mayo le sucede una serie de complicaciones que preocupan a su familia y amigos al grado de pensar que no llegará al fin de año. Sus síntomas anunciaban ya un deterioro físico y, si bien pudo sobreponerse de esa primera caída, sus órganos vitales, corazón, hígado, pulmones,

⁷ Véanse las memorias del padre Arroyo objeto de esta publicación, folio 54/116.

se encontraban en tan deplorable estado que el siguiente año fue fatal. El padre José Adolfo Arroyo murió el 9 de septiembre de 1938.

EL FONDO AURELIO R. ACEVEDO⁸

Los documentos que conforman el Fondo Aurelio R. Acevedo, entre los que se encuentra la Colección Padre José Adolfo Arroyo, fueron donados en junio de 1985 al Archivo Histórico de la UNAM —mediante contrato— por los hijos de este combatiente cristero. Se trata de 69 cajas archivadoras que equivalen a 10.73 metros lineales cuyos años extremos son 1920 y 1973. Contiene además 1 895 fotografías con temas referidos a las cuestiones religiosas y del movimiento cristero. Las imágenes se encuentran en negativos, en positivos en blanco y negro, y sepia, en tarjetas postales, esquelas, fotomontajes, botones, cintillas, cianotipos y positivos. Asimismo se contienen revistas y folletos, periódicos, algunas cintas magnetofónicas y bibliografía y folletería con temática religiosa y cristera, y la biblioteca particular de Aurelio Acevedo, donados también junto con los otros documentos del fondo.⁹

Dos son las partes medulares del Fondo Aurelio Acevedo: la sección Militante Cristero y la de Editor e Impresor; o sea, testimonios de acciones concretas, de organización, de propaganda y de comunicación entre los mismos cristeros, de administración de recursos, por un lado; y testimonios de sobrevivientes, relatos, memorias, versiones de quienes participaron en el movimiento, por el otro.

Precisamente dentro del Fondo Aurelio R. Acevedo, la colección de documentos del padre José Adolfo Arroyo merece una mención específica, pues contiene correspondencia personal, agendas, diarios y memorias que muestran la trayectoria del personaje en sus diversas actividades, sobre todo, por supuesto, las religiosas y, en este caso específico, las relacionadas con el conflicto cristero. Los documentos del padre Arroyo formaban parte del Fondo Aurelio R. Acevedo cuando ingresó al AHUNAM, esto seguramente por la constante colaboración y afinidad entre los dos personajes que, más allá de la amistad, llegaba al parentesco, como señala el propio Arroyo en algún pasaje de las memorias.

Los documentos que conforman este grupo se conservaron como colección porque constituyen un cuerpo independiente dentro del fondo y, de hecho, al parecer así se le habían integrado; además, la personalidad del padre Arroyo, como participante en

⁸ El Fondo Aurelio R. Acevedo es uno de los seis fondos con temática cristera que se conservan en el Archivo Histórico de la UNAM. Para mayor información acerca de los demás fondos documentales con esa temática véase Gustavo Villanueva, “Los fondos cristeros del Archivo Histórico de la UNAM”, en *Los cristeros. Conferencias del Ciclo de Primavera de 1996*, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1996, pp. 113-131.

⁹ A principios de 2009 el Archivo Histórico de la UNAM entregó al donador, Cristóbal Acevedo, hijo de don Aurelio, una versión en microfilme de todos y cada uno de los documentos que conforman este fondo, así como una digitalizada de sus imágenes, y una copia de los diversos instrumentos para su consulta elaborados en el AHUNAM.

el conflicto y como cercano a Aurelio Acevedo, dio la pauta para mantener sus documentos con cierta independencia respecto a los demás, o sea, como una colección en sí misma.

Esta colección documental es sumamente rica en información en torno al movimiento cristero, sobre todo en los estados de Jalisco y Zacatecas. Se conserva en ocho expedientes resguardados en dos cajas archivadoras, con documentos tales como el Álbum de la Junta Regional de Autoridades Administrativas y Judiciales, celebrada en Valparaíso a fin de establecer los criterios de gobierno para pueblos y ciudades tomados por los cristeros; notas personales, cartas, diarios y agendas y, por supuesto, las memorias que son objeto de esta edición. También incluye algunos documentos del Juzgado de Letras y de la Presidencia Municipal de Huejuquilla el Alto, Jalisco, cuando este pueblo se hallaba en poder de los cristeros.

LAS MEMORIAS DE UN SACERDOTE DE ZACATECAS

Las memorias son escritos compuestos por recuerdos de vivencias y experiencias de alguien a lo largo de su vida. Suelen ubicarse dentro del común denominador de autobiografías y de manera genérica dentro del género de la biografía, aunque la memoria —como el mismo término pudiera indicarnos— es algo menos formal, es decir, se construye a partir de recuerdos, de evocaciones que buscan en muchos de los casos el placer por el recuerdo o el autoelogio en aras de la edificación de una imagen a menudo ilusoria, aunque no por ello falsa. En ocasiones, las memorias pretenden hacer la alabanza y justificación no del autor y de sí mismo sino de hechos o acciones, movimientos sociales, políticos, bélicos u otros en los que participaron y que conviene conservar y poner en alto a través del tiempo. Este último, considero, sería el caso de las memorias a que nos remitimos en la presente publicación.

La memoria, como género literario, es muy favorecida en momentos críticos, sobre todo por aquellos que de alguna manera participaron de ellos y se sienten con la obligación moral de dejar un testimonio acerca no necesariamente de su participación, pero sí de un acontecer enmarcado en un contexto lo más general y amplio posible.

En el caso del movimiento cristero existen varios ejemplos de esa necesidad, llamémosla así, de dejar un testimonio a manera de memoria. De ese modo, en el *David*, que ya hemos mencionado, se publican algunas memorias, entre las que destacan las del doctor José Gutiérrez Gutiérrez,¹⁰ teniente coronel del Estado Mayor cristero; las del coronel Exequiel Mendoza Barragán, cristero que actuó en Michoacán, específicamente en la zona de Coalcomán;¹¹ los recuerdos del capitán Isidro Topete Estrella, cristero de Ejutla, Jalisco;¹² los del señor Felipe Topete Santana, presbítero de

¹⁰ Se inicia su publicación en *David*, año 1, 2.ª época, mayo, 1953, núm. 10; en los números posteriores se continúa publicando fragmentos.

¹¹ *David*, núm. 127, febrero de 1963.

¹² *David*, núm. 161, diciembre de 1965.

San Luis Potosí, o las memorias de la coronela cristera queretana Agripina Montes, publicadas también en el *David*, que, como hemos visto, se convirtió en el foro de manifestación y desahogo de los cristeros una vez acabada la rebelión. Varias son, pues, las memorias de aquellos viejos combatientes, y quisiera por último mencionar las de don José de la Luz León, cristero poblano que posteriormente encontramos como fundador del Partido Acción Nacional en el estado de Puebla.¹³

En el fondo documental de Aurelio R. Acevedo se conservan varias versiones de las memorias del padre Arroyo que ahora publicamos. Se trata de una pormenorizada relación de sucesos que giran en torno a la vida del padre José Adolfo Arroyo y que, por la época en que se suscitan, adquiere relevancia en tanto testimonio de la formación de los grupos católicos en las regiones de Valparaíso, Zacatecas y los Altos de Jalisco, especialmente en Huejuquilla el Alto, donde no sólo se inicia el movimiento cristero sino que permanecerá entre sus principales bastiones.

El texto que ahora publicamos abarca el periodo que va de 1925 a 1928 y está escrito a manera de diario, basado precisamente en las agendas y memorándums que durante su vida elaboró el padre Arroyo (en las cuales consignaba los sucesos relevantes del día), es decir, en sus diarios personales.

En algún momento este texto, escrito para su publicación por entregas, muy probablemente en el *David*, de Aurelio Acevedo, se preparó editorialmente, se revisó la ortografía, la redacción, se le cortaron algunos párrafos y se le agregaron otros, en fin, tarea editorial muy probablemente realizada por Acevedo.

En las memorias del padre Arroyo podemos ver el inicio de la persecución religiosa, el cierre de los templos en julio de 1926 y cómo se van formando los grupos que posteriormente habrán de engrosar las tropas de los cristeros como fruto de su acendrado catolicismo y su consecuente rechazo al régimen que consideran opresor y perseguidor de su religión. Veremos el inicio del levantamiento armado y breves semblanzas de su desarrollo hasta diciembre de 1928, en que Calles entrega el poder a Portes Gil.

Veremos también la actitud de aquellos personajes católicos de la región que, sin atreverse a formar parte del movimiento armado, se organizaron y unieron en aras de objetivos específicos como la búsqueda de libertad de los sacerdotes encarcelados, caso del mismo padre Arroyo. Resulta además interesante observar, a través de la lectura, las formas de pensamiento, los grados de compromiso, la acción y la injerencia de los sectores femenino y juvenil en torno a los temas y acciones que preocupan a la población en general.

Se trata también de un testimonio de cómo se desarrolló la vida en las comunidades de la región durante la crítica etapa de la persecución religiosa por parte del gobierno y la reacción de los sectores católicos que sentían la necesidad de hacer algo ante tal situación. Una fotografía instantánea, literaria, de todas esas pequeñas cosas que en su momento constituyen el motor de la historia de una comunidad, de un pueblo, de una Nación.

¹³ Memorias inéditas de las que conservo un ejemplar en fotocopia en mi archivo personal.

En fin, considero que el texto que se publica es un testimonio que nos lleva a los diversos aspectos de una sociedad en conflicto y las formas en que se prepara para afrontarlo y, en su caso, hacerlo suyo. Es una pieza de microhistoria en donde la comunidad puede verse a través de los ojos del sacerdote, actor más que principal de los pueblos y sus cotidianidades.

Este texto, en relación con los otros documentos que conforman la colección del padre Arroyo, como son las agendas y los diarios, definitivamente, da material suficiente para una microhistoria de Huejuquilla el Alto, Jalisco y de Valparaíso, Zacatecas, poblaciones muy cercanas entre sí.

LAS VERSIONES DEL TEXTO

Existen cuatro versiones de las memorias del padre Arroyo en el fondo documental Aurelio R. Acevedo conservado en el Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM).¹⁴ La primera, que denominaremos *ACJM*, sin fecha pero quizá de 1929 (meses después de que Calles dejara el poder), está escrita en hojas media carta por las dos caras, a máquina y con tinta roja. Se inicia en el folio 21 y termina en el 145, que en realidad debería ser el 144, pues al parecer hubo un error en la numeración y se omitió el 144 (en la foliación anotada durante el procesamiento archivístico se numeró del 1 al 62v). En el folio 75 el color de la letra cambia a morado y en el 138 a azul. Al parecer, *ACJM* es la más acabada, lista, podríamos decir, para su publicación; sin embargo contiene algunas correcciones hechas con tinta, aunque pocas, lo que nos hace ver —comparándola con las otras versiones— que ésta carece de algunos datos presentes en las demás. Por otra parte, el hecho de que se inicie en el folio 21 hace pensar que existe otra aún más completa no conservada en el fondo Aurelio R. Acevedo. La versión a que nos referimos se inicia con el título “La A. C. J. M. en Valparaíso” —de ahí las siglas que le asignamos— y se refiere inicialmente al año de 1923.¹⁵

Por su parte, la segunda versión, que denominaremos *VV* (Vicario de Valparaíso) y que data probablemente de 1929 a 1931, se halla provista del título “Memorias del Padre Arroyo”, con una portadilla en cartulina gris que a la letra dice: “Memorias del Pbro. D. Adolfo Arroyo, Vicario cooperador de Valparaíso, Zacatecas, donde era párroco primero D. José de Jesús Nava, luego D. Juan Ibarra Jiménez y por último el Sr. Cura Don Mateo Correa, muerto el 6 de febrero de 1927 por órdenes del callista Eulogio Ortiz”. Se trata de un manuscrito en hojas de papel delgado, o sea, una copia al carbón. Se inicia la foliación originalmente desde el número 2 y termina en el 70. Relata en principio la visita de Manuel Pacheco, miembro de la Acción Católica, en el mes de julio de 1925, narración que en la *ACJM* se encuentra en el folio 32, por lo que, definitivamente, esta versión es más corta. Tiene muy pocas correcciones al mar-

¹⁴ ARA, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 50, expediente 7.

¹⁵ *Ibid.*, fols. 1-62v.

gen y sobre la caja del renglón, y varias tachaduras que corresponden a correcciones hechas al original mecanuscrito.¹⁶

La tercera versión, que denominaremos *vva*, tampoco tiene fecha y resulta, a su vez, una copia al carbón de *vv*, salvo que a ésta le faltan dos folios. Tiene igualmente pocas correcciones y tachaduras.¹⁷

A la cuarta versión, que denominaremos *vvb*, le faltan, de origen, los siguientes folios: 1 a 18, 20 y 21, y 23 a 25. Es igualmente una copia al carbón de un original común a *vv* y *vva*, y lo que les da sus características específicas son las anotaciones y tachaduras que se encuentran en cada una de ellas. *vvb* tiene una guarda en cartoncillo gris con las siguientes inscripciones: “Gertrudis Cárdenas, Florencio Jaso Estrada, Flumencio Epitacio Lamas”.¹⁸

Si bien –como hemos sugerido– el texto que ahora publicamos podría parecer una versión de los diarios del padre Arroyo para su publicación en *David* por Aurelio Acevedo, en un memorándum –el número 6 del padre Arroyo– se anotan los sucesos que se dan entre el 9 de mayo de 1925 y el 29 de abril de 1927.¹⁹ De modo que, confrontando el memorándum con el original que publicamos, se puede apreciar que los acontecimientos principales coinciden pero hay una importante diferencia: generalmente en las memorias es más abundante la narración, y los datos concretos, más precisos en el memorándum.

Esto nos deja ver que nos hallamos ante dos intenciones distintas del mismo autor al escribir uno y otras. Ese autor no podría ser otro que el padre Arroyo, pues era quien tenía los elementos para desarrollar esas memorias; y, por su parte, los memorándums, elaborados cotidianamente, le sirvieron de apoyo mnemotécnico para ese texto que se preparó para publicación.

El registro diario o periódico de las acciones y en general de lo que cotidianamente le sucedía o llamaba la atención, se encuentra pues en los memorándums, y el texto de las memorias fue realizado con posterioridad con la finalidad de compartir con un público amplio esos recuerdos, esas vivencias, esos acontecimientos, tal y como lo hizo con sus aportaciones primero al *Peoresnada* y luego al *David*. La preparación editorial habría sido realizada por Aurelio Acevedo para su inclusión por entregas en el *David*, como sucedió, y, quizá, con la anuencia o participación del propio Arroyo si, como es muy probable, alcanzó a prepararlas o disponerlas para su publicación en la primera época del *David* (1937-1939).

Ahora bien, la publicación en *David*, aunque inconclusa, no tuvo lugar realmente hasta abril de 1952, cuando se presenta de la siguiente manera: “Las interesantes memorias del Padre Arroyo nos refieren con abundantes detalles la persecución religiosa y la defensa cristera: Comienza con la organización de la A. C. J. M. en Valparaíso, Zac.,

¹⁶ *Ibid.* fols. 63-133 (la foliación original se inicia con el número 2 y termina en el 70, no se cuentan ni la portadilla ni la primera foja).

¹⁷ *Ibid.* Durante el procesamiento archivístico no se le aplicó número de folio.

¹⁸ *Ibid.* Al igual que en *VVa*, durante el procesamiento archivístico no se aplicó número de folio.

¹⁹ Memorándum núm. 6, del 9 de marzo de 1925 al 29 de abril de 1927, en ARA, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 49, expediente 3, fols. 157-194v.

a donde se refieren todos los hechos”.²⁰ Esta publicación en el *David* se suspende en el número del 22 de mayo de 1953, aunque se publica en ese número una semblanza de Rosario Recéndez, destacado militante cristero, incluida por Arroyo en sus memorias²¹ y, posteriormente, en enero de 1954, una de María del Carmen Robles escrita por el mismo sacerdote.

No obstante que la publicación de las memorias se reanuda en 1954 (“reanudamos estas memorias que contra nuestra voluntad suspendimos. Reanuda con: Propaganda de la ACJM”),²² nuevamente se suspende en 1956 sin aducir las razones, que se encuentran, sin embargo, en el número 75 del *David*, de octubre de 1958, cuando se aclara en una nota que “para atender a nuestros colaboradores de diferentes lugares, con el propósito de que todos tengan oportunidad de publicar sus narraciones, suspendimos las memorias del Padre Arroyo durante dos años”.²³ Finalmente, en julio de 1966 se puede ver su conclusión, si bien lo ocurrido no es fácil de establecer debido a las constantes interrupciones y reactivaciones de la publicación.²⁴

LA EDICIÓN

Lo primero que me propuse al editar este texto fue elegir la versión sobre la cual se habría de desarrollar el trabajo de edición y publicación. Elegí la segunda versión, denominada *vv*, que fui cotejando con las demás para recuperar anotaciones que iban apareciendo; además, acudí a ellas para corroborar algún dato o para entender alguna o algunas palabras que en el *codex optimus* no era posible.

La elección de *vv* obedece sobre todo a las razones que el mismo autor, posiblemente en acuerdo con el editor (es decir, Aurelio Acevedo), tuvo en su momento. *ACJM*, como hemos dicho, es una versión más amplia pero, al parecer y conforme con la foliación original, incompleta es decir, se observan ya titubeos de los involucrados en la obra sobre qué sí y qué no publicar. La decisión recae finalmente sobre Aurelio Acevedo, quien la publica en el *David* en ausencia de Arroyo, varios años después de fallecido éste.

Considero que, de esa manera, en la presente edición se respeta aquella decisión tomada por Aurelio Acevedo siguiendo los criterios que en su momento seguramente adoptó Arroyo y que habrían obedecido a las condiciones de los militantes cristeros —las cuales llegaron a ser realmente difíciles—, así como a cuestiones que habría considerado íntimas o pudieran levantar controversia. Al preparar la publicación, Arroyo habría, pues, decidido omitir las primeras fojas de *ACJM* (ya en sí probablemente podada), que en la presente edición situamos como anexo 1. Una observación de Acevedo incluida en el número 27 del *David* confirmaría estas hipótesis:

²⁰ *David*, año I, 2.ª época, agosto, 1952, núm. 1, p. 15 (sin día).

²¹ *David*, año I, 2.ª época, 22 de mayo, 1953, núm. 10, pp. 163-164.

²² *David*, año II, 2.ª época, 22 de abril, 1954, núm. 21, pp. 337-338.

²³ *David*, año VII, 22 de octubre de 1958, núm. 75, p. 48.

²⁴ *David*, año XIV, tomo VII, 2.ª época, 22 de julio de 1966, núm. 168, pp. 389-391.

Las memorias del Padre Arroyo están sacadas por él mismo de su “diario íntimo” que llevaba y que comenzó con su acta de nacimiento y bautizo en San Juan Capistrano./ Lo que venimos publicando, pues, es lo correspondiente a la persecución religiosa y defensa armada, pero existen otros detalles en el diario en los que cuenta sus verdaderas “intimidaciones”. En otros casos se encuentran además de las notas diarias con sus novedades, comentarios suyos que de conocerse pondrían en aprietos a más de un personaje de... Pero no seremos indiscretos sino en lo relativo al asunto propiamente cristero.²⁵

Por su parte, *VV* es la versión más legible, aunque, como hemos dicho también, es copia al carbón de un original inexistente en el fondo documental y al parecer la más cercana a ese original mecanuscrito. Sin embargo, al observar el distinto amarilleo de las hojas podría asegurarse que en algún momento esta versión se fue completando con fojas de otras versiones, probablemente con la idea de conformar la versión publicable.

Respecto a los 12 folios que se encuentran en la primera versión (21 al 32) y que quien realizó las tareas de preparación no tenía contemplado publicar, como ya adelantamos, se incluyen al final (anexo 1), a modo de que el lector posea la perspectiva que Arroyo pudo tener cuando elaboró la primera versión (*ACJM*), pero que sin duda no era la misma para cuando elaboró la segunda (*VV*) y lo habría llevado a la supresión de esos folios junto con un coeditor que, como hemos dicho, seguramente fue Acevedo.

Se incorporan además, a las memorias del padre Arroyo, otros dos textos. El anexo 2 es un relato sobre el inicio de las acciones armadas durante el conflicto religioso y la forma en que huye el padre Arroyo de Valparaíso a San Antonio en Jalisco. A pesar de su brevedad, considero que ésta resulta ser una pieza narrativa muy interesante y bien escrita, además de que al final su autor hace una serie de reflexiones profundas sobre el inicio del movimiento y algunos de sus aspectos. El tercer anexo es la transcripción de un breve diario, escrito por María, una de las hermanas del padre Arroyo, sobre los últimos días del sacerdote, su agonía y su muerte, como ya dijimos, acaecida en septiembre de 1938. Es un relato por demás emotivo, con un dejo de ingenuidad por parte de la narradora pero que nos muestra el sentimiento y la preocupación de la comunidad respecto a la salud del padre Arroyo. Estos anexos 2 y 3 se pueden localizar, con la misma clasificación archivística, en la caja 49, expediente 3.

Es preciso señalar que hemos elegido un título más breve que el original para la edición de esta obra, es decir, *MEMORIAS DE UN SACERDOTE CRISTERO*, aunque el original, mucho más extenso, queda en la transcripción que el lector podrá ver enseguida.

²⁵ *David*, año III, 2.^a época, 22 de octubre, 1954, núm. 27, p. 42. El hecho de que Acevedo señale aquí omisiones o cortes que ya se aprecian en *VV* (que incluye notas a mano de Arroyo) es una evidencia de que el propio Arroyo habría hecho esas consideraciones, ya sea para publicar el texto en el *David* o, con mayor probabilidad, en un volumen independiente.

CRITERIOS PARA LA DISPOSICIÓN DEL TEXTO

1) Aun cuando la mayor parte del texto que se publica está trabajada en algún momento para su publicación, como hemos dicho, existen cuatro versiones, además de la publicada en *David*, que se fueron analizando, y se seleccionó la que tiene breves correcciones manuscritas al margen y posee mayor autenticidad. Esto hizo necesaria la tarea de transcripción paleográfica de algunos documentos manuscritos y comentarios que se encuentran sobre todo en los diarios y agendas de la colección y que sirvieron para cotejar los acontecimientos ocurridos en determinadas fechas que también se narran, aunque de manera más prolija, en el texto que ahora se publica. Sin embargo, la generalidad de la obra se halla escrita a máquina. 2) Son comunes los errores mecanográficos, por lo que cuando eran evidentes se corrigieron, así como la ortografía que, en lo general, es buena. 3) Se corrigieron los acentos y se aplicó un sistema de puntuación actual que hiciera más entendible el texto. 4) Se corrigió el uso de las mayúsculas, que resultaba excesivo en su función jerárquica y reverencial. 5) De acuerdo con las normas de presentación del Seminario Archivo Historia del IISUE, las abreviaturas se desataron y las letras que se agregaron se diferenciaron con cursivas. De igual manera, para las palabras en idioma distinto al español se utilizaron cursivas. 6) Cuando era el caso, las anotaciones y correcciones al texto hechas al margen, casi siempre por Arroyo, se añadieron entre corchetes, o bien a pie de página, así como una que otra, mínima, nuestra. Las tachaduras se eliminaron en todos los casos, dado que resulta claro que se trata de errores del copista o tomador del dictado y casi en su totalidad son ilegibles. 7) El final de cada página del original se marcó con dos líneas paralelas: // . 8) Los documentos anexos conservan la foliación dada originalmente: del 21 al 32 en el anexo 1, del 195 al 203 en el anexo 2 y sin foliación para el anexo 3, ya que éste se encuentra en una libreta de notas de las muchas que existen en la colección del sacerdote. Las foliaciones, tanto la original como la aplicada durante el proceso de ordenación del fondo, se consignan separadas por una diagonal, entre corchetes y en negrillas. 9) Para las grafías de números hemos unificado el uso de dígitos para fechas y horas, y de letra para cantidades menores de 10 y número para mayores, que en el *codex optimus* son tendencias titubeantes; los miles de cifra cerrada los damos en letra.

Finalmente, agradezco a Ana Irma González por el apoyo brindado en la captura del texto, y a Juan Leyva, por hacer de la presente edición una obra lo más pulcra posible. Gracias infinitas a ambos.

Gustavo Villanueva Bazán

63

Memorias del
Pbro. D. Adolfo Arroyo
Vicario Cooperador de
Valparaiso, Zac. donde
era Parroco primero D. José de Jesús
Nava, luego D. Juan Ibarra Jimenez y
por último el Sr. Cura Don
Mateo Conza
Murió el 6 de Febrero de 1927 en Durango
por ordenes del Callista
Eulogio Ortiz

IMAGEN 1. Portada de vv o *codex optimus*. ARA, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 50, expediente 7, folio 63.

[/63]¹

MEMORIAS DEL PRESBITERO DON ADOLFO ARROYO,
VICARIO COOPERADOR DE VALPARAÍSO, ZACATECAS,
DONDE ERA PÁRROCO PRIMERO DON JOSÉ DE JESÚS NAVA,
LUEGO DON JUAN IBARRA JIMÉNEZ Y POR ÚLTIMO
EL SEÑOR CURA DON MATEO CORREA,
MUERTO EL 6 DE FEBRERO DE 1927 EN DURANGO
POR ÓRDENES DEL CALLISTA EULOGIO ORTIZ

[1/64]

Era el mes de julio de 1925. Los estudiantes del Colegio Margil de Jesús, que tenía la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* en Zacatecas, así como todos los demás de los otros colegios y escuelas, estaban en vacaciones. Un día recibo una cartita de mi antiguo compañero Manuel Pacheco, que desde Monte Escobedo me avisaba que quería pasar por ésta a su regreso a Zacatecas. Se acercó hasta la *Hacienda del Chacuaco*, donde estuvo con el señor don Eulalio Robles. De allí vino al Astillero, pasaron hasta Valparaíso, pero se regresaron luego, quedando entendidos del día en que vendría ya a aquí de fijo. Lo acompañaba el joven Pedro Salcedo, estudiante del Instituto Científico.

Efectivamente, el sábado 18 llegaron a la población en el auto que mandé y que ya los encontró en el camino.

Callo las muestras de cariño recíprocas que hubo entre ellos y yo.

Otro día, domingo 19, me indicó Pacheco que deseaba ir al panteón a colocar una corona de flores naturales en el sepulcro del señor Nava y que quería que al acto asistieran los obreros y la gente que quisiera. Mandamos hacer la corona de antemano. El domingo a las 11 pasamos a la unión, donde los esperaban las obreras; les habló, las alentó y las invitó al panteón.

A las 12 estuvimos con los obreros y después de unas palabras de aliento que les dirigió nos fuimos a la Calzada de los Mártires, donde se hizo la formación. Como 200 hombres, las obreras, niños y otras personas formaron la columna. Al llegar al

¹ No tiene foliación original, durante su procesamiento archivístico se le aplicó el folio 63, que continúa el número 62 aplicado a la última foja de *ACJM*. Por otro lado, al principio del folio 1/64 se halla el subtítulo o título general "Memorias de un sacerdote de Zacatecas", que suprimimos para dejar solamente el más explícito de la portada (folio 63).

panteón, él y yo cogimos la corona, entramos y, antes de depositarla, tomó la palabra, elogiando al sacerdote héroe del sacrificio, del deber y de la caridad. Volvimos altamente impresionados de la palabra del joven Pacheco.

El lunes 20 se celebró la fiesta de *San Vicente de Paúl*, porque el día anterior no hubo tiempo, fuimos invitados a la comida en el salón del Círculo de Obreros y nuevamente habló Pacheco.

El martes 21 comimos en la huerta de mi tío *don Miguel Rivas*. El miércoles 22 los llevó el joven Juan Francisco Muñoz, alumno del colegio Margil a su rancho, y el jueves 23 salieron para Saucedá.

Los ratos que estuvimos solos le manifesté mis dudas sobre algunos trabajos de acción social, le platicué mis proyectos y le pedí más claras instrucciones sobre el establecimiento y dirección y marcha de un grupo de *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*. Pensaba yo dar el paso definitivo a mi trabajo ya iniciado indirectamente.

REORGANIZACIÓN DE LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE LA JUVENTUD MEXICANA

La conversación que tuve con el joven Pacheco vino a aumentar en mí el gran gusto que tenía de organizar la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*. ¿Cómo hacer? Me encomendé a nuestro Señor. Paso por mi mente los jóvenes de la población y encuentro que son ya algunos y de buena preparación en la Cruzada Eucarística. El domingo 2 de agosto de 1925, desde la hora de misa de los niños, o sea a la misa de 7, avisé a algunos que los necesitaba en la doctrina, que no dejaran de concurrir y que le avisaran lo mismo a fulano, zutano, etcétera. En la santa misa le pedí a nuestro Señor me ayudara. No avisé al párroco, porque quise darle una agradable sorpresa, pues ya sabía el mismo interés que él tenía por la juventud.

Obedientes mis muchachos, como siempre lo fueron a todo lo que les decía, ocurrieron a la doctrina con puntualidad; los que no pudieron hacerlo mandaron decirme que después de la doctrina vendrían. Así fue: de la doctrina me los llevé a mi casa, Parroquia 8, los introduje a lo que en un tiempo fue oratorio y les facilité el fonógrafo del sindicato, diciéndoles que se divirtieran hasta que yo les dijera. Pusieron algunas piezas y canciones, pues ya sabían lo que tenía la grafonola. Entre tanto, llegaron los demás, reuniendo unos 12 muchachos, entre ellos algunos muy chicos, pero que servirían bien para mis deseos e intentos. Sólo faltó en la reunión el que yo deseaba que fuera el presidente.

Cuando ya se acercaba la hora de que se retiraran a sus casas, los hi- [// 2/65] ce sentar al semicírculo alrededor mío y les dirigí la palabra. Mi alocución se redujo a ponderar lo hermoso y provechoso que sería si pudieran reunirse en una asociación para que juntos, como hermanos, jugaran sanamente, evitando los peligros que los domingos tenían en la calle; que además estudiaran algo que les sirviera y luego que emprendieran en alguna obrita económica, como la cooperativa que entre ellos mismos habíamos establecido y que había dado muy buenos resultados, y eso que no había estado atendida como se requería para que fructificara mejor. Les recordé lo edificante que eran

nuestras asambleas religiosas en la cruzada, etcétera, y vine a terminar manifestándoles que los quería ver formando la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*. Hablé de nuevo sobre los defectos que había en ella la vez anterior que se estableció y las causas de su muerte, pero que yo tenía la esperanza en nuestro Señor que si la formábamos de nuevo no moriría, sino que se levantaría muy alto. No sé qué impresión harían en ellos mis palabras, el resultado fue que cuando les dije que se pusieran en pie los que estuvieran de acuerdo con lo que les acababa de manifestar, todos se pararon y con las palabras llenas de entusiasmo me dijeron, sí padre, queremos ser acejotaemos. Sólo los que tenemos esas manifestaciones fruto de nuestros trabajos sabemos el gozo que experimenta el corazón sacerdotal.

No se me ocultaba que esto era una carga más para mi ya múltiple trabajo, también veía que esto sería para más atraerme la persecución de los malvados, y allí me figuré cárceles, aprehensiones, etcétera, etcétera, y hasta se los [*sic*] manifesté a los muchachos. Pero ellos me respondieron: “no le hace”.

En seguida dije, manos a la obra y a hacer elecciones provisionales para que de una vez quedara formada la mesa directiva. Se hicieron, yo propuse los candidatos y ellos eligieron. Salió electo Lucilo J. Calderón como presidente, que aunque no estaba allí yo ya lo había sondeado y visto el terreno preparado. “Un aplauso para la directiva, muchachos”, dijo uno y todos lo hicieron.

Después les di instrucciones para la propaganda, algunas reglas para su nuevo modo de conducirse a fin de atraer a los demás y, sobre todo, para agradecer a nuestro Señor.

Otro día nos comunicamos luego por escrito con Pacheco, manifestándole lo que había pasado, suplicándole nos comunicara con el Comité Diocesano.

Este mismo día manifesté a los muchachos que yo quería que un dramita “Dios no muere”, que veníamos preparando hacía tiempo, lo hiciéramos para el domingo siguiente, 50.º aniversario de la muerte gloriosa del presidente del Ecuador, don Gabriel García Moreno, fiesta que a la vez nos serviría para que apareciera al público la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*, dando así una sorpresa al señor cura.

Convencidos. Luego manifesté lo mismo a los obreros y obreras y repartí algunos trabajitos entre ellos y entre los niños del catecismo y cruzada.

50.º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE GARCÍA MORENO

La prensa católica hizo mucha propaganda para solemnizar tal día. Los muchachos se movieron mucho, de lo que quedé muy contento, se estudiaron los trabajos, sobre todo la parte musical, y andábamos pero entusiasmados. La propaganda de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* seguía fuerte y todos los días se presentaban nuevos socios, logrando que volvieran a pertenecer los antiguos mejores que había. Entre los nuevos vimos con agrado al joven Juan Francisco Muñoz y a J. Guadalupe Flores, ex alumnos del Colegio Margil y que Pacheco me había recomendado mucho.

Se hicieron los programas y, juntamente con una carta ofreciéndonos a las órdenes como recién nacidos, se enviaron a los grupos de Zacatecas, Fresnillo, Adjuntas y a

algunos sacerdotes vecinos, al *ilustrísimo señor* obispo y hasta [a] México. Fue ruidosa nuestra aparición, así se necesitaba, fue éste un consejo práctico de Pacheco. En lo[s] programas de la población nada se decía de la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*, precisamente para dar la sorpresa.

El aniversario era el 6, pero nosotros lo transferimos para el domingo [// 3/66] 9. Se pidió licencia, se arregló el foro, se repartieron las invitaciones, etcétera, etcétera, pero la sorpresa nos la dio el *señor* cura porque no pudo asistir y sí que esta vez no se la pegamos y tuve que manifestarle mi secreto y quedamos que después le presentaría a mis muchachos en una veladita particular.

Deseosa la sociedad de alguna recreación, vimos el local completamente lleno de lo mejor de las clases de la población. Pasamos al lugar de honor al administrador de Correos, *don* Ramón Codina, y a algunos *señores* más. Invitamos al acejotaemero Francisco González *junior*, de Fresnillo, se dio la velada, la que en razón de verdad salió muy buena, y en ella dimos a conocer lo que fue García Moreno en su niñez, en su juventud, siendo todo modelo como piadoso, estudioso, como diplomático, como presidente, etcétera.

En el programa estaba un número que decía: “Vamos de nuevo, a ver si ahora, por varios jóvenes”. Entonces aparecieron los acejotaemeros en el foro, tomé la palabra y los presenté al público, allí hicieron el juramento de reglamento y en seguida supliqué a la sociedad una limosna para sostener una escuela nocturna para los muchachos y para proveerlos de lo necesario. Reuní 12 pesos, que después me entregaron, y con eso se compró lo indispensable. ¡Qué escasez de dinero hay para las obras sociales, verdaderamente se mantenían en nuestra patria a punta de un sin número de sacrificios!

MARCHA DE LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE LA JUVENTUD MEXICANA

A los ocho días, o sea el 16 de agosto, dimos o repetimos algunos números de esta velada en lo que era Escuela Católica de Niñas, para presentar a los muchachos al *señor* cura Ibarra. Quedó él muy contento, les habló, los alentó y les prometió su ayuda. Ya eran ese día como 50 muchachos con vanguardias.

Hasta los jóvenes Juan Recéndez y Rodrigo pidieron ser admitidos en ella. Juan trabajó bien, no así Rodrigo, pero ambos dejaron la Asociación cuando su padre, *don* Leonardo Recéndez Dávila, pasó a Zacatecas como diputado.

Todos los domingos salíamos después de la doctrina a jugar al campo, y esto qué buen resultado me dio para conocer a los muchachos y disciplinarlos.

En la noche asistían a la escuela. El 31 de agosto me invitó mi hermano Leopoldo a un paseo al río, cerca de Terrero, y que llevara mis muchachos. En autos nos transportamos allá desde muy temprano, o sea después de almorzar; nos acompañó el *señor* cura. Nos bañamos, jugaron, cantaron y se divertieron muy felices. Comimos y por la tarde nos volvimos a la población, llenos de contento. Cuando esto sucede, parece que toda la vida es cajeta, mas yo creo que nuestro Señor con esto nos va preparando para el sacrificio que consigo lleva toda obra suya. Quién había de pensar en ese her-

moso día que ése era el único paseo que tendríamos antes de la persecución que ya se preparaba. Ese día con seguridad que ni siquiera nos imaginábamos la cárcel que poco tiempo después tendríamos que ocupar; ni mucho menos nos imaginamos que uno que más tarde debía ser nuestro párroco debía de sufrir el martirio por la misma *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*. Altos juicios de nuestro Señor.

Tiempo después logramos comunicarnos con el Comité Diocesano, quien nos dirigió al Comité Central de Méjico.

Los muchachos se entusiasmaron con las fiestas dramáticas y lograron dar algunas de paga, pero vino la colisión de fiestas y hubo competencia y ya no se pudo hacer gran cosa.

En el mes de septiembre, aniversario de mi ordenación sacerdotal y cantamisa, de mi cumpleaños, día de mi llegada a ésta y del día de mi santo, los días 3, 12, 15, 23 y 27, vi en mi derredor a todos aquellos con quienes había trabajado. Yo tengo para mí que éste fue el apogeo de mis trabajos sacerdotales en este pueblo.

NUEVO AÑO

Entró, precedido de una horrenda lluvia de 480 horas casi continuas en esta población y grande parte de la región, el año de 1926. Esto era sin duda un anuncio de lo que serían nuestros tiempos en delante. Las casas del pueblo se derrumbaron en un 95 por ciento, las pérdidas fueron considerables y todos creímos que ya íbamos a terminar. Esta lluvia terminó el 3 de enero.

En lo político estábamos completamente mal. El presidente de la República, *general* Plutarco Elías Calles, masón del grado 33 y bolchevique, se había rodeado de elementos enteramente impíos y, como presagio de sus malos intentos, vino el aumento de contribuciones, tan altas que hicieron casi imposible todo trabajo, sobre todo la minería.

En distintos estados de la Nación empezaron a aparecer leyes locales reglamentando el artículo 130 y queriendo obligar a los sacerdotes a inscribirse en los registros civiles. Ya desde enero de 1925 se había declarado un cisma, siendo patriarca de él un desgraciado sacerdote, Joaquín Pérez, en Méjico y, si bien fracasó, con todo comprendimos, por la ayuda que le dio el gobierno, que todo esto entraba en sus proyectos diabólicos en contra de la Iglesia.

Los más previsores comprendieron luego que estábamos en vísperas de una gran conflagración nacional y que la persecución religiosa era un hecho, y los comités centrales de las agrupaciones dieron el toque de alarma.

Entre tanto, nosotros nos organizábamos a gran prisa sin salirnos nada de nuestro programa, por más que los enemigos decían que preparábamos una revolución.

Hicimos las elecciones. Ya las de la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana* habían quedado hechas definitivamente en la fiesta oficial de Nuestra Señora de Guadalupe y quedaban como presidente y vicepresidente, respectivamente, Lucilo J. Caldera y Francisco González. En el sindicato quedaron *don* Ángel Reyes y *don* Sabino Cordero, y en la unión, Victoria Márquez y *María* Trinidad Arroyo.

En el sindicato se abrió la caja de ahorros y todo nos sonreía, pero no comprendíamos hasta dónde iríamos a dar.

AUMENTA LA PERSECUCIÓN

Como en todas partes tomaba auge la persecución según las noticias de la prensa, los temores aumentaron, y lo que antes era sólo previsión de los directores intelectuales del pueblo, pasaba a confirmarse con los hechos.

El *ilustrísimo y reverendísimo señor doctor don* Jesús Manríquez y Zárate, heroico obispo de Huejutla, dio, con intervalo de tiempo, seis cartas pastorales en las que con verdadero espíritu cristiano defendía los intereses de la Iglesia, advertía los errores del gobierno al pueblo y daba instrucciones para no apartarse ni un ápice de la doctrina salvadora de la misma Iglesia. Sus palabras, llenas de valentía y unción, electrizaron al pueblo católico, y sus cartas fueron acogidas no sólo por su grey sino también por todos los católicos.

Esto sirvió para preparar y orientar al pueblo, pues el Episcopado nada había dicho.

En cambio, el gobierno las interpretó hostilmente, procesó al *ilustrísimo señor*, lo aprehenden, lo conducen a pie gran parte del camino y lo recluyen en la cárcel de Pachuca. Allí recibió la adhesión de muchísimos católicos, recibe telegramas de todas partes de la República confortándolo y felicitándolo por su valentía y hasta una carta especial le llega del *ilustrísimo señor* arzobispo de Durango. Esto pasaba por los meses de julio y agosto, y ya desde junio.²

La prensa daba la noticia de detenciones de sacerdotes en varias partes de la República, así como de prominentes católicos seculares.

MANIFIESTO A LA NACIÓN

Viendo que las cosas iban tomando un cariz muy negro para los intereses de los católicos, los directores del pueblo católico forman una Liga Defensora de la Libertad Religiosa, siendo presidente el notable zacatecano católico *don* Rafael Ceniceros y Villarreal, quien se rodeó de otros sabios católicos como el joven René Capistrán Garza y otros.

Lanzan al público su programa, el que es recibido con entusiasmo por [// 5/68] el pueblo, y uno de sus primordiales trabajos, ya en serio, fue lanzar a la Nación un manifiesto en el que, apoyados en la misma Constitución, se pedía al Congreso de la Unión la derogación de los artículos acatólicos.

La *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* se encarga, juntamente con los centros sucursales de la liga, de pedir y recoger firmas en toda la República para hacer tal petición al Congreso. Y por esto son aprehendidos, en varias partes de la Nación, muchos acejotaemeros [que] se entregaban a tal trabajo.

² En *VV: de julio, y ya desde junio y agosto*.

NUEVO PÁRROCO EN VALPARAÍSO. APREHENSIONES

El *ilustrísimo señor* Placencia removió al *señor* Ibarra, así que el día 1.º de marzo de 1926 llegó a la población, en el camión de Fresnillo, el *señor* cura *don* Mateo Correa. Ese mismo día por la noche recibió la parroquia. Otro día a las 6 de la mañana salió para Huejuquilla el Alto el *señor* Ibarra.

A la una de la tarde va conmigo un acejotaemero, J. Guadalupe Flores, y me dice: “padre, acaba de llegar un auto grande que parece que en él viene Ortiz”, yo me sorprendí un poco pero no le di mayor importancia a su llegada.

Los jóvenes Vicente Rodarte y Pascual Padilla andaba[n] recogiendo firmas para el manifiesto a la Nación, y como luego que llegó Ortiz le dieron cuenta de eso, inmediatamente se llenó de ira infernal y ordenó que se aprehendiera a los sacerdotes y a los jóvenes.

El teniente Alfonso Fuentes, con dos soldados, se presentó en mi residencia provisional, Parroquia 4 y, acompañado también de Lucilo J. Caldera, presidente de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*, pidiéndome una carta de México y el manifiesto. El mismo Lucilo entregó dicha carta, que era la del Comité Central, donde les daban orden a los muchachos de recoger las firmas; pidió el nombre o nombres de los que andaban recogiendo las firmas y luego me intimó la orden de que juntamente con el *señor* cura me presentara al *general* Ortiz. De ahí pasamos a la casa del *señor* cura, le dijo lo mismo; luego nos dirigimos a ver al *general*. La gente empezó a darse cuenta y a formar grupos y los soldados impiden que nos sigan, lo mismo quieren hacer las señoras, e igualmente las estorban, y cuando llegamos con el *general*, él mismo con palabras soeces retira a los hombres y mujeres que se reunían. Este jefe estaba en casa de la *señora* doña Santos Medina *viuda* de González, pero no nos pasaron a la casa sino que el *general* nos llevó al frente, a la escuela oficial de niñas, y allí, recargado en el contramarco de la puerta, nos habló. Dice al *señor* cura: “¿cuál es su labor aquí?”. Él contesta: “labor de paz”. “Sí, de paz”, dice Ortiz; “ésta es labor de paz”; decía esto señalando la carta y el manifiesto.

El *señor* cura no conocía el manifiesto, así que enteramente ignoraba de qué se trataba. Entonces dije: “el *señor* cura no conoce el manifiesto, pues él acaba de llegar”. Dice Ortiz: “sí, no lo conoce..., llegando y haciendo lumbre”.

Ya estuvo interrogando al *señor* cura sobre el lugar de donde venía. Me pregunta cuál es mi oficio, y respondiéndole yo que era ayudante del párroco en el ministerio, “no”, nos dice, “se preparan porque los voy a llevar para Zacatecas, para ponerlos presos por sediciosos, ¿tienen en qué ir?”. “No, señor”, contestamos, y él dice: “pues irán a pie”. “Como guste mi *general*”, dice el *señor* cura. Sin más se retira y nos dejó allí hasta que Fuentes le preguntó si nos íbamos y respondió: “sí, que se vayan, ya quedamos”, y se fue diciendo quién sabe cuántas cosas.

Como antes había aprehendido a Lucilo, ya le había puesto su refresco Ortiz con sus palabras tan abundantes y este muchacho tuvo este rasgo de fe que aquí consigno: le dice Ortiz: “¿tú eres católico?”. “Sí, señor”, contesta el joven. “De modo que tú crees que si por eso yo te matara ahorita, ¿te ibas al cielo?”. “Creo que sí”, contestó, “con la ayuda de Dios”.

Aprehendidos los otros jóvenes, Rodarte y Padilla, fueron reclusos en la cárcel, a donde fueron a felicitarlos, desde la reja, los acejotaeros Francisco González, Juan Manuel López y muchos más. López hasta pidió permiso a Ortiz de dormir en la cárcel para acompañar a sus compañeros. [// 6/69]

TUMULTO DEL PUEBLO

El pueblo, ¿qué hacía? Los agraristas un poco se extrañaron, pero en todo cumplieron las órdenes del tirano, sobre todo el mentecato presidente municipal, Epigmenio Talamantes, a quien habían elevado al poder los obreros católicos, principalmente, dizque por bueno (?). Les había prometido, en cambio, que sería con ellos; otro tanto había prometido respecto a la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*, y a mí especialmente había prometido estar pronto juntamente con el Ayuntamiento para ayudar a los sacerdotes en cualquier circunstancia difícil, como sería un atentado de los enemigos nuestros ya declarados. Bellas promesas que yo nunca creí y que en verdad no se realizaron.

El pueblo católico sí se alarmó y empezaron en grupos a visitarnos y pedir instrucciones. Toda la tarde fue nuestro trabajo, del *señor* cura y mío, el estar calmándolos, pues tomaban ya determinaciones hostiles, que, si no las hubiéramos impedido, no había salido con vida Ortiz y sus 15 soldados que lo acompañaban.

Con todo, enviaron correos para todas las rancharías, al grado de que al amanecer ya se sabía hasta Ábrego y Mezquitic. Amaneció la población repleta de gente, más que en las solemnidades, y por las orillas del pueblo había gente armada, pues habían acordado que, si nos llevaba Ortiz, se echarían sobre él para libertarnos. Dios no lo permitió.

Por la noche del día de nuestra aprehensión se presentó una comisión de las principales damas de la población pidiendo a Ortiz no nos llevara. El *general* las recibió bien, pero les peroró largamente sus ideas anticatólicas, queriendo demostrarles lo inmoral que éramos los sacerdotes. Y resultado: les concedió no irnos con él, pero que después nos presentaríamos solos en Zacatecas, y lo más pronto posible.

El día 3, muy silenciosamente, como a las 7 de la mañana salió Ortiz. Unos dicen que tuvo miedo a la multitud, el hecho es que ni siquiera se desayunó, quedando el desayuno prevenido.

Los acejotaeros fueron puestos en libertad tan luego como se fueron, pero con la consigna de presentarse juntamente con nosotros.

¿A ZACATECAS?

De la *Hacienda* de San Mateo mandó una orden Ortiz a Talamantes, diciéndole que nos dijera que nos esperaba en Zacatecas a todos los detenidos.

Unos, dizque los más prudentes (?), aprobaban que fuéramos, pues de lo contrario se comprometía el pueblo... Otros negaban. Nosotros estábamos por no ir si no nos llevaban, pues no habíamos tenido ningún arreglo con Ortiz.

En esto acuerdan las señoras que una comisión de ellas pase a Zacatecas a ver si Ortiz, ya calmado, nos deja en paz. En coche especial salen luego las señoras doña Santos Medina, doña Cenobia Cosío y las señoritas María López y Rosa Rivas.

Llegan a Zacatecas y logran ver a Ortiz en su casa, las recibe muy mal, con su vocabulario y, sin más, ordena que nos presenten dentro dos días, pues de lo contrario mandaría por nosotros. Hablan con el gobernador interino, su paisano don Leonardo Recéndez Dávila y, sin ningunas esperanzas favorables, aprueba que nos manden llevar y que lleguemos a su casa para ver si él logra calmar un tanto a la fiera.

El lunes 8, con gran zozobra, sin prever lo que sucedería, fui yo a San Miguel dizque a darles misa el día siguiente. Por la tarde estaba confesando cuando oí el silbato y ruido de automóvil que se paró en la puerta del atrio. Al momento presentí algo malo, salí y vi a Lucilo, quien me notificó que María López y Cenobia habían vuelto de Zacatecas con la orden de presentarnos y con permiso del señor obispo, pero nada me mandaba decir el señor cura. ¿Qué hacer? Titubí mucho y al fin determiné irme. Cogí mi sombrero, al sacristán le dije que al día siguiente temprano mandaran por mí para darles la misa y partimos para Valparaíso.

Ya allí, recibo aviso del señor cura: “véngase pronto como esté, el auto [// 7/70] nos espera”. ¡Dios mío! Qué sufrimiento dejar a mi madre y hermanos en tan grande aflicción sin saber lo que sería de nosotros. Pero el Señor lo quería, que se haga su voluntad santísima, dije para mí. Mal meriendo, me despido de toda mi familia con lágrimas en mis ojos y me voy con el señor cura. El ancianito está ya preparado, sus buenas hermanas le acaban de alistar. Parece que lo veo: viste un cubrepolvo crema, y cubre su cana cabeza una boina, y un abrigo con abertura en medio sienta sobre sus espaldas a semejanza de las tilmas de nuestros antepasados. Llegan los muchachos; poca gente se da cuenta, pero el auto tarda y al fin se reúne más y más, por fin llega el auto, salimos, nos despedimos, los presentes lloran y partimos. Numerosos acejotaemeros nos acompañan para ayudar al auto en los arenales.

Por el camino, nuestras recomendaciones a los muchachos: “un triduo a la Santísima Virgen de Guadalupe, muchachos”, dije, “a ver si para el día 12 estamos aquí”. “Sí, padre”, contestan, “y vamos a orar juntos todos los días”. “Distribuyan las horas entre las asociaciones para que también no dejen solo al Santísimo, ¿verdad, señor cura?”, dije yo. Él aprueba, entre tanto subimos la Mesa del Jacalón, de allí se vuelven los últimos muchachos y partimos solos.

Salimos a las 8 de la noche y, sin percance alguno, llegamos a Fresnillo cerca de las 2 de la mañana. Queríamos que un coche nos llevara luego a Zacatecas. Baudelio Cafuentes, que nos llevaba, hace por conseguirlo, pero no se pudo, así que hasta las 6 de la mañana del día 9.

Llegamos a la casa del señor Francisco Correa Magallanes, pariente del señor cura, tomamos un poco de canela, nos recostamos un poco y, despertados por la misma familia, por acercarse ya la hora de partir, nos levantamos para desayunarnos. Lo hicimos y a las 7 en coche de Agustín Díaz... partimos para Zacatecas.

EN ZACATECAS

Como eran las 10 cuando llegamos, creyó el *señor* cura que ya *don* Leonardo ya no estaría en su casa por ser ya hora de oficina, y así que en el mismo auto nos fuimos hasta la plaza de armas, bajándonos en el extremo norte, cerca de la jefatura; pasamos al palacio de gobierno, aún no llegaba el gobernador, lo esperamos y cuando llegó nos presentamos con él. Nos dijo que habíamos hecho mal en habernos bajado tan cerca de la jefatura, que él nos esperaba en su casa. Nos manifestó que en verdad no había delito en nosotros, pero que Ortiz siempre nos quería mortificar. Que había esperanza de que dejara ya esa jefatura, pues se decía que este mismo día saldría de aquí para ya no volver. En resumen, se acordó que ese día nos ocultáramos, para ver si en verdad se iba Ortiz; aprobó que estuviéramos en el Hospital de San José, donde el *señor* cura tenía su hermana, la *reverenda madre* Rafaela de las Mínimas.

Salimos de allí a las 12 y nos fuimos al hospital, donde fuimos recibidos con ansiedad, pues no sabían qué habría pasado con nosotros.

Permanecimos allí todo el día. Recibimos recados del señor obispo. Pasaron a vernos el seminarista Manuel Quirino Soto por mandato del *ilustrísimo señor* obispo, fue el *señor* presbítero *don* Rafael Domínguez, cancelario, y otros sacerdotes y seglares más. Tuvimos también la visita de *doña* Santitos y de Rosita, quienes nos informaron de las nulas esperanzas de librarnos de Ortiz.

EN LA JEFATURA DE OPERACIONES MILITARES

El día 10, como a las 10 a. m., fueron de nuevo las dichas señoras y nos llevaron el recado de Recéndez de que nos presentáramos a Ortiz en su casa, pues ya habían hablado. Estaba a la sazón a vernos el *señor* presbítero *don* Melesio Castañeda, y él mismo nos acompañó. Fuimos a la Alameda a la casa de Ortiz, pero allí se nos manifestó que el *general* sólo arreglaba negocios en la jefatura. Fuimos a ver al *ilustrísimo señor* obispo al Obispado, que estaba en vísperas de ser quitado. Nos recibió con cariño, nos alentó, nos previno lo que íbamos a sufrir, nos dio la bendición y salimos de con él. En [// 8/71] el piso bajo estaban los señores *canónigos don* Felipe Santa Ana y *don* Juan P. Raigosa, y los señores presbíteros Domínguez y otros que no recuerdo, así como también varios clérigos y seminaristas. De todos nos despedimos encomendándonos a sus oraciones y salimos a la jefatura. De allí nos acompañó también *don* Guadalupe Santana. Antes de llegar a la jefatura partimos ya solos. Ortiz aparentemente nos recibió bien, invitándonos a sentarnos.

Luego pregunta por qué no habíamos ido, “por falta de dinero”, dice el *señor* cura. “¡Sí, por falta de dinero, pobrecito clero mejicano tan pobre como está!”. Luego pregunta a los muchachos: “¿y ustedes... por qué no habían venido?”. “Porque *usted* nos ordenó que nos presentáramos junto con los sacerdotes”, dijo Lucilo.

Llama a su secretario y le ordena nos consigne al ciudadano agente del Ministerio Público, acusados de sedición y acompañando los documentos, cuerpo del delito. Pero todo esto lo decía acompañando a cada palabra otras tantas soeces. Que los curas en-

gañábamos a aquellos muchachos para preparar así una revolución de acuerdo con el obispo, etcétera, etcétera.

Mientras se hace la consigna, dijo Ortiz: “hay que meter en un cuarto a éstos...”, etcétera. etcétera. Se le habló al cabo de cuarto y conducidos por él fuimos llevados al segundo piso e introducidos en un pequeño cuarto de 3 x 4 metros. Su piso levantado, hediondo y sucio, como dos metros más bajo que el piso segundo, con una pequeña escalerita y con una ventana enrejada de fierro, que cae a la caballeriza y escusados. Una vez allá, dizque encerrados, nos miramos uno a otro. Los muchachos estaban asustados. El señor cura y yo manifestábamos más serenidad.

Entramos a las 12:45, nos pusimos a recitar el santo rosario, después el *señor* cura se recostó tendiéndose una garra de petate de otro prisionero que allí había y de cabecera una silla de montar. Fumamos y esperamos la hora que nuestro Señor nos mandara algo qué comer.

Pronto supo el *ilustrísimo señor* obispo nuestra situación. Cerca de la jefatura vive la señora *doña* María Llaguno de Ortiz, distinguida dama católica y, desde el momento que supo lo que nos pasaba, ella quiso encargarse de socorrernos en todo lo que necesitábamos. Así que luego se puso a disponer la comida y a las tres de la tarde nos llegó el socorro. Bendito se[a] nuestro Señor.

Estos sufrimientos son hermosos, pues muy cerca se ve a nuestro Señor y hasta desea uno que pronto le quiten la vida para ir al cielo. Así lo sentimos. Más tarde supo toda la ciudad nuestra prisión, y aunque todos querían ayudarnos con algo no lo podían hacer por temor a Ortiz. La *reverenda madre* Rafaela nos mandó también comida, cigarros y nuestras cobijas, y unos petates que mandó pedir el señor cura. Por la noche tuvimos allí algunos soldados jugando a la baraja con otros dos prisioneros. Se llegó la hora de descansar después que cenamos y rezamos el breviario y nuestro rosario. Había allí una tarima de madera de unos 16 centímetros de alta, y 2 metros de alto y unos 50 de ancho. Esa pusimos de cabecera y nos acostamos. Con temor de que en la noche nos levantaran para molestarnos, pero bendito nuestro Señor que nada nos pasó.

Amaneció el jueves 11 y seguimos igual, pero como los soldados nos empezaron a conocer nos trataron bien. Lo notable de ese día fue que, siendo día del santo de Ortiz, amaneció de fiesta y hubo cohetes en la jefatura.

Por la mañana fue con su estado mayor a Guadalupe y por allá golpeó un caballo a Fuentes, quien volvió todo parchado de la cara. Ese mismo día un toro golpeó al *general*. A las 11 a. m. nos visitó el teniente Villanueva; muy cortés, si de ideas cismáticas. Nos habló buen rato, pero el *señor* cura cortó el hilo de su conversación varias veces, cuando veía que lastimaba nuestras creencias.

Los alimentos acordaron dárnoslos de estas partes: desayuno, la casa Lejeune, comida, el Colegio Margil y cena, *señora* Llaguno. Este mismo día esta caritativa [// 9/72] *señora* nos mandó colchones. Nos reímos: *prisioneros durmiendo en colchón y comiendo aun mejor que en nuestras casas.*³ Cuán bueno es nuestro Señor.

³ Énfasis del original (en mayúsculas compactas). En adelante, los énfasis en mayúsculas compactas los damos siempre con cursivas y en minúsculas.

Los católicos de la ciudad se pusieron en oración por nosotros; sé que oraron mucho, pero lamento no tener datos precisos para consignar su obra de caridad en estas líneas.

El viernes 12 nos alegró el oír los repiques de las campanas de la santa catedral y demás templos; se llamaba a misa de nuestra madre santísima de Guadalupe; qué deseos de misa, de sagrada comunión. Tuvimos mucha esperanza de que la virgen santísima nos consolara de alguna manera en este día. La *reverenda madre* Rafaelita mandó una bofetita al *señor* cura en que le manifestaba las mismas esperanzas que nosotros. Pero no quiso nuestro Señor que este día quedara ya todo arreglado.

A las 11 a. m. tuvimos sí el consuelo de que a nuestra prisión penetrara *doña* Santitos y Rosita. Ellas lloraron de vernos allí, pero nosotros les manifestamos contento, charlamos un rato; en secreto nos dijeron que al día siguiente seríamos consignados al Ministerio Público, y se despidieron.

Otro día, sábado 13, como a las 11 un poco antes, estuvo a noticiarnos el teniente Fuentes que preparáramos nuestras cosas, pues íbamos a pasar a la cárcel de Santo Domingo. Lo hicimos así y esperamos. A las 12, hora en que cumplíamos 72 horas allí, fuimos llamados para pasar a la cárcel. Tomamos lo que debíamos llevar, encargando lo demás a un cabo, y en la portería fuimos identificados para salir. Un oficial y dos soldados sin armas nos acompañaron. Nuestro Señor nos concedió no volver a hablar a Ortiz. Nos permitieron ir por la banqueta y así, bien tratados, llegamos a la cárcel y, al entrar a la alcaldía, nos recibieron un grupo de soldados que luego cortaron cartucho. Entramos a matricularnos, lo que se hizo luego que acusaron recibo a la jefatura de nosotros.

EN LA CÁRCEL DE SANTO DOMINGO

Luego que fuimos matriculados, no entramos a ocupar nuestro lugar en la cárcel, porque el *ciudadano* juez de distrito nos pidió. Salimos pues, custodiados por cinco soldados. Al bajar la escalera de la cárcel, creíamos que como nos habían traído de la jefatura así iríamos aquí, así que tomamos la banqueta, mas entonces gritó el jefe de escolta: “a media calle, señores”. El *señor* cura me dice: “más honra para nosotros”. Así fuimos conducidos por las calles y callejones hasta llegar al Juzgado de Distrito, que estaba en el callejón que va a salir a Tacuba. La gente salía a vernos y unos se moverían a compasión, para otros sería esto causa de regocijo, *etcétera*. El caso es que algunas señoras llegaron a reclamar que por qué no nos llevaban por la banqueta y decían a los soldados: “ustedes lo que quieren son balazos”; ellos respondían: “no le hace”.

EN EL JUZGADO DE DISTRITO

Por fin subimos a las oficinas del juzgado; la escolta, unos se quedaron en la portería, otros nos acompañaron hasta entregarnos al juzgado y esperaron a que volviéramos a la cárcel. Conocí que, como yo, el *señor* cura había sufrido mucho por la calle, hasta

dijo: “quién sabe cuántas misas celebradas sacrílegamente iré pagando aquí”. Y si esto decía él, yo ¿qué pensaría? Nos conformamos con dar un abonito a nuestra crecida cuenta y le ofrecíamos con gusto a nuestro Señor aquel sacrificio que él mismo, bondadosamente, nos facilitaba. Los muchachos no estaban menos mortificados y así que, mientras nos llamaban de adentro, nos tomamos una cucharada de amargo que la *reverenda madre* Rafaelita nos había mandado para la bilis.

Se llegó la hora, hablaron que pasara *don* Mateo Correa. Pasó, se cerró la puerta y estuvo en declaración. Terminó él y ya no salió sino que le prepararon asiento dentro y pasé yo. El *licenciado* secretario me presentó la acusación de Ortiz y ya declaré según verdad. El mismo *licenciado* me ayudó en la declaración, pues luego conoció que no había delito.

Como ya era tarde, ordenaron que nos llevaran y que por la tarde volveríamos. Con el mismo aparato y por las mismas calles volvimos a la cárcel y [// 10/73] entonces sí se abrieron las puertas para cerrarse tras de nosotros y se nos señaló el calabozo número 4. Allí estaban ya nuestras cosas y cinco catres de hierro que el *padre don* Ignacio Romo había mandado. Nos tocaron de compañeros tres sujetos, uno que tenía ya algunos años allí, dueño de una hermosa Guadalupeña que tenía bien adornada; el otro, un viejecito que tenía 15 días y el tercero, un joven soldado de Ortiz.

A sondearnos se presentó luego un bolchevique que él mismo se llamaba el Patriarca Joaquín Pérez, pero fuimos avisados por los demás del peligro y lo despedimos con cajas destempladas, sobre todo el *señor* cura, porque habiéndole dicho el individuo que si el clero haría revolución, contestó el *señor* cura que no; y él dice: “seguro, les conviene que no haya” y el *señor* cura le contestó: “no es conveniencia, amigo, es convicción”.

Comimos y a las 4:45 se repitió el paseito para el juzgado, no obstante que sólo se necesitaba que fueran los muchachos, pues no habían declarado.

Cuando íbamos para el juzgado el *señor* cura vio al menorista *don* Antonio Aguilar, que lo saludó desde la puerta de su casa en la calle de Los Gallos, pero a la vuelta, rompiendo la fila, se acercó a saludarnos y a besarnos la mano. Al llegar a la cárcel, unas buenas señoras o señoritas Hijas de María nos ofrecieron unas tazas de canela caliente y, como en la calle no nos permitieron, el *señor* cura les rogó nos la llevaran a la cárcel, lo que hicieron, pues acabábamos de entrar cuando nos hablaron a la reja a tomar esa canela. Dios nuestro Señor pague a esas señoritas esa caridad y las demás que hicieron, pues todos los días iban hasta dos veces a visitarnos y a llevarnos algún regalito. Nos pidieron la ropa para lavarnos, pero, como no llevábamos cambio, les dimos los pañuelos, que lavaron y plancharon pronto y además nos regalaron uno nuevo a cada uno. Pobrecitas.

A las 6 p. m. se pasó lista y enseguida nos cerraron las puertas. Luego que quedamos solos en nuestro calabozo, nos estrechamos más los compañeros y rezamos el santo rosario cantando de misterios: “la virgen María es nuestra protectora”, *etcétera*.

Amaneció el domingo 14, ¿qué deseos de misa! No hubo más, nos conformamos con oírla espiritualmente. Pagamos por que nos hicieran el aseo. Nos desayunamos y todo el día fuimos visitados: hasta dentro, sólo permitieron la entrada a *don* Felipe

Márquez y a su hijito, a *don* Pascual Robles, hermano del *señor* canónigo, a *don* Luis Mora y a Nicho, el sacristán de *Santo Domingo*, y a uno de catedral. Por la reja tuvimos abundantes visitas: acejotaemeros, sobre todo Luisito Vargas, Espinosa, Ceballos, Muro, Ramos y otros muchos que nos llevaron dulces, fruta, cigarros y libros. Los seminaristas padre Aguilar, padre Antonio Quintanar y otros. El *señor don* Guillermo López de Lara, nuestras paisanas Santitos y Rosita y hasta Rodrigo Recéndez, el hijo del gobernador. Ese día hicimos acopia [*sic*] de regalos, hubo para casi toda la prisión. Bendito para siempre nuestro *Señor*.

El lunes 15 por la tarde fuimos llamados al juzgado Lucilo y yo para dar una declaración sobre la inocencia completa del *señor* cura.

El martes 16 amanecimos con la firmeza de que ese día o quedábamos bien presos o libres, según la ley. El *señor* cura ordenó a los muchachos que arreglaran las cosas como si fuéramos a salir. En verdad, un poco antes de las 10 se nos llamó al juzgado, nos despedimos de los prisioneros, que comprendieron que ya no volvíamos, y fuimos al juzgado por calles distintas y con el jefe de escolta más duro. Mucha gente había en las calles y sobre todo en el Portal de Rosales. Esto nos hacía sufrir mucho. Llegamos, pues, al juzgado, nos pasaron y hasta las 12 [no] nos declararon que estábamos libres, pues el proceso nada arrojaba en nuestra contra. Dimos gracias al juez y secretarios y salimos de allí. Ya fuera, nos esperaban algunos acejotaemeros y *don* Guadalupe Santana. A los muchachos los mandamos a que fueran a arreglar las cosas a la cárcel, a la escolta la despidieron antes y ya salimos a estrechar en nuestros brazos a todos los que nos daban el parabién. [// 11/74]

Cuando íbamos llegando al juzgado, después supe, llegaban también, en un auto, mi mamá, Ignacio, Isaura, Jesusito y Lucita, la mamá de Lucilo. El chofer y mi hermano nos vieron ligeramente, pero no así mi mamá y demás acompañantes. Pobres de nuestras madres, habían sabido en Valparaíso que nos habían llevado para Méjico y hasta rumores de que nos habían dado muerte.

EN LIBERTAD. FELICITACIONES

Acompañados de *don* Guadalupe Santana, de José Muro y de Manuel Quirino Soto, salimos del juzgado para ir a la cárcel a sacar la boleta de reglamento. Poco después encontramos a Pacheco, quien conmovido nos abrazó y nos dijo: “bendito sea nuestro Señor, cuánto hemos sufrido por *ustedes*”. Algunas otras personas más nos saludaban mostrándonos alegría. Todos habían sufrido con nosotros. Pacheco dijo al *señor* Santana que fuera a llevar un coche para que fuéramos a comer al Colegio Margil. Cuando llegamos a la cárcel ya los muchachos habían arreglado todo, así que nos despedimos de los empleados y nos pasamos a Santo Domingo a dar gracias a nuestro Señor. Allí vimos a las señoritas que todos los días iban a vernos a la cárcel.

Cumplido ese deber para con nuestro Señor, salimos del templo y encontramos al *señor* cura *don* Demetrio G. Lías y al *señor* presbítero *don* Lauro Márquez, quienes nos felicitaron. Tomamos el coche frente a la cárcel y nos fuimos al Margil.

Estaban los alumnos comiendo. Salió a recibirnos el *padre* rector, *don* Daniel Márquez de Medina. Avisó a los alumnos nuestra libertad, les dio *Tu autem*, fuimos recibidos con aplausos. Pacheco habló a los alumnos, alentándolos con nuestro ejemplo a amar el sacrificio como cristianos y aun la misma persecución. Les dijo que tanto [a] los dos sacerdotes como [a] los tres acejotaemeros que nos acompañaban nos podían considerar como a los primeros mártires zacatecanos. Llegó el acejotaemero Roque Acevedo y otros más y, terminado que hubieron los alumnos, comimos nosotros servidos por ellos y en especial por el jovencito Manuel Muñoz, de Valparaíso.

Pasamos el rato feliz y, terminado que hubimos, nos levantamos. Fuera nos esperaban Ignacio mi hermano, Jesús Pérez y Baudelio Cafuentes. Los saludamos y en el auto de este *señor*, después de despedirnos de superiores y alumnos del colegio, nos fuimos a saludar al *ilustrísimo señor* obispo.

Ya no estaba el *ilustrísimo señor* en el palacio episcopal porque ya lo habían recogido; estaba en la casa de *don* Fernando Lejeune. Después de esperar un breve rato salió el *señor* de su habitación y lleno de regocijo nos abrazó y nos felicitó. Nos sentamos a platicar un rato, le referimos lo más saliente de nuestra prisión y, tratando nuestra vuelta a Valparaíso, nos manifestó que quedábamos en libertad para ir o no, pues teníamos peligro; pero que si no íbamos, él no enviaría a otros sacerdotes. La dificultad estaba en que Ortiz nos había amenazado diciendo que si volvíamos a Valparaíso nos mandaría matar. Después de pensarlo un poco, al *señor* cura y a mí se nos vino a la mente lo mucho que estaban sufriendo nuestros fieles por nosotros y, así que resolvimos volver encomendados a Dios nuestro Señor, nos despedimos del *ilustrísimo señor*; nos volvió a abrazar diciendo que era la primera felicitación por haber precedido al clero zacatecano en los sufrimientos, pero que cuando todo pasara nos felicitaríamos mutuamente por haber salido victoriosos.

Nos despedimos también de la familia Lejeune dándoles las gracias por los favores que de ella recibimos en la prisión y salimos de allí.

El *señor* cura se fue a desayunar al hospital, pues se sentía fatigado. Yo me fui a saludar a mi mamá. Las encontré en la casa del *señor don* Felipe, empleado de la parroquia de Santo Domingo, pero de Valparaíso. Nos saludamos emocionados hasta las lágrimas y, después de platicar un poco, acompañado de Ignacio me fui también al hospital. Allí recibimos las visitas y felicitaciones de los *señores presbíteros don* Encarnación Mireles, *don* Melesio Castañeda, *don* Telésforo Carlos, *don* Rafael Domínguez, *señor* canónigo Santa Ana, de las *reverendas madres*, de *don* Manuel Salinas y un grupo de niños, de la comisión de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*. [II 12/75]

Todos nos decían alguna palabra, el *señor* Santa Ana entró a la pieza refiriendo un texto de la sagrada escritura alusivo a la felicidad de padecer por Cristo. Así pasamos un feliz rato. Al irse el *señor* canónigo, me fui con él por traer ciento cincuenta pesos que el *ilustrísimo señor* obispo dio al *señor* cura para nuestros gastos. Volví acompañado de los seminaristas Soto y Jesús Alba.

Cenamos y pasamos a descansar.

En el mismo lugar donde estuvimos presos en la jefatura, habían estado pocos días antes los *señores licenciados don* Guillermo López de Lara, notable abogado zacateca-

no, *don* Francisco Llamas, Noriega y otros civiles más; el *señor* presbítero *don* Daniel Muñoz de la diócesis de Tulancingo y el *señor* cura de Saín el Alto.

A VALPARAÍSO

No cabe duda que Dios nuestro Señor da las alegrías conforme a los dolores que se han tenido. Prueba de ello es este hermoso día que nos mandó para rehacernos de los muchos sufrimientos que tuvimos en la prisión.

El miércoles 17, después de celebrar la santa misa y desayunarnos, sin visitar a nadie para evitar nuevos peligros, a las 8:30 salimos de Zacatecas en un camión del *licenciado* Medina y el auto de Cafuentes. Tuvimos algunos pequeños contratiempos de desarreglo del auto y por eso tardamos en llegar a Fresnillo, así, hasta las 11:30 [no] llegamos a casa del *señor* Correa Magallanes, donde fuimos bien recibidos. No quiso el *señor* cura que comiéramos allí para adelantar más, pero hasta la 1 p. m. [no] salimos de allí para comer en el camino a las 2. Allí donde comíamos nos alcanzó el camión Corsario, que también iba a Valparaíso; se detuvo un poco pero luego se fue a dar aviso de nuestro arribo a la población. Antes de llegar a la bajada para el río, rezamos el santo rosario, cantando como misterios: “la virgen María es nuestra protectora...”. A las 5 p. m. dimos vista a la población. A la noticia del camión, los fieles salen a recibirnos a las calles por donde debíamos entrar.

Nos reciben con grande alegría, nos arrojan flores al pasar, echan a vuelo las campanas; nos bajamos frente al curato y todos llorando nos quieren abrazar. Faltaba el auto donde venían los muchachos y mi mamá. El *señor* cura indica que pasemos al templo. No se oyen más que llantos de alegría. El *señor* cura reza el rosario y se cantan, sin ponernos de acuerdo, como misterios, los mismos versos: “la virgen María...”. Sí, ella, la auxiliadora del pueblo cristiano, nos salvó. Ese día después del rosario recitó el *señor* cura el último día de María Auxiliadora que estaban haciendo, digo, de la novena. Les habló el *señor* cura sobre la caridad para con los enemigos. Les dio algunas instrucciones cuaresmales y para la semana de *penitencia* que se celebraría en la entrante. Entre tanto llegaron los muchachos. Expuse solemnemente a nuestro Señor Sacramentado; Lucilo tomó el incensario, Vicente y Pascual, las velas.

Di la bendición y pasamos a descansar, porque verdaderamente las impresiones fatigan mucho.

El sagrado depósito aún estaba desde que nos fuimos y los fieles se manifestaron verdaderamente piadosos: no lo abandonaron. Encontramos en el cancel la lista de distribución de las horas entre las asociaciones piadosas y agrupaciones católicas. Desde las 6 a. m. hasta las 8 p. m. estaba el templo con bastante asistencia de fieles, según lo supimos después. Jesusita y Lupe, hermanas del *señor* cura, me dijeron: “padre, esta gente nos ha dejado avergonzadas por el ejemplo que nos han dado; qué sólida piedad manifestaron”.

Sí, honra para los católicos de Valparaíso, pues oraron mucho, pidieron mucho, sufrieron mucho y a sus obras y a las oraciones de los fieles de Zacatecas, Fresnillo, Hue-

juquilla y otras partes debemos nuestra libertad. Nuestro Señor jamás deja sin premio los sufrimientos y siempre está dispuesto a oírnos cuando así conviene para su gloria. Bendito sea por los siglos de los siglos. Aquí terminaré lo referente a nuestra prisión.

PROPAGANDA DE LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE LA JUVENTUD MEXICANA

Como era de esperarse, con esta caldeada de persecución, aumentó el amor [// 13/76] a la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*.

Entre los socios. Todos trabajaron con grande empeño y con gusto veíamos que día a día aumentaban las solicitudes de nuevos socios. En la fiesta oficial de nuestra señora de Guadalupe apenas habían impuesto los distintivos a 25 socios y ahora necesitábamos una nueva imposición, pues ya había más de 25 aptos.

En una sesión de la Directiva se acuerda nombrar comisiones de propaganda para las haciendas y ranchos, pues así lo pedían. Se nombraron los propagandistas, se les fijó el lugar de sus trabajos, se les dieron instrucciones, y manos a la obra.

Los días 9, 10 y 11 de mayo estuvieron los propagandistas en el Capulín y lograron fundar un pequeño grupo con ayuda del *señor* cura. El 13 salió la propaganda para Trojes y su trabajo fue estéril, pues, estando este rancho lleno de agraristas, apenas 6 jóvenes consiguieron y con peligro de ser nada. El mismo día fui yo al Astillero y conmigo fueron los jóvenes Francisco González, Francisco Arévalo, Manuel Tabuyo y Manuel Carrillo, acompañados del compañero Jesús Pérez. Estuvimos hasta el 15 en la mañana. Como en esa hacienda había trabajado ya en preparación el joven Pérez, se hizo mucho, pues el 14 por la noche hubimos de hacer la inauguración del grupo y la entrega de la bandera al joven Pérez. González pronunció un emocionante discurso, contestó Pérez recibiendo la bandera; hablé yo y hasta los demás compañeros se entusiasmaron.

En la *Hacienda* de San Marco se hizo la propaganda en los días 18, 19 y 20 de mayo; tocó ir a Vicente Rodarte, Lucilo Caldera, Pascual Padilla, Nicolás Recéndez y Juan Jara. Después de algún trabajo, logramos establecer el grupo con la solemnidad que se pudo, quedando de presidente el *señor* Pedro Guerrero. Como en esta hacienda estaba el seminarista José Antonio Salas, que una vez libre de la prisión de Ortiz en Zacatecas volvió a la *hacienda*, nos ayudó mucho, haciéndose él mismo acejotaemero y levantando mucho al grupo.

PERSECUCIÓN AL SEMINARIO DIOCESANO

Bien premeditaban la persecución, los seminarios fueron las primeras víctimas. En Jalisco, Durango, Puebla, Colima y en Zacatecas fueron escandalosos los atropellos a los seminaristas. En los días primeros de enero de 1926, al renunciar el *ciudadano* gobernador, *don* Aureliano Castañeda, por no poder ya contener las tendencias de los perseguidores, se cerraron todos los colegios y escuelas católicas de Zacatecas. Se supo que lo mismo pasaría con el seminario, así que a tiempo el *ilustrísimo señor* obispo or-

maristas, el Padre Rector tuvo miedo, creyó sería la cosa y los desampararon el 13 de junio.

Otro tanto sucedió al Colegio Margil en esos días y al fin, se acabó todo plantel católico.

Las casas de religiosas, como el Colegio Teresiano, las siervas del Sagrado Corazón de Jesús, las de S. Vicente, las de Loreto de Guadalupe de Zacatecas y las Capuchinas del mismo lugar, etc. fueron igualmente exclaustradas y aun saqueadas por los soldados.

APREHENSION DE ACEJOTABEROS DE VALPARAISO.

En los últimos días de abril de 1926, llegaron a Valparaiso, por correo unos cuantos ejemplares del manifiesto y programa de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa en México y como esto de suma importancia para la orientación del pueblo, los acejotaberos acordaron que se fijaran en las paredes de las calles como todo aviso o anuncio. El joven Aguayo se encargó de la obra y los fijó el día 14 de mayo. Aun no habían pasado 7 horas de haberse fijado, cuando fueron quitados y corados con tinta, uno por el mismo Talamantes Pde. Municipal y municipales y otros por su mandato pues los encontraron sediciosos; lo que más les dolía, era que René decía en su manifiesto que se recurriría aun a las armas si por otro medio no se concedía la libertad religiosa. Que pasó sólo los bolcheviques gobiernistas lo supieron por lo pronto, mas el 24 del mismo mes, empezando a oscurecer, fue detenido el joven Aguayo al salir del templo parroquial y pasar frente de la Presidencia, fue encarcelado y al día siguiente sólo se ocuparon de Tabuyo y yo acordándose de las ofertas de Talamantes aunque sin ninguna esperanza de arreglo, comisionó a D. Manuel Luna y a D. Pedro para que en lo particular vieran a Talamantes a ver de que se trataba. Lo hicieron así, pero ya él mismo les indicó que era orden de Ortiz y que les anunciaba que al día siguiente serían también ellos detenidos, pues la cosa era bastante seria.

Más que tranquilizados, temerosos, volvieron a darme cuenta del resultado de su comisión. Efectivamente, al día siguiente, o sea el 26 fueron llamados: Luna, Baya, D. Pedro Acosta y el acejotabero Jesús Pérez. Entonces ya las cosas se pusieron pesadas. Pérez les cargó la mano demostRANDO sus intrigas y arrojaron contra él todo su poder.

Esto era el resultado de la fijación de los manifiestos y programa de la Liga de Defensa Religiosa. Talamantes, Alfredo López, Aurelio y Clemente Flores y no sé quien más, hicieron la acusación no sé quien, el caso es que llegó a Ortiz el caso de Valparaiso. En esta ocasión que los señores estaban tragando una revolución y se valían de los muchachos para sus fines. Como en efecto los señores probaron no ser así, entonces. A Tabuyo, lo molestan bastante y aun pretenden ahorcarlo, según para eso que formó el cabirre J. Encarnación Salas, en la noche del 26. Tabuyo se sostuvo mucho en no declarar quien lo había mandado pegar los papeles, como ellos decían, hasta que por indicaciones de Luna tuvo que decir que Francisco González Vicepresidente de la A.C.R.A. así es que el 26 por la tarde el joven González se acercó a la reja de la cárcel para saludar a Pérez y Tabuyo y sin más, le dice el carcelero Riginto..... que pasara abriéndole la puerta de la cárcel, pues era orden superior, más viciejo es notable en el comportamiento que tuvo en la persecución a los católicos, porque habiendo sido muy piadoso antes y aun colaborador de la asociación Guadalupeña y Colador del Apostolado de la Nación, pudo en el cambio rápido y vino a convertirse en perseguidor de la Iglesia. Estamos, pues en apuros por salvar a los muchachos, principalmente al Sr. Cura y yo. Viendo que nada se arreglaba aquí y no los iban a llevar a Zacatecas, pues luego cartas avisando al Comité Diocesano de la A.C.R.A.

IMAGEN 2. Folio 14 del *codex optimus* (vv). ARA, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 50, expediente 7, folio 14/77.

denó que salieran los seminaristas como a unas vacacioncillas, a ver qué resultaba. Después acordó que el Seminario Menor se abriera en Mezquitic y el Mayor en Zacatecas.

En marzo, pues, se abrió el Mayor en Zacatecas, en la casa de las Mercedes, a la salida para Bracho; y el Menor se reunió en el mes de abril en Mezquitic, quedando al frente del Mayor el *señor* Santa Ana y del Menor, el *señor* presbítero don Joaquín Braulio Raigosa.

El activo Ortiz no descansó hasta no conseguir la dispersión de ambos seminarios. El 27 de mayo, cuando menos lo esperaban, se presentó Ortiz con sus esbirros en Las Mercedes a la hora que estaban en clase, un poco antes de las 12 del día. Allí blasfemó a su antojo, discutieron él y el *señor* Santa Ana, y en formación a pie transportó al referido *señor* canónigo, a los *padres* don Daniel Márquez Medina y a don Antonio Palacios, y a unos 40 seminaristas, entre ellos muchos clérigos, hasta la jefatura. Impidió que les dieran de beber y hasta las 4 p. m. [no] permitió que les pasaran alimentos. En cambio, los días siguientes los trató bien, en cuanto cabe, les manifestó cierta confianza, los consignó y salieron libres el día 4 de junio. Él les intimó a que no se volvieran a reunir en la ciudad ni en otra parte, porque entonces procedería de otra manera contra ellos. Así que los muchachos tuvieron que volverse a sus casas.

El Menor parece que estaría más seguro, pero un día se forma un borrego⁴ que fuerzas de Ortiz salían rumbo a Mezquitic a aprehender a los semi- [// 14/77] naristas, el padre rector tuvo miedo, creyó sería la cosa y los dispersaron el 13 de junio.

Otro tanto sucedió al Colegio Margil en esos días y, al fin, se acabó todo plantel católico. Las casas de religiosas, como el Colegio Teresiano, las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús, las de *San* Vicente, las de Loreto de Guadalupe de Zacatecas y las Capuchinas del mismo lugar, etcétera, fueron igualmente exclaustradas y aun saqueadas por los soldados.

APREHENSIÓN DE ACEJOTAEMEROS EN VALPARAÍSO

En los últimos días de abril de 1926 llegaron a Valparaíso, por correo, unos cuantos ejemplares del manifiesto y programa de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa en México, y como esto [era] de suma importancia para la orientación del pueblo, los acejotaemeros acordaron que se fijaran en las paredes de las calles como todo aviso o anuncio. El joven Manuel Tabuyo se encargó de la obra y los fijó el día 1.º de mayo. Aún no habían pasado siete horas de haberse fijado, cuando fueron quitados y borrados con tinta, unos por el mismo Talamantes, *presidente* municipal y municipales, y otros por su mandato, pues los encontraron sediciosos; lo que más les dolía era que René decía en su manifiesto que se recurriría aun a las armas si por otro medio no se concedía la libertad religiosa. ¿Qué pasó? Sólo los bolcheviques gobiernistas lo supieron por lo pronto, mas el 24 del mismo mes, empezando a oscurecer, fue detenido el joven Tabuyo al salir del templo parroquial y pasar frente a la presidencia. Fue

⁴ Alarma sin fundamento, como aclara el propio Arroyo en el folio 36/99.

encarcelado y al día siguiente sólo se ocuparon de Tabuyo; y yo, acordándome de las ofertas de Talamantes, aunque sin ninguna esperanza de arreglo, comisioné a *don* Manuel Luna y a *don* Pedro Nava para que en lo particular vieran a Talamantes, a ver de qué se trataba. Lo hicieron así, pero ya él mismo les indicó que era orden de Ortiz y que les anunciaba que al día siguiente serían también ellos detenidos, pues la cosa era bastante seria.

Más que tranquilizados, temerosos, volvieron a darme cuenta del resultado de su comisión. Efectivamente, al día siguiente, o sea el 26, fueron llamados Luna, Nava, *don* Pedro Acosta y el acejotaemero Jesús Pérez. Entonces ya las cosas se pusieron pesadas. Pérez les cargó la mano demostrándoles sus intrigas y arreciaron contra él todo su poder.

Esto era el resultado de la fijación de los manifiestos y programa de la Liga de Defensa Religiosa. Talamantes, Alfredo López, Aurelio y Clemente Flores, y no sé quién más, hicieron la acusación; el caso es que llegó a Ortiz, el coco de Valparaíso. En ella decían que los referidos señores estaban fraguando una revolución y se valían de los muchachos para sus fines. Como, en efecto, los señores probaron no ser así, entonces, como era natural, la sospecha recayó sobre la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* o los sacerdotes. A Tabuyo lo molestan bastante y aun pretenden ahorcarlo, según parapeto que formó el esbirro J. Encarnación Salas, en la noche del 26. Tabuyo se sostuvo mucho en no declarar quién lo había mandado pegar los papeles, como ellos decían, hasta que por indicaciones de Luna tuvo que decir que Francisco González, vicepresidente de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*. Así es que el 26 por la tarde el joven González se acercó a la reja de la cárcel para saludar a Pérez y Tabuyo y, sin más, le dice el carcelero Higinio que pasara, abriéndole la puerta de la cárcel, pues era orden superior. Este viejecito es notable en el comportamiento que tuvo en la persecución a los católicos, porque habiendo sido muy piadoso antes y aun celador de la Asociación Guadalupeña y celador del Apostolado de la Oración, hubo en él un cambio rápido y vino a convertirse en perseguidor de la Iglesia, Dios quiera que se arrepienta y no muera mal.

Estamos, pues, en apuros por salvar a los muchachos, principalmente el *señor* cura y yo. Viendo que nada se arreglaba aquí y que los iban a llevar a Zacatecas, puse luego cartas avisando al Comité Diocesano de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* [// 15/78] y al Grupo de Fresnillo, para ver si era posible arreglar el amparo antes de que los llegaran con Ortiz. Efectivamente, los muchachos de Fresnillo y Zacatecas trabajaron activamente. Pacheco comunica a México y por trabajos del *licenciado* Llamas y otros se consigue lo que se deseaba, pero faltaba saber la voluntad de Ortiz, para quien nada valían los trámites legales.

Salen, pues, los muchachos prisioneros para Fresnillo el 29 de mayo. A pesar de la fianza que había dado *don* Francisco González, *señor*, por su hijo y por los otros, para que ellos solos se presentaran, no se hizo así, pues llegando a Fresnillo los ponen en la cárcel donde estuvieron hasta el 31. Este día por la noche los sacaron de Zacatecas, estuvieron en la jefatura hasta el día 10 de junio y por la noche, justamente con el *señor* cura de *San* Juan del Mezquital, y el 11, fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús,

llegaron a México, donde los internaron en un cuartel donde estuvieron hasta el 29 del mismo, en que fueron declarados libres por falta de méritos. Para conseguir su libertad, trabajaron activamente la Liga de *Defensa Religiosa* y la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*, especialmente los señores licenciados don Rafael Ceniceros y Villarreal, don Francisco Llamas Noriega y el acejotaemero Luis Vargas. Ya libres, volvieron a ésta primero Pérez, después González, quedando en Fresnillo Tabuyo. El 8 de julio llegó González y, con anuencia del señor cura, acordamos ofrecerles una veladita. Ese mismo día mandamos llamar a Pérez, que estaba en el Astillero. Se arregló el foro en el alto de la Escuela Católica de Niñas, invitamos a determinadas personas y por la noche tuvo lugar la veladita. Última, por cierto, que pudimos celebrar, más bien como preparación a los días tenebrosos que nos esperaban.

EJERCICIOS ESPIRITUALES A LOS JÓVENES

Un día sábado, inesperadamente, se presentó el señor cura en mi casa con una hojita de propaganda de ejercicios en la mano y me dice: “vengo a proponerle que en los pocos días que nos restan antes de que entren de lleno las aguas, hagamos unos ejercicios de San Ignacio para los muchachos, ya sabe usted cuántos provechos se reportan de ellos y, según esta hojita, la juventud se ha reformado mucho por ellos”. Yo, que lo deseaba hacía tiempo y que había leído la hojita, acepté sin titubear. Se despidió pronto dándome algunas instrucciones del caso. Inmediatamente ordené al secretario que convocara a junta general por medio de una circular para las 6 de la tarde. Se reunió buen número de muchachos y les hablé acerca de los ejercicios y la mayoría aceptó, menos los que no podían dejar sus trabajos. El domingo 11 por la noche entraban, pues, al encierro muchos jóvenes; invitados desde el púlpito, se había hecho bien la propaganda, aunque tarde, así que siguieron entrando hasta completar 48. Nada sabían los jóvenes de ejercicios, así es que nos dieron buen trabajo, pero al fin los hicieron y con bastante provecho para sus jóvenes almas. El 16 les hablamos del escapulario de nuestra señora del Carmen y lo recibieron todos. El viernes por la noche y el sábado 17 por la mañana concurrieron otros jóvenes de los ranchos, viniendo hasta de San Mateo; los del Capulín estuvieron casi todos. El sábado fue la comunión general con misa cantada e imposición de distintivos de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*. El desayuno fue ameno y después de él se retiraron llenos de recuerdos dulces, como son los que el alma lleva de unos ejercicios espirituales.

Este mismo día di aviso al señor cura y jóvenes del decreto que en este mes dio el presidente de la República, Plutarco Elías Calles, sobre Delitos Comunes y Leyes Penales en materia de Culto y Enseñanza.

El domingo 24 di las últimas juntas de los obreros, obreras, *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* y catecismo, pues el decreto imposibilita por completo el ejercicio de nuestro ministerio, así que este día nos despedimos para ¿volvemos a ver? Dios lo sabe.

TERMINA EL CULTO PÚBLICO RELIGIOSO

Dimos a conocer a los fieles el decreto que al fin se había dado en nuestra contra y del cual ya les habíamos hablado, pero en muchos cabía la [// 16/79] esperanza de que no se pusiera en ejecución. Cuántas opiniones nacidas de lo que se creía un imposible, pues aún no se percataba el pueblo de lo mucho que podía el espíritu de las tinieblas por medio de sus más activos secuaces, los masones. Pronto se extendió la noticia por haciendas y ranchos, aun los más apartados y, como a una de las más sonadas misiones, empezaron a concurrir a recibir por última vez en sus pechos al Dios Eucaristía, que en castigo de nuestros pecados se iba a ausentar de nosotros quién sabe cuánto tiempo. Lástima que a causa de la enfermedad mía y del *señor* cura no hayamos podido atender a todos los que deseaban confesarse para comulgar.

Se llegó el jueves 29 de julio. A las tres de la tarde reuní a las socias de la Liga de Modestia Cristiana para darles la última junta, en la que expuse la norma a que se sujetarían en tiempos tan luctuosos. Les leí la carta pastoral colectiva del Episcopado Mexicano sobre la clausura del culto y, al terminar, no pudimos contener el llanto cuando dije que [luego de] dar la sagrada comunión en la misa del día siguiente, volaría Jesucristo al cielo dejándonos huérfanos. El llanto fue abundante, secundándolo los fieles que esperaban en el confesionario.

Terminada esa conferencia me senté un poco a confesar.

Se llamó al rosario, en el que expuse solamente al Santísimo en la custodia. El templo estaba completamente lleno de fieles, que se extendieron hasta el atrio y la sacristía. Por misterios cantó el coro unos que dicen: “Señor mi patria llora su amarga desventura...”, por el *padre* Iriarte de Michoacán. En cada misterio les hacía una breve consideración de actualidad, así terminó aquel santo ejercicio lleno de lágrimas de despedida a Jesucristo sacramentado.

¡Oh, cuánto sufrimos! Todas las caras de los fieles se veían compungidas.

ÚLTIMA BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO

Llegó la hora más dolorosa para aquellos fieles eucarísticos, en su mayoría de Valparaíso: la última bendición con el santísimo.

Bajé del púlpito, tomé la estola y pluvial. Quise que mis acejotaemeros estuvieran muy cerca del Divinísimo formándolos al frente del altar. Se entonó más bien con llanto que con melodía el *Tantum ergo*. Canté la oración y, con llanto que se anudaba en mi garganta, subí a bajar la custodia.

Sabe Dios lo que pasó, ni recordarlo quiero. ¿Qué le dijimos a nuestro Señor sacramentado? Él lo sabe: yo sólo recuerdo que le decía: “no tardes tanto, Señor”.

Y repetí muchísimas veces: *Parce Domine, Parce populo tuo*. Perdona, Señor, perdona a tu pueblo.

Las alabanzas, bendito sea Dios, no fueron oídas por los gemidos tan lastimeros de todo el pueblo.

Por mucho tiempo después del rosario no salió la gente del templo y puedo decir que ya era hora de cerrar y los fieles no querían dejar solo a nuestro Señor. Con esa amargura tan grande nos retiramos a nuestras casas para prepararnos al dolor más grande del día siguiente. Me figuraba estar al frente de un cadáver del ser más querido de mi corazón, que pronto me sería arrancado para llevarlo al sepulcro para siempre.

ÚLTIMA MISA

Amaneció el día más desgraciado para mí y para mi desaventurada patria, el 30 de julio de 1926.

Apenas se abrieron las puertas del pobre templo parroquial y los fieles lo invadieron por completo, se asistía al sepelio del culto sagrado en México. Confesé poquísimos hombres que pude y dando la última llamada salí a celebrar la santa misa.

Todas las mujeres vestían de negro; aun los hombres ostentaban moños negros en señal de luto.

Entre llantos que no cesaron ni un momento, empecé la santa misa. Las voces del armonio, que tocaba melancólicas notas, se perdían por completo entre los sollozos. Consagré bastantes formas. Pasó la consagración, se lle- [// 17/80] gó la comunión, que tardé para distribuir, comulgando como unas 800 personas. Quité el sagrado depósito, levanté el conopeo, dejé abierta la puertecita del sagrario y apareció vacía, y los fieles, al ver tal espectáculo, soltaron el llanto con fuerza, como el que se suelta al echar la tierra sobre el sepulcro del ser más querido que se nos murió. *Jesús sacramentado se ausentó para no volver hasta que él quiera y nosotros nos arrepintamos de nuestros graves e innumerables pecados.*

Las oraciones que se recitan después de la santa misa ya no fueron recitadas por el pueblo y, terminado todo, me retiré a la sacristía, siendo seguido por muchos fieles que deseaban no dejar de mirarme y, una vez quitadas las sagradas vestiduras, todos querían besar mi mano.

El llanto siguió. Terminé de dar gracias y luego entré a la sacristía para tomar mi capa y sombrero.

DESPEDIDA AL SACERDOCIO

No me lo esperaba ni tampoco me lo expliqué de momento. Los fieles se habían despedido de nuestro Señor, pero no del sacerdote y sin duda les fue así inspirado, porque apenas salí de la sacristía y se me echaron encima queriendo todos decirme *adiós*. Tardé bastante para salir del templo y todavía me acompañaron muchos hasta el encierro de mi casa, efectuándose así la despedida del sacerdocio, pues, en verdad, muchos no volvieron a ver un sacerdote en su vida. Muchísimos, o casi todos, por mucho tiempo. Yo también decía en mi corazón: *adiós, amigos y fieles queridos; muchos no nos volveremos a ver en esta vida, pero quiera el Señor que nos veamos en el cielo.*

Por la tarde vino el señor cura, que celebró en Lobatos. Le dije que había dicho a los fieles que por la tarde habría rosario, mas él me dijo con palabras muy sensibles: *“pobres fieles, ya no les moveremos más”*. Me ordenó que consagrara agua bautismal suficiente para que nos proveyéramos de ella y que de la sacristía sacara yo los ornamentos y cosas que necesitara para mi uso.

TREINTA Y UNO DE JULIO DE 1926

Empezó, pues, en este día a regir el desdichado decreto de Calles. Todo terminó para nosotros. Yo no volví más a pararme en el templo, ni siquiera junto o frente a él.

En nuestras casas, ocultamente y sin aparato alguno, celebramos la santa misa, y los policías y demás gobiernistas del pueblo redoblaron su vigilancia sobre nosotros, como si fuéramos unos criminales. ¡Ingratos! Así pagaron al sacerdote los muchos beneficios que le deben.

ACCIÓN CATÓLICA

Como la Liga de Defensa Religiosa ya había dado su programa de acción para este tiempo, desde este día, previas juntas cuando se pudo, empezó dicha acción sintetizada en el *boycott*. Esto, aquí como en todas partes, fue un golpe duro para los comerciantes, que pronto se vieron sin clientela ni siquiera los domingos. Con gran perjuicio para sus comercios.

El catecismo se dio en las casas de las catequistas. Las juntas de las agrupaciones católicas, ocultas por allá en alguna huerta. Las confesiones a enfermos, enteramente ocultas. Como tres veces llevé el sagrado viático con traje ordinario sin que se dieran cuenta los que me acompañaban, apenas los enfermos. Los bautismos se hacían en la noche con muchas precauciones. En fin, cosas inauditas se oirán más tarde por los que viven.

El *señor* cura salía a los ranchos y por allá administraba. El sagrado depósito lo guardamos el *señor* cura y yo en nuestras casas, en cajitas lo mejor adornadas que podíamos, y el altar sin componer. Cubierto de ramilletes de flores naturales se escondió el Rey del cielo y de la tierra como un criminal. Lo mismo ocultábamos la lámpara.

El viernes 6 de agosto supe que el *señor* cura estaba en El Terrero y, teniendo grandes deseos de verlo, fui a ese rancho. En verdad, lo vi; platicamos, me resolvió mis dudas y después de comer y dormir un rato, dimos un **[// 18/81]** paseíto por las labores y hasta el río y me manifestó que él se iba a Valparaíso y que, como estaba en el rancho el sagrado depósito, me quedara yo y aún algunos días que me servirían para ver si mejoraba mi salud, bastante quebrantada por tantas impresiones. Acepté y se fue él en seguida, quedándome yo. Este día empezó en mí un fuerte reumatismo muscular ocasionado por la bilis.

Permanecí allí hasta el lunes, pues el martes 10 en la noche me fui para Peñitas invitado por aquellos buenos fieles. Volví a Valparaíso casi sin poder moverme si no

era con suma dificultad, el jueves 12, a la huerta de *doña* Leonarda Martínez *viuda* de Estrada, donde tuve el gusto de ver y platicar con el compañero *don* Herculano Cabral toda la tarde, hasta entrada la noche me fui a casa acompañado por el seminarista Jesús de la Torre, que me llevaba del brazo.

CIERRAN LOS TEMPLOS

Así que Calles supo por la pastoral colectiva que los sacerdotes se retiraban de los templos y que no volverían a officiar, ordenó que los templos se cerraran por él; se sellaran las puertas y se hiciera un inventario de todo para entregar lo que el pueblo pidiera a algunos responsables y bajo el cuidado de las autoridades locales. Todo dependiente de la Secretaría de Gobernación. Hízose así en todas partes donde el pueblo no se opuso.

En Valparaíso batallaron bastante, pues ninguno de los empleados federales y municipales quiso ponerle el cascabel al gato. Para evadir la responsabilidad, acordaron reunir diez vecinos para que ellos cerraran el templo o templos. Pero no lograron encontrar los vecinos. Quisieron obligar al sacristán para que él entregara todo por inventario y cerrara las puertas para ya no abrirlas, pero el *señor* Ildefonso de la Torre se portó heroicamente, desafiando a toda amenaza antes de consentir en tal proposición. Efectivamente, el juez y secretario *don* Pedro Trujillo y *don* Jesús Coronado, católicos (?), así como Clemente Flores, lo amenazaron, lo reprendieron, se disgustaron con él. Nadie quiso recibir las llaves, pues el sacristán dicho las trajo de oficina en oficina, hasta que fastidiado se las aventó sobre la mesa a los jueces y se retiró. Por la noche, el juez se andaba valiendo de distinguidas señoras y señoritas para que fueran a cerrar el templo parroquial dándoles las llaves, pero nadie quiso. Nos vimos pues obligados a poner guardias de acejotaemeros y obreros para que por la noche cuidaran del templo, pues día y noche permanecía abierto. En estas batallas, vino el diputado Leonardo Recéndez Dávila y él, acompañado de los demás del gobierno, cerraron el templo parroquial y el de *San Francisco*. El inventario lo hizo el *ciudadano* Jesús Coronado de esta manera: entró y, sentándose en una de las bancas laterales, apuntó lo que estuvo viendo; después se cambió al otro lado e hizo lo mismo.

Recéndez estuvo muchos días en la población y una comisión de señoras se acercó a él para pedirle que, como paisano y diputado, interviniera ante el supremo gobierno para que levantara su maldito decreto. Hizo un memorial escrito, como se puede ver en la copia que se conserva.⁵

El templo no lo volvieron a abrir hasta el mes de septiembre sin saber yo la fecha. Como estaba dependiente de las autoridades según arreglos que hizo *don* Gregorio Cabral, yo no aprobé que los fieles fueran a él, hasta que el *señor* cura dio su aprobación.

⁵ A partir de aquí, al final de algunos párrafos aparece la anotación “documentos números o documento núm.”, aparentemente con la intención de referir a un documento que ilustra o demuestra lo narrado; sin embargo, se trata de un dato que no se completa en ningún caso ni en ninguna de las versiones; en lo sucesivo anotaremos sólo “véase nota 5”.

LOS MÁRTIRES DE CHALCHIHUITES

En la primera quincena de agosto Ortiz mandó una escolta a Chalchihuites para llevar al *señor* cura don Luis Batis y a los acejotaemeros Manuel Morales, David Roldán y Salvador Lara, a quienes ya había mandado llamar y sé que estaban dispuestos a ir. Murieron el 15 de agosto.

Por aquellos mismos días se encontraba en esa población don Pedro [// 19/82] Quintanar, que de Huejuquilla había ido a vender una partida de animales. Sucedió que fueron aprehendidos el *señor* cura y jóvenes, y con esta ocasión el pueblo estaba amotinado, pues ya salían con ellos los soldados en unos autos. Según dicen, en un coche iban los detenidos con el jefe y en otros iban los soldados. En aquellos momentos estaba Quintanar en una cantina con algunos amigos y, al saber lo acontecido, se acompañó de algunos cuantos valientes de allí mismo y salieron en persecución de los soldados. No los alcanzaron lejos, pues un coche se había descompuesto y estaban arreglándolo a la orilla de la población. Llegan los defensores y sin más dejarlos acercar, rompen el fuego los soldados, les es respondido con buen tino y entonces el cobarde jefe que iba con los detenidos, mata al *señor* cura y acejotaemeros.

Al fin logran que huyan los soldados, pero se encuentran con los cadáveres de los mártires. ¡Cuál sería el duelo de aquel piadoso pueblo con la muerte de su pastor y de sus hijos!

Quintanar vuelve a la población, busca a los gobiernistas que habían acusado a los extintos, no los encuentra; abre las oficinas, saca los pocos fondos que [en] ella había, los distribuye entre los pocos que lo acompañaron declarándose en rebelión contra Calles y, siendo pocos y por lo mismo incapaces de hacerse allí fuertes por falta de parque y armas, determinan salir de allí.

Este hombre fue el primero que en la República levantó su brazo contra el tirano. Hombre sencillo, católico, había sido ya militar en las revoluciones pasadas aunque siempre del lado donde había más justicia. La última vez que militó fue en la revolución delahuertista, en la que ascendió a coronel, según nombramiento que guarda y que yo vi en una vez.

De Chalchihuites avisaron luego a Valparaíso lo sucedido y pedían auxilio a los agraristas para perseguir a Quintanar, diciendo que él había matado al *señor* cura y demás; cosa que yo nunca creía, pues conocía a dicho *señor* Quintanar y sí creí en su buena acción y que seguiría peleando contra Calles.

ÚLTIMOS DÍAS EN VALPARAÍSO

El viernes 13 de agosto por la mañana pasó por Valparaíso el coronel J. A. Arredondo, que venía de Huejuquilla, en donde, como en Laguna Grande, Monte Escobedo y Mezquitic, había exigido que se hiciera el inventario de los templos ya que se cerraran o se entregaran a la junta de 10 vecinos. En Huejuquilla no logró más que desprecios y, como en esos días estaba recién fundada la Unión Popular por el *señor* presbítero

don Buenaventura Montoya, les dieron recio con el *boycott*, al grado de no encontrar quién les vendiera algo que comer, sino es que el mismo presidente de la Unión, *don* José María del Refugio Jaime, movido a compasión, influyó para que se les vendiera algo y él mismo les facilitó maíz para las remudas. En Valparaíso no se detuvieron sino unos cuantos minutos y salieron luego rumbo a Zacatecas.

Los caciques estaban desplegando mucha actividad día a día, por lo que con fundamento vimos en ellos los perseguidores inaguantables de los católicos en la parroquia. A la vanguardia de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*, el jovencito Francisco Ortiz de 13 años, entre cuatro policías lo cogieron de sorpresa en la calle, lo echaron en tierra y a la fuerza le arrancaron el distintivo. Mi casa la custodiaban todas las noches y empezaban a verse hombres y mujeres sospechosos que rodeaban a los católicos impidiendo que se reunieran más de dos y a algunos les intimaban que se quitaran las medallas y demás distintivos, principalmente el moño negro que todo hombre usaba en señal de luto.

Con los acejotaemeros tan sólo pude ir una vez a su junta secreta en una huerta, lo mismo que con las obreras, la siguiente vez ya había espías por ese lado y ya no pude ir.

El *señor* cura y yo nos vimos en la población el domingo 15 de agosto estando yo en cama, platicamos largamente y nos despedimos ya noche porque al día siguiente iba a salir él para otros ranchos. Yo pensaba durar en la [// 20/83] población siquiera el mes, pero día a día me ponía más enfermo y las amenazas arreciaban, por lo que no lo veía muy seguro. Con todo, nada dije al *señor* cura, a quien desde esa noche no volví a ver más.

SALGO DE VALPARAÍSO

El domingo 22 no pude dormir a causa de lo agudo de los dolores que padecía, así que el lunes amanecí muy trastornado. Ya ese domingo dije a mi mamá que, como me estaba agravando, yo quería que todos nos cambiáramos para Huejuquilla, a nuestra casa, pues conocía que tantas noticias malas me estaban enfermado más. Convino en que así se haría y mi hermano Leopoldo quedó de pedir a *San Antonio*, conforme a las ofertas de los *señores* Soto, remudas y burros para cambiarnos en la misma semana, lo más pronto que se pudiera.

Cuál fue mi sorpresa cuando el lunes 23, acabando la misa, llega mi hermano y me dice que conviene que salga ese mismo día. Yo me resistí y le preguntaba si había peligro, a lo que me contestó que precisamente porque no había peligro era el tiempo oportuno para que yo saliera. Viendo lo resuelto que iba, acepté pues, y me di luego a arreglar lo que había que llevar y a dar orden a mi mamá y a Trinidad de lo que debían de hacer cuando nos fuéramos.

Nada más al presidente de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* y al secretario de los obreros pude o quise avisarles de mi ida. A las 12, pues, del día, monté en una mansa mula tordilla de la silla de mi compadre Leopoldo y, acompañado de *don* Florencio Aguirre, obrero sindicalizado de Peña Blanca, salí de la población, parándo-

me un poco frente a la huerta de la *viuda* de Estrada, porque ahí me esperaba ella y su familia. Salí para ya no volver, o ¿volver?, no lo sé; al año que escribo estas líneas no se me ha concedido más devisar dicha población una sola vez.

Sólo nuestro Señor sabe lo que yo sufrí en mi separación de esa manera de la parroquia, que, si bien es cierto que me ha hecho sufrir mucho, la quiero bastante. No soy de allá y mi espíritu o mi mente siempre está allá.

Ese día comimos en la Escondida a las 3 de la tarde, donde mi hermano me enseñó una carta donde le avisaban que iba a haber un levantamiento y que por lo mismo urgía que me sacara de allí. Así que él lo hizo de la manera que acabo de decir y él mismo se vino con nosotros juntándose en el Resbalón. Esta noticia me puso más triste, porque luego consideré que quizá iba haber un fracaso, pues no sabía yo que tan pronto se hubieran organizado y fueran ya potentes para hacer algo. Con esa espina más, caminamos. A las 5 de la tarde nos cogió una muy fuerte tormenta de agua en Carboneras, así que a las 8 de la noche apenas pudimos llegar a Rancho Viejo, donde cenamos en casa de María Castro, quien me hizo la caridad de darme una curada en la cama, con lo que sentí mucha mejoría, pero no pude dormir porque en la noche me pegó otra vez la calentura, que en esos días me llegaba hasta tres o cuatro veces en las 24 horas.

Al día siguiente, martes 24 de agosto, luego que nos desayunamos, seguimos nuestro camino para Huejuquilla, a donde llegamos a las 11 de la mañana.

EN HUEJUQUILLA EL ALTO

Grande fue la sorpresa de los amigos de esta población cuando supieron que había llegado. Los que me apreciaban y sabían lo que estaba sufriendo, se alegraron porque me vieron fuera de peligro. Los más previsores calcularon que las cosas iban mal y los del gobierno investigaban con ansia cuál había sido la causa de mi venida. Cosa que no pudieron saber y que motivó el que pusieran un oficio a Epigmenio Talamantes diciéndole que qué quería se hiciera conmigo y con los que después de mí empezaron a llegar.

Cuando llegué a ésta, no podía mover las piernas y algo los brazos, y frecuentemente me atacaban unas neuralgias tan fuertes que no me dejaban [// 21/84] dormir.

Llegué a la casa de *don* Refugio Jaime, padrino de cantamisa, donde fui finalmente tratado y atendido en mis enfermedades. La *señorita* Ma[*ría*] Natividad García me hizo la caridad de ir noche por noche a curarme.

LEVANTAMIENTOS EN VALPARAÍSO

El martes 24 no llegaba el correo de Valparaíso a Huejuquilla, y cuanto más tarde se hacía más crecían los temores de algo extraordinario, pues el correo siempre llegaba a buena hora. No menos estábamos mi hermano y yo y aún más, pues según la carta el levantamiento iba a ser este día 24. Por fin ya a la puesta del sol llegó el correo con la

noticia de que el día anterior por la noche se habían levantado personas de Peñitas y Peña Blanca, con multitud de noticias exageradas.

He aquí lo que después me refirieron los alzados:

Trinidad Castañón, de Viudas, se ilusionó con no sé qué cosa y creyó la cosa muy fácil; así que escribe a los de Peñitas que se levanten en la noche del 23 y avisen a los de Peña Blanca para tomar la Cueva el 24 temprano y dar luego sobre Valparaíso el mismo día. Estos señores no vieron las cosas tan fáciles como Castañón, así que luego fue con él una comisión a tratar más seriamente el asunto, pero le hallaron tan renuente que les contestó: se levantan como digo o *ustedes* son las primeras víctimas nuestras. Al verlo tan resuelto, hicieron movimiento por la noche y luego se fueron a verlo y cuál fue su sorpresa al encontrarlo pacífico en su casa y lo mismo su gente. Le hablaron y entonces les dijo que se volvieran a sus casas, pues la cosa era sumamente difícil. Cosa que ya le habían hecho ver. Allí le dijeron algunas cosas ya descontentos y al fin ellos, no pudiendo estar ya en sus casas, se resolvieron a salir al monte a librarse. Éste fue su fracaso de graves consecuencias, pero seguramente permitido por nuestro Señor para sus altos designios. Los alzados fueron los siguientes: de Peñitas, Vicente, Francisco, José, Plácido, Casimiro y Santiago Sánchez; Pedro Muñoz, Miguel Alemán, Gertrudis Cárdenas, del Mirador; de Peña Blanca, Basilio, Jesús, Candelario e Ignacio Pinedo; José Pasillas, Cirilo Tabuyo, Florencio Jaso, Florencio Aguirre, Refugio Rodríguez, Nicolás Cardiel y Valente Carrillo. En total 20, en su mayoría socios del Sindicato Interprofesional “León XIII”. Estos pobres hombres salieron pues de su tierra, dejándolo todo con la recta intención de luchar por la libertad de la Iglesia nuestra madre, y el Señor se ha manifestado siempre misericordioso con ellos y les ha librado de multitud de peligros, y esperamos que por premio les dé una buena muerte y el reino de los cielos.

Luego que vieron que no tenían más remedio que buscar la manera de salvarse ínterin había más movimiento, salieron a los cerros y, cuando ya se retiraban para ocultarse más lejos del peligro, les amaneció llegando al Remerillo, con grande peligro de que los denunciaran; pero entonces vino el auxilio admirable del Altísimo, según todos ellos lo han reconocido: un nublinazo que no se extendía más que el trecho que ocupaban los cubrió completamente hasta que los sacó fuera de peligro y permanecieron por allí ocultos. Aguirre no andaba con ellos, pues se vino a dejarme a Huejuquilla.

Con ocasión de este movimiento se pusieron furiosos los agraristas de Valparaíso y empezaron a molestar a los pacíficos, pues son los que siempre sufren en los disturbios públicos. Así que todos temieron que algo grave pasara a mi familia, pues corrían las versiones que mi hermano Leopoldo y yo éramos los jefes del movimiento, porque coincidió mi separación con él. Mi mamá opinó salir, lo mismo Ignacio mi hermano y la familia de Leopoldo. Eso lo hicieron en la noche, yendo de Valparaíso al Terrero y de allí, así, a pie, y dejando todo lo que habíamos acordado traer en El Terrero. Pobres familias, nuestro Señor acepte estos sacrificios, principalmente de los chiquitos, en satisfacción de nuestros pecados, y se digne perdonarnos. El viernes 27 llegaron todos felizmente a Huejuquilla, siendo acompañados por mi tío *don* Gabriel Cosío.

Al saber todo esto, intervinieron la casa de Leopoldo en El Terrero con to- [// 22/85] do lo que había, pues lo consideraron levantado.

MUERE DON MANUEL LUNA

Aurelio Acevedo, que en esos días andaba arreglando algunos negocios de importancia con don Pedro Quintanar en un rancho cercano a Huejuquilla, supo a su regreso a Valparaíso lo acontecido y, como era de los que tenían por complicados antes de tiempo, ya no llegó a la población, sino que volvió a Potrero de Gallegos.

En Valparaíso fueron aprehendidos don Natalio Acosta, don Atanasio de Luna en lugar de su hijo Manuel, don Pedro Acosta, don Pedro Ortiz y no recuerdo qué otros, y los pusieron en libertad entregando o una carabina o treinta pesos. Al acejotaemero Juan Manuel López le exigían lo mismo, pero logró fugarse a pies de caballo, ya antes le habían quitado una montura.

Sucedió pues que, una vez libres los detenidos, don Manuel Luna se fue al Potrero de Gallegos y allí, quizá por las impresiones malas recibidas, tomó unas copas de licor con las que se puso enfermo, como sucedía siempre que tomaba. Ya un poco mejorado, el 28 de agosto, sábado, permaneció allí. Por la tarde les avisan que venían los agraristas. Aurelio sale de allí, creyendo que a Luna nada le pasaba por haber ya dado lo que pedían, lo dejó allí con su hijo Alfredo de 16 años de edad. Toda la gente corrió asustada, pero encuentran a don Manuel, a quien deseaban ver, y sin más ni más lo obligan a salir de la casa. Él les suplicaba que no lo mataran, que no fueran felónicos, pero Epigmenio Talamantes dio orden de matarlo; orden que ejecutó Refugio Padilla. Las últimas palabras de Luna fueron: *“el Señor tenga misericordia de mi alma”*, y murió. Ya se deja ver la grande pena de su pequeño hijo. Ésta fue la primera víctima de Valparaíso, persona a quien debía Talamantes el estar en el poder, pues él lo hizo triunfar lo mismo que los sindicalizados. Así paga el demonio siempre que se le sirve.

A los hombres que cogieron los golpearon y como devisaran a Aurelio que iba corriendo a caballo, así como a J. Jesús Jaime, hijo de don Justo, y su vaquero Fernando, se fueron los agraristas siguiéndolos, pero no les alcanzaron. En la misma noche de este día se tuvo noticia de todo lo acontecido.

LABOR DE LOS LIMPIOS GOBIERNISTAS EN HUEJUQUILLA

Las autoridades en esta población estaban, como en todas partes, en poder de los hombres más malos. Es cierto que no pudieron hacer cesar el culto, pues éste seguiría hasta el 30 de agosto por concesión del señor obispo; ni tampoco pudieron cerrar el templo y hacer el inventario. Decían ellos que por ayudar y no perseguir a la Iglesia, pero la verdad era porque no podían y esperaban auxilio del gobierno para hacer cumplir la ley.

El presidente municipal era Matilde Puente, el secretario, Maurilio González, y los que los ayudaban, Jesús Ocampo, Heraclio García de Mezquitic y otros varios del pueblo que se estaban comunicando con los agraristas del Valle y con el gobierno del centro.

La Unión Popular, bajo la dirección del padre Montoya, estaba trabajando con mucho fervor y haciendo mucho bien, hasta lograr hacer la lista negra de los pocos no católicos.

Con los últimos acontecimientos en Valparaíso, llegaron a Huejuquilla *don* Natalio y su hijo Francisco Acosta y, después, los acejotaemeros Lucilo Caldera, Juan Manuel López, Guadalupe Flores, Jesús Pérez y Antonio Simental, todos huyendo; y de todo esto dieron cuenta a Talamantes, como ya dije al tratar de mi llegada a Huejuquilla.

Las noticias exageradas nos llovían todo el día, hasta que tuvimos ya razón cierta casi de todo y de que mi casa en Valparaíso era como cuartel.

TOMA DE HUEJUQUILLA EL 29 DE AGOSTO

Entre tanto, Quintanar, que hacía pocos días que había regresado de Chalchihuites, después de su levantamiento, había querido entrar él solo a Huejuquilla a ver a su familia y su casa, que habían robado los federales de Arre- [// 23/86] dondo. No se lo permitieron los del gobierno y estaban dispuestos a aprehenderlo. Él ya pensaba retirarse del rancho donde se encontraba, pero llega Aurelio y le habla del levantamiento que se preparaba en Valparaíso y que sin saberlo ya había estallado, se ponen de acuerdo y Quintanar ve a sus amigos de la región que lo podían o querían acompañar; se comunica con las personas de Huejuquilla que eran a su favor y piensa seriamente en desterrar o acabar con las autoridades locales. Dicho y hecho. Se fija el domingo 29 de agosto y, a las 11 de la mañana, una descarga de pistola anuncia la entrada de Quintanar a la población y por todas partes se oye el grito de ¡viva Cristo Rey! Dan sobre los gobiernistas; a unos los cogen, como al presidente y otros, y los demás huyen.

Sin saber cómo, los de Valparaíso, según el vulgo, los de Peñitas que se dirigían a la Mesa al norte de Huejuquilla, saben que Quintanar acababa de entrar a Huejuquilla y luego también ellos se dirigen allá, siendo recibidos con repiques y nuevamente se oyó estrepitoso el grito de ¡viva Cristo Rey! Todos los católicos estaban emocionados con tal grito y triunfo, pero el demonio salía corrido en sus intentos e iba hacer la última tentativa.

COMBATE EL 29 DE AGOSTO

Este mismo día se preparaban también los gobiernistas para dar un golpe de mano⁶ contra los clérigos y otras personas de la Unión Popular; ya tenían su plan bien combinado. A las dos de la tarde llegaría la Federación y un poco antes ellos harían las aprehensiones de los sacerdotes, clérigos y algunos seglares católicos. Esto nada más ellos lo sabían. Mas en todo obra la Providencia.

El *padre* Montoya no presencia ni la llegada de Quintanar, el *señor* cura Correa se prepara a salir quedándose en la orilla de la población, y en ella quedamos el *señor* Ibarra y yo y los clérigos y demás amenazados. El *padre* Ladislao Aparicio estaba en San Juan.

⁶ ACJM: Estado.

Un poco antes de las 2, casi luego que llegaron los de Peñitas, recibió *don* Pedro el aviso de que venía gente y luego dio orden de que se prepararan por si fuese el enemigo. Lo hacen luego: los de caballería salen ya montados y los de infantería toman los fortines. A las 2 se oyen las primeras descargas y el grito de ¡viva Cristo Rey! por parte de los defensores, pues la Federación ya iba entrando a la población bien formados y confiados en que los esperaban según plan acordado. Luego retroceden y se encuentran con la caballería defensora y combaten fuera y dentro.

Los federales eran en número de 52, según dicen, y los defensores serían un poco más. Los primeros, escogidos y parece que todos en su mayoría eran clases; los segundos, en su mayoría nuevos en las armas y con escasísimo parque; pero los defensores peleaban en nombre de Dios y por Cristo Rey y los otros, por Calles, perseguidor de Cristo.

El *señor* cura se desprendió de la orilla de la población hasta que conoció a la federación; iba acompañado de Rafael Sánchez, seminarista de tercer año y de 14 de edad. Los federales los ven y se desprenden unos cuantos siguiéndolos y, ellos, ya muy cerca, corren por el lado de *San* José, donde logran dar los caballos a unos muchachos que los sustituyen y ellos se ocultan en el mismo rancho. Nuestro Señor los salvó.⁷

Quintanar, *don* Justo Jaime, Jesús su hijo y los demás de caballería pelearon en las calles luego que ya no pudieron sostenerse fuera. Miguel Jaime, Pío Ruiz, Hermenegildo Ramírez y otros pelearon a pie por las calles. José Pasillas y Jesús Pineda lazaron a un federal haciéndose de parque. Mauro Jaime y mi hermano Ignacio les impidieron la entrada por la calle norte de los Jaime y estuvieron allí combatiendo toda la tarde. Los federales se hicieron de los corrales altos y de allí batallaron mucho para desalojarlos, y al fin unos salieron hasta entrada la noche. Por fin, como a las 6, ya puesto el sol, cantaron victoria los defensores corriendo a los federales por el camino de Valparaíso completamente derrotados y como a las siete y media cesó el combate. [// 24/87]

De los defensores murió uno que andaba muy tomado, era de un rancho, y nada más. Los de Peñitas se hicieron notables por su valentía. De los federales hubo seis bajas, con seis prisioneros que se cogieron ese día y el siguiente.

Cuando combatían fuera de la población, se desprendieron dos defensores, Manuel Valdés y otro, y corrieron siendo perseguidos por el lado del Sabino al sur, pasan por el ranchito de los Escalante. Allí estaban los gobiernistas y Maurilio González sale de allí y se encuentra con los defensores y les grita que no corran. Ellos lo conocen y, sin más, lo matan, le quitan el saco, que fue donde encontraron algunas comunicaciones reveladoras de su plan, y su cadáver queda allí tirado. Así murió este enemigo de Cristo en Huejuquilla.

Maurilio, hijo de Epifanio González y Francisca Landa, fue seminarista cuatro años y salió del Seminario de Zacatecas cuando en 1914 nos venimos porque entró Villa. Fue de muy mala conducta en el seminario, todos se quejaban de él, ni sus compañeros congeniaban con él, y de costumbres pésimas, al grado de decir un día su profesor,

⁷ *VV: defendió.* Corrección añadida a mano por Arroyo, como la mayoría de las anotaciones manuscritas de esta versión.

el virtuoso *señor presbítero don* Ramiro Velasco: “Dios quiera que me equivoque, pero me parece que podemos decir de Maurilio lo que *San Ambrosio* decía de Juliano el Apóstata cuando estudiaba en el ateneo de Roma: una fiera cría aquí Roma”. Fuera del seminario, permaneció más o menos bien unos dos años escasos, después se casó y siguió corrompiéndose hasta el grado de llegar a ser completamente impío como su padre.

Volvamos a nuestros combatientes y a la población. La noche se puso negra, aunque no nublada. Como se dieron cuenta de que aún estaban unos federales en un corral y sin saber si estos volverían a la mañana siguiente, acordaron que los que estuviéramos [en] peligro saliéramos a dormir fuera, pues lo iban hacer también los defensores de caballería para atender a sus remudas. A las 9, pues, salimos el *señor* Ibarra, los *señores* Jaime y yo, acompañándonos largo trecho los defensores; se fueron también tras nosotros *don* Natalio y Francisco Acosta, Jesús Pérez y su padre *don* Melquíades y otros. A las 11 y ½ llegamos a Santa Rosalía y allí nos quedamos.

El lunes 30 supimos ya lo acontecido, pero sólo el *señor* Ibarra volvió al pueblo, nosotros no. Se me pasó [a]notar también a los clérigos *don* Vidal Medina y *don* Pedro Madera, que también nos acompañaron. Volvimos el martes 31 pero salimos a dormir a la Estancia. Volvimos por la mañana y ese día, 1.º de septiembre, no salimos.

ORGANIZACIÓN Y DESMORALIZACIÓN

A los prisioneros, los mandó curar Quintanar, pues todos estaban heridos, los proveyó de ropa y dinero y los dejó ir.

Desde ese día 30 empezaron a ocurrir más rancheros con armas, y otros sin ellas, a darse de alta, y pronto hubieron de alistarse como unos 250 hombres. Cierto que en el combate habían reunido algunos rifles y parque, pero todo estaba repartido, y así que casi no se contaba con elementos. Por esta razón y otras que tendrían o no tendrían, el *señor* cura *don* Trinidad Caldera y otros se dieron a la obra de calmar los ánimos para que ya no se levantaran, advirtiéndoles que sería un fracaso. Lo supieron hacer tan bien, que, efectivamente, el día 1.º no contaban por la noche ni con seis para la escolta.

Al ver este trastorno, el *padre* Montoya trata de animarlos para evitar un cobarde fracaso, les habla, los exhorta, les declara lo lícito de la obra, etcétera, pero como el *señor* cura se oponía, ya nadie quiso y el fracaso sí fue vergonzoso pues, pudiendo por lo menos permanecer en expectativa, se recluyeron a las barrancas y dejaron el paso completamente libre al enemigo. En fin, la historia declarará a su tiempo si la obra de desmoralización fue lícita. Por lo que toca a las disposiciones eclesiásticas, teníamos mandado que dejáramos obrar al pueblo según su sentir y no nos metiéramos a calmarlo, pero ni a levantarlo.

A vista de tal desmoralización de los defensores, a quienes llegaron a ver como a seres nocivos muchas personas y desgraciadamente aun aquellas que debían mostrarse agradecidas, todos vimos el peligro inminente. Empezaron, pues, a salir las familias

con lo poco que podían llevar y el pueblo quedó así tan solo [// 25/88] que los pocos defensores que quedaron, como fueron los de Peñitas y los pocos leales a Quintanar, tuvieron casi necesidad de salir, pues no había dónde tomar alimentos.

El *señor* cura Correa ya aparecía en la población, ya desaparecía recorriendo las calles y mandando que salieran las familias. Al *señor* Ibarra y a mí nos invitó a *San Juan* y salimos el jueves 2 por la tarde, pero nos quedamos en la Estancia y él siguió hasta *San Juan*.

El viernes 3, aniversario de mi ordenación sacerdotal, lo pasé sin celebrar en la Estancia. Allí nos desayunamos, supimos que la gente que aún quedaba salía y luego nos retiramos a Casa Blanca, donde estuvimos hasta las 2 en que comimos. Luego llega Jesús Gurrola por mí y allí nos despedimos el *señor* Ibarra y yo. Me quedé ese día en Los Arroyos, en casa de *don* Eligio García, donde hallé al señor menorista *don* J. Isaías Caldera. Casi no dormimos; yo, parte por tener una neuralgia en un brazo y parte porque fue una de noticias toda la noche.

Mi familia, salieron ese mismo día a pie rumbo a Paisanos. Después estuvieron en la Tinaja; después en la Calera. Al fin Ignacio con su esposa y familiares salió pocos días después para Mezquitic. Leopoldo quedó en La Carrera y mi familia fue hasta Acacitita, donde las recogió mi tío *don* Daniel Arroyo, pero las abandonó completamente porque iban los acejotaemeros y dos *señoritas* del Valle: Genoveva Roldán, la criada, y Lucita Castorena. Trató muy mal a mis hermanos despidiéndolos del terreno de la hacienda, y no menos a mi familia, según carta que conservo.

ORTIZ EN HUEJUQUILLA

El sábado 4 de septiembre, amaneciendo, entró Ortiz a la población con unos 400 hombres entre soldados de línea y agraristas de distintas partes del estado de Zacatecas. Al entrar, pretendió salir de la población *don* Manuel Lagos y su hijo Honorio a caballo, pero imposible, estaba bien sitiado. Luego que lo[s] ven, tiran sobre ellos, corren, quieren salir por el lado de las Cuevas, le salen la delantera, ellos gritan ¡viva Cristo Rey! Y, heridos por las balas, caen no distante uno del otro. Estos fueron los primeros mártires de Huejuquilla. La esposa obtiene garantías, va y levanta los cadáveres y los sepultan a tiempo y dicen que Ortiz se calmó al ver la inocencia de estos hombres muertos y ya no quemó, como quería hacerlo.

Saquean las tiendas de *don* Refugio y *don* Pedro Jaime, la de Anselmo Madera, la de *don* Antonino Arroyo mi tío. Roban las casas solas, que lo eran en su mayoría, rompiendo las puertas. Roban los vasos y ornamentos sagrados. Dan una salida a Los Arroyos, donde ya mero logran sorprender a *don* Justo Jaime e hijos. Yo los había dejado allí el sábado por la mañana. Salen también a la Mesa por los ranchos cercanos y, bien cargados con tanta mercancía de las tiendas robadas, salen para Valparaíso el miércoles 8, llevándose de paso por el Potrero de Gallegos las reses de los *señores* Jaime.

La pérdida de los *señores* Jaime asciende a unos 15 mil pesos, la de Anselmo, a unos dos mil, la de Antonino sería a otro tanto y un burro manadero.

NUESTRA GIRA HUYENDO

Antonino mi tío y yo llegamos a San Juan el sábado 4 a las 11 a. m., dimos la desgraciada nueva al *señor* cura Correa y demás personas. Fui hospedado en la casa principal, donde estaban las religiosas y la familia del *señor* cura, que había llevado de Huejuquilla con muchísimo trabajo. Allí permanecimos el domingo 5 y el lunes 6, pero este día oyeron unos balazos con dirección a Los Arroyos, todos se llenaron de miedo; el *señor* cura acuerda irse a tomar el tren por vía de Durango y sale a las 2 p. m. con religiosas y familia. Yo tenía que ir a comer a la presa vieja, pues hasta la cocinera había huido. Invité a los *señores* Jaime, o sea a mi padrino *don* Cuco, el *padre* Madera y a Anselmo. Me llevé también a los seminaristas José Escobedo y Rafael Sánchez, que me había dejado el *señor* cura, y a mi tío *don* Antonino. Comimos en Santa Teresita del Niño Jesús, ran- [// 26/89] cho de aguas de *don* Rafael Arellano, administrador de la hacienda. Nos llega hasta allá que había llegado una gente armada en número de 22 a Pedrito, y no sabiendo quiénes serían ya no volvimos a la hacienda, sino que nos quedamos a dormir en El Arroyo, en casa de *don* José Díaz.

El martes 7 pensábamos pasar tranquilo el día allí mismo en el Arroyo de las Presas, tanto que pensamos en bañarnos y que nos hicieran la caridad las señoras de lavar nuestra ropa. Así empezamos a hacerlo, pero apenas serán las 10 de la mañana cuando nos llegó el aviso de que la Federación había bajado a los Arroyos del Agua y que probablemente venían a San Juan. Yo no me preocupé, por la distancia que nos separaba y lo seguro del lugar donde nos encontrábamos y el río que iba grande. Mas no sucedió lo mismo con los demás, que sí creyeron en el peligro, y el mismo administrador nos mandó decir que estuviéramos prevenidos para marchar adelante, pues el borrego andaba bravo. Los *señores* no se bañaron; yo seguí haciéndolo con grande sacrificio, por mis enfermedades, pero empezaron a darme prisa y aun querían que así nos fuéramos. Yo no quise, pues resueltamente les contesté que [no] lo haría hasta que estuviera mi ropa, pues así no me iba. Pero en esto llegó el *padre* Aparicio ya de camino y entonces él me animó a pedir ropa prestada y a irnos. De allí salimos para la Fábrica, estancia de la hacienda. Allí comimos y por la tarde subimos a Matellito, pues hasta la Fábrica vino *don* Cesáreo Flores y otros dos a llevarnos para Tepetates. En Matellito dormimos y otro día, miércoles 8 después de almorzar, salimos para Tepetates. Las señoras lloraban cuando nos veían pasar.

En Tepetates estuvimos con relativas comodidades. *Don* Cesáreo Flores y su piadosa familia nos trataron con demasiada caridad y finura; diariamente recibíamos visitas de las personas de los ranchos vecinos llevándonos algún regalito. El viernes 10 tuvimos aviso de que una gente armada, la que había llegado a Pedrito, iba en busca mía y que probablemente era la gente de Peñitas, pero, por no saber si efectivamente así era, nos preparamos a que no nos cogieran desprevenidos, y así acordamos que se ensillaran las remudas y que salieran el *padre* Aparicio y los señores, y que [si] yo podía conocer a los de Peñitas me quedaría, pero en no conociéndolos también me iría.

Así lo hicimos, pero poco antes de llegar la gente llegó mi tío *don* Sebastián Arroyo y ya me aseguró que eran ellos, pues no se habían venido juntos. Entonces ya mandamos avisar a los *señores* y al *padre* para que se volvieran.

Llegó, pues, la gente armada. Cómo me dio compasión con aquellos mis obreros del Sindicato Interprofesional “León XIII” de Valparaíso, antes tan felices y ahora sufriendo tanto: fracasados, sin ropa, sin alimentos, en tierra desconocida, sin recursos, sin saber qué hacer, *etcétera*. Iban todos con las remudas estirando, ya muy malas; tristes, silenciosos y algunos enfermos. Allí los saludé y les dirigí algunas palabras de cariño y de aliento, y parece que ellos quedaban contentos viéndome como a su padre, pero, por disposición divina, un padre que en esos momentos quería ser poderoso para remediarles sus necesidades, pero que, como ellos, también huía. ¡Ah, qué cuadros hay en la vida!

Hablamos *don* Basilio Pinedo y los Sánchez, que la hacían de jefes, y ya me contaron todo lo que les había pasado desde que se separaron de Huejuquilla y cómo Florencio Aguirre y otro, decepcionados, se habían vuelto al río de *San* Juan para sus casas, pero que todos los que iban allí estaban resueltos a seguir trabajando aun a costa de cuantas penas quisiera *nuestro* Señor, hasta ver si se podía continuar la lucha armada o no. Aprobé su determinación, les dije que no tuvieran cuidado, que *nuestro* Señor les pagaría con creces el sacrificio que hacían por él y que continuaran siendo buenos y confiaran mucho *en* *nuestro* Señor y que saldrían bien. En seguida hablamos con *don* Cesáreo Flores y les manifesté cómo importaba que aquellos hombres estuvieran algunos días por esos rumbos como ocultos, mientras que se reponía su caballada y mientras se sabía qué determinación tomaba Quintanar y los demás de Huejuquilla. Él me manifestó que no tenía ninguna orden del administrador de la ha- [// 27/90] cienda pero, mientras que yo arreglaba, él estaba dispuesto a ayudarlos en lo que pudiera. Ya escribimos al administrador, les dieron de comer, algo les facilitaron de maíz y otras cosas y luego los condujeron a un lugar solitario pero no muy retirado del rancho para que allí estuvieran tranquilos y todos los días bajaran al rancho uno o dos a tomar noticias y a llevar algo de alimentos a sus compañeros. Así se hizo en adelante. Después ya vi a *don* Saturnino Cervantes y se los recomendé. Permanecieron pues ellos allí hasta el día 5 de octubre, en que *don* Basilio, volviendo de Huejuquilla, los sacó para ese rumbo, donde fueron tratados muy bien por todas las rancherías.

Nosotros también, cansados de esperar que nos dijeran que ya volviéramos, nos resolvimos a dejar la sierra y el lunes 13 de septiembre nos despedimos agradecidos de *don* Cesáreo y su familia, que quedó llorando; ¡hasta dónde llega la caridad de la gente sencilla! Comimos en la Fábrica y por la tarde nos pasamos a *San* Juan. Ya hablé con Rafael el administrador y, de común acuerdo, me resolví a quedarme en la hacienda algunos días, mientras sabía cómo iban a quedar las cosas.

EN SAN JUAN

Los *señores* Jaime se fueron para Huejuquilla el 14 y ya no volvieron. Se fueron también José Escobedo y Rafael Sánchez. Así que me quedé solo por lo pronto. Al día siguiente volvió Rafael con el fin de acompañarme, ya de acuerdo con su mamá. Nosotros hacíamos la cuenta que el *señor* cura Correa con las *reverendas madres* y su familia ya estarían en Aguascalientes; y cuál fue nuestra sorpresa al ver que va llegando el

señor cura el día 15 y enfermo de una fuerte fiebre biliosa, según me pareció. Le dimos algunos calmantes y al día siguiente un vomitivo, le duró la calentura unos tres días y luego ya quedó más o menos bien, así que luego fue a dar una vuelta a Huejuquilla el día 19, domingo.

¿Y mi familia? Recibí aviso de que estaba en Acatita mal atendida, que Leopoldo y la suya estaba en Huejuquilla y que salía para Zacatecas llevado del deseo de ver a los patronos, porque las cosas se ponían cada día más difíciles con los mismos parientes de *San Antonio*, y que Ignacio había salido para Mezquitic con su familia y su suegro y su cuñado, donde permaneció hasta el mes de mayo unos cuantos días y luego pasó a Monte Escobedo, y en septiembre de 1927 pasó a la Laguna Grande para no dar servicio al gobierno, que exigía tomaran armas todos.

Me informé dónde estaba mi tío *don Pedro Acevedo* y, sabedor que estaba en Los Bajíos, le puse una cartita diciéndole me hiciera el favor de pasar a ver cómo estaba mi familia y viera si era posible que se fueran ya a Huejuquilla. Pronto recibí contestación de que había hecho lo que yo deseaba.

El *señor* cura trajo a *San Juan* a todos los seminaristas para que continuaran sus estudios y yo me comprometí a atenderlos, lo que hice como pude. Se nos enfermó Rafael y fue necesario traer a su mamá, *doña Juana de Robles*, y con ella vino mi hermana María, el 27 de septiembre.

Como recibieran aviso los seminaristas del seminario mayor de que tenían que ir a Estados Unidos a continuar sus estudios, el *señor* cura resolvió que se examinaran los chicos y el domingo 26 formamos el jurado: el *señor* cura, el *padre Aparicio* y yo; fueron examinados José Escobedo, David Lamas y Santos Arroyo, los calificamos, se levantó el acta y después de comer salieron todos para Huejuquilla. Yo los acompañé hasta la Mesa, pues supe que mi mamá estaba en Los Bajíos y quise ir a verla.

Llegué a Los Bajíos y no las encontré; únicamente la razón de que el día anterior se habían ido mi hermana Carmen y Pancho mi primo, que mi mamá y las demás estaban en el Pinito, pero que era casi seguro que ya se habían vuelto a Huejuquilla, pues ya había desaparecido el borrego que las había aventado. Ya por ver a mis tíos, permanecí allí todo el 27, y el 28 me volví a *San Juan* y, respondiendo a la invitación de [*sic*] que me hicieran en Los Bajíos de que me fuera para allá, prometí hacerlo.

El jueves 30 llegaron a *San Juan* mis hermanas Trinidad y Carmen, acompa- [// **28/91**] ñadas de las señoritas María López, Inocencia Betancourt y Pascuala Juárez, de Valparaíso, que venían a verme y a traerme algunos regalitos de aquella buena y piadosa gente que me acompañaba en mis penas.

El viernes les di misa en la casa de *don Maclovio Martínez* y en el día las llevé al arroyo de las presas a pasar allí el día.

El sábado 2 de octubre llegaron las *reverendas madres* y la familia del *señor* cura a *San Juan*.

El domingo 3 se fueron para Huejuquilla mis hermanas, las de Valparaíso, Juanita de Robles, Rafael y José. Este día me dieron ya los fríos.

El lunes 4 se fueron las *reverendas madres* y familia del *señor* cura y él. Más tarde me fui yo, los alcancé en el río y yo me pasé, llegando a Huejuquilla a las 3.

El viernes 8 se fueron Trinidad y Lupe para Los Bajíos. Yo seguí con los fríos muy fuertes.

La familia del *señor* cura y las *reverendas madres* pasaron para Fresnillo.

El sábado 9 se fueron para Valparaíso mi mamá, Isaura, María, Jesusito y las señoras de allá.

Mi hermano estuvo en Zacatecas y tuvo necesidad de ver a Ortiz, quien lo trató mal, a su estilo; lo puso preso un rato y al fin le dio su salvo conducto. También *don* Daniel Arroyo y Rafael Arellano fueron llevados por *don* Antonio Soto a ser presentados con Ortiz y arreglaron de la misma manera. Vinieron y mi hermano luego se fue al Terrero con todo y familia.

RENDICIÓN

¿Y el movimiento revolucionario? Parece que todo había terminado ya. *Don* Manuel Felguérez se interesó mucho por la rendición de Quintanar, lo cual obtuvieron. Junto con Quintanar se rindieron los de Chalchihuites. Quintanar se presentó con Ortiz en Zacatecas y, después de estar algunos días allí, se vino a su rancho de Milpillas. Entonces se le escribió también a *don* Justo Jaime, a *don* Jerónimo Ávila y a *don* Basilio Pinedo para que se rindieran, pero ellos estuvieron dando plazos para no hacerlo y esperar a ver si había algún movimiento más adelante. *Don* Justo obtuvo su salvo conducto y cartas amistosas pero denigrantes de Ortiz. En una le decía Ortiz que, para que recuperara lo que había perdido, que cogiera vacas de donde las hallara, principalmente de los politiquillos causantes del trastorno en el lugar y que pusiera un abasto.

EN HUEJUQUILLA

Yo, atendiendo a la invitación de Los Bajíos, me fui para allá el sábado 9 llevándome a Carmen. Permanecimos allí varios días, siendo muy bien tratados especialmente, después de mi tío, por los *señores* Bentancourt: *don* José y *don* Amado y su anciana madre. Pero, sabiendo que las cosas estaban un tanto calmadas, me volví a Huejuquilla el lunes 18. Mis hermanas [no] volvieron hasta el día 24.

Yo estaba en la casa de los *señores* Jaime que me prodigaron cuidados mil que Dios les pagará.

En Los Bajíos compuse una pobre poesía, como ensayo: "Lamentos", y un misterio para cuando se abra el culto.

El martes 26 vinieron del Potrero *doña* Cristina Rivas, Lupe Rivas y Lola Márquez y se fueron al día siguiente.

El jueves 28 vino de Mezquitic mi hermano Ignacio. Chemo y yo fuimos a Cuesta Blanca.

El viernes 29 celebré en Cuesta Blanca debajo de un zapote y en un altar adornado agrestemente, pero simpático, y volvimos a Huejuquilla.

El sábado 30 temprano se fue Ignacio para Mezquitic y más tarde se fueron mi mamá y acompañantes para Valparaíso.

Domingo 31. Primer año que se celebró la fiesta de nuestro Señor Jesucristo Rey. Yo celebré cerca de la Estancia, más bien al pie del cerro Blanco. [// 29/92]

Toda la misa estuvo lloviendo y duró el agua todo el día.

EN SAN VICENTE

Ya el *ilustrísimo señor* obispo me había escrito diciéndome viera si era posible dar algunas vueltas a la parroquia por estar muy necesitados y me daba facultades de párroco para que pudiera atender a todo lo que se me presentara. En los mismos días vino una comisión de personas del rancho de *San Vicente* suplicándome les fuera hacer una visita. Entonces creí que nuestro Señor me llamaba allá. Quedé que iba y que avisaran a la gente de confianza para que se aprovechara toda la más que se pudiera y que vieran a ver qué movimiento hacían los agraristas.

El martes 16 de noviembre, llevados por *don* Francisco Rivera de dicho rancho, salimos Chemo y yo para dicha parte. A las 2 p. m. llegamos a Tatalucas, donde fuimos bien recibidos; allí comimos, los confesé a todos y luego me pasé [a] *San Vicente*. Cuando llegué a las casas ya había algunas personas que esperaban mi llegada para irse a avisar a los lugares, así que nada más acabé de rezar el Breviario y luego me senté a confesar y poco a poco empezaron a llegar caravanas de gentes de Valparaíso y de distintas rancherías y tuve mucho quehacer. ¡Qué feliz me sentía yo trabajando en el lugar de mi destino y con aquellos fieles tan necesitados! Allí vi obreros, obreras, acejotaemeros, jóvenes de la Liga de Modestia, Hijas de María, etcétera, etcétera, quienes luego que me veían se ponían a llorar. Rezamos el rosario y seguí confesando. Cené rodeado de personas queridas: allí estaban mis fieles sindicalizados *don* Pedro Acosta, *don* Inocente Bazán y otros; mis muchachos Pancho González, Luis Cárdenas, Vicente Rodarte, Pascual Padilla, los Bazán, los Castorena, etcétera, etcétera, también llegó Gregorio de la Torre, a quien necesitaba para traérmelo.

Confesé hasta las 11 de la noche y luego dormimos.

Temprano me levanté y encontré más gente que había llegado y seguí confesando. Llegaron también mi mamá, Isaura, María, María López, *don* Martinito de la Paz y otras muchas personas que no acierto a [e]numerar.

Di la santa misa en un paraje verdaderamente encantador: a la falda de un monte, pero en la cumbre de otro y rodeados de montecillos altos, debajo de una encina, donde hicieron un patio en el [que] cabían unas 500 personas bien acomodadas. Comulgaron 286 personas, en las que había muchos niños del catecismo y cruzada. Les dejé en el relicario a nuestro Señor todo el día. Después de desayunarme, que fue como a las 11, seguí confesando hasta poder dar la comunión. Hice en seguida cinco de bautismo y casé a Pedro Bazán.

Ese día lo pasamos en el cerro feliz. Y en verdad ¡qué feliz!: un Monte Sinaí. Y más feliz porque en este monte no estaba nuestro Señor como Dios de majestad, sino como Dios de amor en el augusto sacramento del altar. Todo el día llegó gente, hasta agraristas también en busca de sacerdote que los auxiliara. ¡Ingratos!, para que más tarde continuaran persiguiéndolo hasta dar muerte a su mismo párroco y no dejar que se acercara su vicario cooperador.

Mientras unas personas rezaban ante el Santísimo, otras descansaban tiradas debajo de los árboles y hasta yo me iba de vez en cuando a platicar con mis muchachos o con otras personas que traían negocio o que deseaban hablar conmigo. Qué feliz día, me pareció un sueño.

Tarde recitamos el santo rosario y seguí confesando en la casa hasta las 11 otra vez y descansamos.

Amaneció el jueves 18 y, habiendo llegado más gente en la noche, seguí confesando hasta acabar la gente, en seguida celebré la santa misa, prediqué exhortándolos a continuar en la oración y penitencia hasta conseguir de nuestro Señor el remedio de nuestras graves necesidades. Administré la sagrada comunión a unas 500 personas aproximadamente. Después de desayunarme (como a las 11) hice otros cinco bautismos, entre ellos unos de agraristas, recibí limosnas, recomendaciones, etcétera, y me despedí con mucha tristeza, deseaba no haberme separado ya de mis fieles, pero... era aún peligroso estar allí. A la 1 salimos de allí y no nos detuvimos hasta las 7 de la noche que llegamos a los Callejos- [// 30/93] nes de San Antonio con Mariano Torres, que me esperaba.

EN HUEJUQUILLA

Volvimos Chemo y yo trayendo a Gregorio a este pueblo el viernes 19 y encontré en casa a mi primo Aurelio Acevedo, a quien no veía desde el 30 de agosto.

El domingo 21 vino a ésta don Herminio Sánchez a ponerse de acuerdo en el plan de campaña con don Pedro Quintanar, quien, volviendo de Zacatecas y no pudiendo estar en su rancho, pues a pesar del indulto lo seguían molestando, se resolvió a emprenderla de nuevo.

SE PREPARA DE NUEVO EL MOVIMIENTO

Así que el día 1.º de diciembre y después de haber recorrido las rancherías, entró a ésta don Pedro Quintanar con los de Peñitas y otros entre quienes figuraban como jefes don Jerónimo Ávila y don Pío Ruiz. Como era de esperarse, con esto empezaron nuevos temores y nuevas alarmas.

El sábado vinieron de Valparaíso mi mamá y María y el lunes 6 se fueron en su lugar Trinidad y Lupe.

PRIMERA EXPEDICIÓN

Después de algunos días de pesado trabajo para preparar la gente al nuevo movimiento, o sea, para continuar el empuje, el día 8 de diciembre, habiéndose confesado y comulgado algunos de los defensores, en número como de 200 hombres salió el coronel *don* Pedro Quintanar con los demás jefes de este grupo, así como también *don* Francisco Sánchez de Chalchihuites, a ésta que podemos llamar la primera expedición.

Este día 8 de diciembre durmieron en Llano Morado, pues pensaba atacar a Valparaíso, pero, entrando en acuerdo, pensaron mejor ir al sur. Así que de su punto retrocedieron el 9 por la noche para amanecer el 10 en Mezquitic. En este pueblo no los esperaban, así que allí se encontraban muchos gobiernistas cogiéndolos a casi todos, pero dándoles libres por influencia del *señor* cura *don* Norberto Reyes. Recogieron igualmente algunas remudas, armas y monturas, pero casi todo se volvió, pues hipócritamente se manifestaron adictos al movimiento y prometieron que ellos también ayudarían más adelante. Con disgusto, pues, de algunos que ya conocían esa gente, se volvió todo y ese mismo día pasaron a dormir a la hacienda de Totuate.

Ellos salieron de allí y llegaron al rancho de El Gato, cercano a Monte Escobedo, donde encontraron al *señor* presbítero *don* Buenaventura Montoya, quien bondadosamente los atendió y desde luego los exhortó a celebrar la fiesta de la santísima virgen de Guadalupe, nuestra reina y madre, y algunos se confesaron, quizá todos, con raras excepciones.

Amaneció el 12 de diciembre, día de felicidad para el corazón mexicano por atribulado que esté. Este día fue de grande regocijo en Huejuquilla. Se dieron dos misas: una en los sauces y otra en el cerro del Tamachaco, siendo ambas muy concurridas, sobre todo la del cerro por la particularidad que tuvo: desde la parroquia fue llevada en solemne procesión por el pueblo la sagrada imagen de nuestra señora de Guadalupe, con repiques, cohetes y aclamaciones. En el cerro se le había levantado un altar para la santa misa. A esta fiesta asistieron ya *don* Ignacio Serrano y otros (como unos ocho más) que, rebelándose en Sombrerete, no tuvieron tiempo de organizarse bien y los dispersaron.

En el cerro se celebró pues la santa misa por el *señor* cura *don* Pedro Correa y yo prediqué a la hora del evangelio, haciendo una comparación del estado de Jerusalén según las lamentaciones del santo profeta Jeremías y el estado de nuestra desgraciada patria en estos tiempos de persecución. Después de la santa misa se volvió la santa imagen a la parroquia con la misma solemnidad.

Por la tarde se pensaba cantar el rosario en el mismo lugar, pero al dar la segunda llamada se tuvo conocimiento que la Federación estaba en Mezquites. Dicen que estuvo desde este día muy temprano y aun se asegura [// 31/94] que al sermón asistieron dos agraristas. Intempestivamente tuvimos que salir esa tarde de Huejuquilla y dormimos en la Bolsa del Pinito.

En verdad, el 13 por la mañana llegó a Huejuquilla la Federación al mando de Arredondo; eran 67 federales y unos 100 agraristas que, como de costumbre, robaron mucho los días 13 y 14 que permanecieron, pues el 15 a las 10 a. m. se fueron. Se

llevaron muchos animales de Jerónimo Ávila y otros. Los señores Jaime y yo estuvimos en Los Tanques; ellos se volvieron a Huejuquilla el 18 y yo permanecí en aquel rancho ya con fin de no volver a Huejuquilla.

Volvamos a nuestros defensores, que los dejamos preparando la fiesta guadalupana en El Gato. El 12, pues, el *padre* Montoya les dio la misa de tropa, presentando sus armas a nuestro Señor y jurando pelear con denuedo por la libertad de nuestra sacrosanta religión. Algunas señoras cantaron: “Tropas de Jesús...”, que los hizo derramar lágrimas a todos. El padre les dio una candente plática de exhortación y así, calentitos, salieron a ponerse a las órdenes del *general don* Herminio Sánchez, que los esperaba en la otra banda, pues el en[e]migo ya los esperaba, o por lo menos merodeaba en aquellos lugares. El 13 se avistaron con el enemigo y en La Piedad tuvieron una escaramuza por la tarde, ya casi en la noche.

El 14 tuvieron un combate con los federales callistas en Temastián, en la que les hicieron cinco muertos y tres heridos, y de los defensores ni heridos hubo. El 15 se ocuparon en buscar un compañero que quedó en el campo ocupado por el enemigo y por la noche, pasando por Temastián, llegaron al Ipazote, de donde pasaron el 17 a amanecer a Colotlán. De este lugar salieron por la noche y se volvieron para Huejuquilla 105 hombres, y el resto, al mando de sus jefes, se dirigieron a Coculitén, donde tuvieron un encuentro inesperado con los callistas, llevando regular sorpresa unos y otros, teniendo un buen tiroteo en el que salió herido *don* Plácido Sánchez, de la cara, y hubo un muerto de los defensores y no se sabe cuántos del enemigo. Se dispersaron y el 20 se reunieron en Villa Guerrero, yendo 18 juntos con algunos jefes y 19 con el coronel. El 21 estuvieron detenidos por la abundante lluvia. El 22 salieron para Totatiche pasando por la Mesa de los González. El 23 estuvieron en Atolinga y Acasquileo con el fin de aprehender a Nemesio López, que con malas intenciones se había levantado llamándose defensor católico, cuando sólo era un bandido. Lo encontraron cerca y de allí retrocedieron a Los Adoves, donde se efectuó el desarme de López, al día siguiente.

El 24 salieron por Conejos hasta cerca de Momax, pasando el 25 por el panteón y destruyendo la vía telegráfica, y siguieron hasta la Mesa las Atarjeas. Al llegar a Cartagena los tiroteó el enemigo sin ningún resultado.

El 26 tuvieron un serio combate en Las Atarjeas, por espacio de cinco horas, siendo los defensores 53 y 240 callistas, quienes abandonaron vergonzosamente el campo, dejando 41 muertos con todo y lo que traían y llevándose 30 heridos, entre los que se encontraba el *general* Arenas que, según se supo, murió cinco días después, aunque algunos, basados en la prensa, dicen que se alivió. Arenas [no] murió de esa herida hasta el año de 1932 en México. Por parte de los defensores, murieron el *general* Sánchez y el coronel Miguel Jaime. *Requiescat in pace.*

El 27 llegaron al Salitre, el 28 al Gato, donde tuvieron otra vez misa de tropa el 29, saliendo de allí para quedarse en Monte Escobedo y llegaron a Huejuquilla, viniéndose por Laguna Grande, el 31 de diciembre, último día del año.

2.º COMBATE EN HUEJUQUILLA

El mismo día 26 de diciembre que el coronel peleaba en Las Atarjeas, llegaron a Huejuquilla unos 85 federales al mando del coronel Contreras. Pero los de Sombrerete se propusieron no dejarlos entrar, así que a las 2 y ½ los encontraron en Jimulco y empezó el combate, que terminó a las 4 de la tarde, siendo rechazados los federales tan sólo por 16 católicos pues, aunque había muchos, tan sólo esos pelearon, siendo este el resultado: la Federación derrotada, pues se calcularon 24 las bajas entre muertos, heridos y dispersos y un prisionero. De los defensores, murió Pablo Guzmán Cuesta; [// 32/95] heridos: Jesús Jaime, Pascual Carrillo, don Jesús Jacques, don Andrés Regis y otro. Jacques murió el 29 en Santa Rosalía. Jaime, después de sufrir mucho, principalmente en Los Tanques, falleció en Santa Rosalía el 28 de febrero. Los demás se aliviaron.

SEGUNDA EXPEDICIÓN

El día 4 de enero de 1927 salió el coronel Quintanar con rumbo a Sombrerete, por Valparaíso. Ese día llegaron a Cruces, de donde se volvió la gente de aquí, la de Huejuquilla, así que sólo llevó 90 hombres con gente de Sombrerete, Chalchihuites y Valparaíso. El día 5 amanecieron en la Mesa de Caballos, durmieron en Charco Largo. El 6 llegaron [a Milpillas y salieron del Refugio; en el camino encontraron a los agraristas, dándoles regular carrera e hiriendo a uno. Durmieron en el Refugio y de ahí salieron]⁸ al Manto y de allí pasaron a atacar Chalchihuites, pero no llegaron pues les amaneció en San Antonio. El 8 llegó la avanzada a Chalchihuites y el enemigo evacuó la plaza y el 9 llegaron todos a Chalchihuites, pero salieron a dormir a San Antonio. [Este día llegó Ortiz a Chalchihuites y se regresa a las 10 p. m. Los defensores dieron una vuelta cerca de Suchil y amanecieron en San Antonio; dos avanzadas pasan a Chalchihuites, el resto o grueso de la tropa, pasa a Dolores.]⁹ Las avanzadas defensoras salen de Chalchihuites, salen y entran los agraristas al pueblo. Los defensores salen para San Antonio y de noche dan vuelta por Canutillo, amanecen en San Juan Hornillos; salen a Corrales, de donde salieron a las dos para amanecer en Milpillas cogiendo tres agraristas. Salen para la Mesa de la Cumbre de San Andrés, donde pasan dos días y salen para el Cerro Blanco, después a los Alamillos y el 20 llegan felizmente a Huejuquilla.

3.º COMBATE DE HUEJUQUILLA

El 25 de enero llegó a Huejuquilla el mayor Contreras; los defensores se afortinan y otros salen a batirlos. Contreras traía federales y agraristas de Valparaíso y otras partes.

⁸ Escrito a mano y entre renglones.

⁹ También añadido a mano. Los rasgos de la letra manuscrita indican que pertenece a José Adolfo Arroyo.

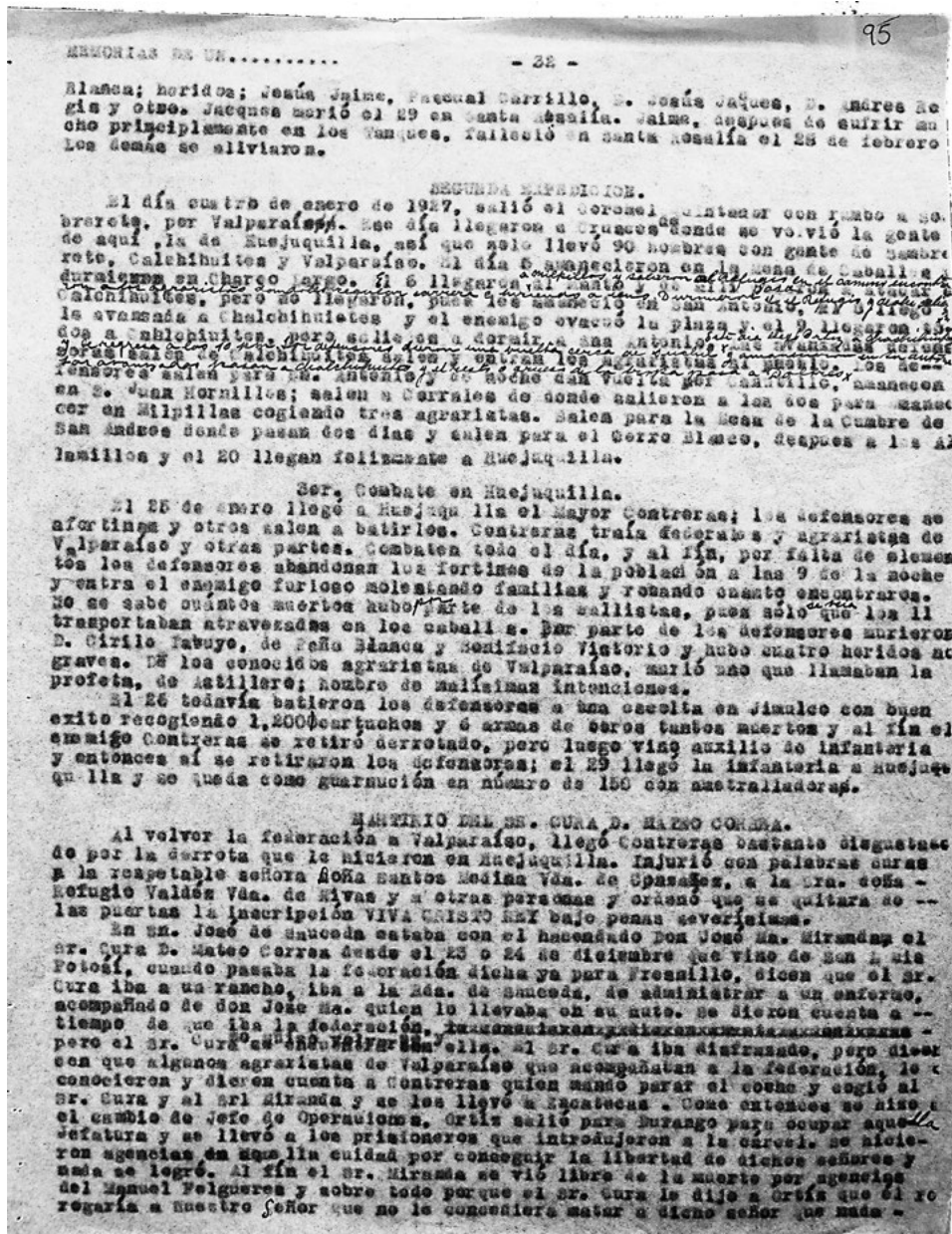


IMAGEN 3. Folio 95 de vv. ARA, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 50, expediente 7, folio 32/95.

Combaten todo el día y, al fin, por falta de elementos, los defensores abandonan los fortines de la población a las 9 de la noche y entra el enemigo furioso molestando familias y robando cuanto encontraron. No se sabe cuántos muertos hubo por parte de los callistas, pues sólo se veía que los trasportaban atravesados en los caballos. Por parte de los defensores murieron *don* Cirilo Tabuyo, de Peña Blanca, y Bonifacio Victorio, y hubo cuatro heridos no graves. De los conocidos agraristas de Valparaíso, murió uno que llamaban La Profeta, de Astillero, hombre de malísimas intenciones.

El 26 todavía batieron los defensores a una escolta en Jimulco con buen éxito, recogiendo 1 200 cartuchos y seis armas de otros tantos muertos, y al fin el enemigo Contreras se retiró derrotado, pero luego vino auxilio de infantería y entonces sí se retiraron los defensores; el 29 llegó la infantería a Huejuquilla y se queda como guarnición en número de 150 con ametralladora.

MARTIRIO DEL SEÑOR CURA DON MATEO CORREA

Al volver la Federación a Valparaíso, llegó Contreras bastante disgustado por la derrota que le hicieron en Huejuquilla. Injurió con palabras duras a la respetable señora *doña* Santos Medina *viuda* de González, a la *señora* *doña* Refugio Valdez *viuda* de Rivas y a otras personas, y ordenó que se quitara de las puertas la inscripción ¡viva Cristo Rey!, bajo penas severísimas.

En *San* José de Saucedá estaba con el hacendado *don* José María Miranda el *señor* cura *don* Mateo Correa desde el 23 o 24 de diciembre que vino de San Luis Potosí, cuando pasaba la Federación dicha ya para Fresnillo; dicen que el *señor* cura iba a un rancho, iba a la *Hacienda* de Saucedá, de administrar a un enfermo, acompañado de *don* José María, quien lo llevaba en su auto. Se dieron cuenta a tiempo de que iba la Federación, pero el *señor* cura no quiso volverse por ella. El *señor* cura iba disfrazado, pero dicen que algunos agraristas de Valparaíso que acompañaban a la Federación lo conocieron y dieron cuenta a Contreras, quien mandó parar el coche y cogió al *señor* cura y al *señor* Miranda y se los llevó a Zacatecas. Como entonces se hizo el cambio de jefe de operaciones, Ortiz salió para Durango para ocupar aquella jefatura y se llevó a los prisioneros, que introdujeron a la cárcel. Se hicieron agencias en aquella ciudad por conseguir la libertad de dichos *señores* y nada se logró. Al fin el *señor* Miranda se vio libre de la muerte por agencias de Manuel Felguérez, y sobre todo porque el *señor* cura le dijo a Ortiz que él rogaría a nuestro Señor que no le concediera matar a dicho señor que nada [// 33/96] tenía que ver con él y su prisión.

Lupe, hermana del *señor* Correa fue hasta Durango y habló con Ortiz, pero todo en vano, pues decía que el *señor* cura traía parque a los rebeldes de Huejuquilla.

Su prisión se efectuó el 30 de enero y a los ocho días, o sea el 6 de febrero temprano, lo sacaron de su prisión en un auto y sin que la gente se diera cuenta y a un kilómetro de distancia del panteón, lo mataron. No se saben circunstancias o detalles de su muerte, pues sólo se encontró rastro del lugar donde estaba sepultado y cerca del lugar de la muerte con bastante sangre y un casquillo de pistola que se cree fue el balazo que

le dio feliz muerte; se encontró además el sombrero y un pedazo de mascada y rastro como que lo arrastraron, pues en las piedras había hacesillos de cabellos del señor ensangrentados. Lupe y las personas que fueron al lugar recogieron sangre y esas cosas que encontraron. Por cierto estuvo tirado mucho tiempo, pues hasta que un leñador dio cuenta lo sepultó la policía. Ya cuando la gente católica fue a verlo ya lo habían sepultado y no permitieron sacarlo de allí para sepultarlo en el panteón.

Dichoso de mi párroco, que sufrió tan hermoso martirio por Jesucristo nuestro señor a la edad de 62 años. Dicen que cuando Ortiz le dijo que irremediablemente lo iba a fusilar, el *señor* cura le echó en cara su injusticia y le dijo cosas tan pesadas, reprochándole su mala conducta, que Ortiz se mordía los labios y no le contestó palabra alguna. Tenía 34 años de sacerdote. Nosotros en Valparaíso lo contamos como nuestro, principalmente en la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*, pues su muerte le vino por la misma asociación, como ya dije cuando traté de nuestra prisión. Él fue condecorado con el distintivo de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* por el joven vicepresidente del grupo local de Valparaíso, Francisco González, el 17 de julio al salir de los santos ejercicios espirituales que el mismo *señor* cura dio a los jóvenes.

El *señor* Miranda al fin volvió libre a su casa de verdadero milagro que el santo mártir le hizo, pues Ortiz, a pesar de las disposiciones de la Secretaría de Guerra que le ordenaban lo diera libre, quería fusilarlo. Éste puede contarse como el primer milagro del santo mártir *señor* cura Correa.

4.º COMBATE EN HUEJUQUILLA

La infantería permaneció 14 días en Huejuquilla, siendo todos los días asediados por los defensores; así que todos los días y todo el día y aun en la noche estaban tirando, gastando así muchísimo parque, aunque debe de haber sido mucho de balas de madera, por algunas que se encontraron.

El día 12 de febrero salieron de Huejuquilla yendo con ellos mi hermano Leopoldo, que de Valparaíso vino a llevarlos. Salieron temprano y en la Puerta Blanca los esperaban 50 defensores, quienes los atacaron peleando todo el día haciendo como 40 bajas al enemigo entre muertos y heridos. De los defensores resultaron nada más dos heridos: *don* Basilio Pinedo y un muchacho de Chalchihuites. *Don* Basilio no volvió a servir, pues le mutilaron la pierna izquierda.

TERCERA EXPEDICIÓN

Mientras la infantería estaba en Huejuquilla los defensores salieron de *San* Antonio rumbo a Valparaíso, pues pensaban atacarlo. Salieron divididos en dos columnas, una que debía atacar Peña Blanca y otra El Chacuaco y *San* José. Por falta de un correo que no cumplió con su comisión, la segunda columna atacó al día siguiente del plazo y no se hizo nada. La primera atacó La Peña y cargó sobre el auxilio de Valparaíso

llevándolos hasta la orilla de la población. Al siguiente día, reunida toda la gente, dieron una carrera a los agraristas desde *San Martín* hasta Valparaíso. De allí se volvieron a Huejuquilla y entonces fue cuando salió el mayor González con la infantería y el combate de Puerta Blanca. [// 34/97]

CUARTA EXPEDICIÓN

El 19 de febrero llegó el *general* Anacleto López, jefe de las operaciones militares de Zacatecas, en sustitución de Ortiz. Los defensores tuvieron la noticia oportuna de que este *general* venía por Mezquitic y, sabiendo que traía bastante gente, tomaron la altura de la Mesa del Cristo y estando allí vieron llegar el agrarismo, que entraba por el lado de Valparaíso, y López por *San Antonio* con un total de 700 hombres.

El 20, pues, salieron por la noche los defensores con el fin de atacar a Valparaíso, pero, habiendo llegado tarde, se volvieron a Peña Blanca y pasando a Peñitas dividieron la gente en dos columnas. La primera recorrió Viudas, Pastores, Adjuntas y la segunda recorrió El Tular y la Ciénega, donde conferenciaron con *don* Justo Ávila, antiguo *general* villista. De allí siguieron a los Cardos y se reunieron las columnas en El Durazno y, pasando por las Bocas, regresaron a Huejuquilla, pues López se retiró el 22.

QUINTA EXPEDICIÓN

Teniendo noticia los defensores que existía en cierta parte una cantidad regular de parque, salieron a ese rumbo sin resultado alguno satisfactorio. Pasaron a Laguna Grande y de allí se volvieron a Huejuquilla por la Barranca y Mezquitic.

5.º COMBATE EN HUEJUQUILLA

El domingo 13 de marzo por la mañana llegó López a Huejuquilla otra vez con un número regular de federales y agraristas y, como cerca de la población estaban unos defensores, salieron a perseguirlos, trabándose un tiroteo bastante fuerte y siguiendo a los defensores hasta los Arroyos del Agua, donde pelearon con más formalidad. Por parte de los defensores no hubo más que dos prisioneros, que se fugaron, y por parte de la Federación hubo algunas bajas, que fueron 12. López se retiró de Huejuquilla el 17, dejando la orden de que todos los ranchos y el mismo pueblo se reconcentraran a Valparaíso o a Mezquitic.

Con el fin de que no se efectuara esto, se hizo un ocurso a Zacatecas pidiendo a Zacatecas que no fuera así. *Don* Leopoldo González y *don* Mariano Torres fueron a Zacatecas con dicha comisión. La orden ya la había dado López la vez anterior a esta que vino, así que, mientras la comisión estaba en Zacatecas, en Huejuquilla estaba de vuelta López, exigiendo, no que el pueblo ni a lugares indicados, sino que las rancherías

se reconcentraran a la población. Exigiendo esto por pocos días, se retiró López el 17 del mismo marzo.

SEXTA EXPEDICIÓN

Entre tanto, los defensores hicieron esta nueva expedición.

Separados los compañeros de Sombrerete y Chalchihuites para ir ellos a trabajar a sus respectivas regiones, el coronel ordenó el ir a visitarlos para informarse de su situación y trabajos. Salieron, pues, por el río de *San Juan*. Esto sucedía cuando López estaba en Huejuquilla.

Salieron para Ameca los defensores y bajaron a Bocas, donde permanecieron un día, pues el coronel pasó a ver a su familia en el lugar donde la tenía. Llegaron a San José de Gracia, donde encontraron a los compañeros que iban a visitar y ya todos juntos salieron para el Valle del Súchil, a donde llegaron al amanecer. Al mismo tiempo, procedente de Durango, llegaba Ortiz con 200 callistas. En vista de esto, los defensores se retiraron a la sierra, pues su contingente de 150 hombres iba mal municionado como siempre. Ortiz dio alcance a los defensores al pie de la sierra, donde tuvieron que combatir, haciendo al enemigo 8 bajas y varios caballos, contando con el del mismo Ortiz. Los defensores sólo perdieron un caballo, que fue herido, pero que siguió trabajando. Ortiz regresó y los defensores volvieron a Ameca y, pasando por San Juan, llegaron a Huejuquilla como el 24 de marzo.

(Del quinto combate) Rectificación

López llegó a Huejuquilla el 12 de marzo a las 10 de la noche y se po- [// 35/98] sionó [sic] en el Tamachaco; entre tanto salieron los sacerdotes, familias y defensores de la población. Las bajas del enemigo fueron 12 muertos en cambio de los dos prisioneros, que, como dije antes, se les fugaron.

SÉPTIMA EXPEDICIÓN

En la primera quincena de abril salieron los defensores a esta expedición. En número de 150 y por la sierra, llegaron a Abrego, donde se les reunió *don* Joaquín Anguiano con algunos hombres. Atacaron al Refugio, donde mataron tres agraristas, entre ellos el jefe de los de Milpillas. En la misma noche avanzaron para Fresnillo, a donde llegaron a las 8 a. m. Los agraristas evacuaron la plaza y sólo hicieron fuego dos oficiales. Esto fue el día 12. Sacaron el dinero de la Tesorería y tres mil pesos pidieron en la Hacienda. Recogieron algunos caballos y murieron seis agraristas. En esta expedición se les unió el valiente *señor don* Perfecto Castañón.

De Fresnillo se volvieron a Guadalupe y al salir fueron tiroteados por 20 federales que en trocas habían venido de las estaciones vecinas. Los defensores no quisieron hacer resistencia, pues no se trataba de combatir, sino sólo de desmentir a la prensa de la República, que decía estar todo el país en completa paz. En Guadalupe los asaltaron los agraristas en número como de 60 y el resultado fue que todos los defensores, menos uno que murió, salieron trayendo además un herido. Por parte del enemigo, un prisionero que fusilaron y algunos heridos. De Guadalupe se volvieron por Corrales a Huejuquilla.

OCTAVA EXPEDICIÓN

Se efectuó en la segunda quincena de abril. Con 300 hombres salieron los defensores por Valparaíso, pasando por *San Agustín* después de un ligero tiroteo en Valparaíso. Pasaron por los ranchos agraristas: Lobatos, Mala Noche y Boquilla. Pasaron por Saucedá y pernoctaron en *San José* y en la mañana salieron para la labor, donde sorprendieron por la mañana a los agraristas, a quienes desarmaron, y aprehendieron en San Pablo a dos oficiales callistas que viajaban solos. De allí pasaron al Refugio, al Centro, a *San Francisco* y, por la sierra, llegaron a Mesillas, y de allí al amanecer entraron a Sombrerete, ofrecieron indulto a los callistas de la guarnición y dieron esta contestación: “agradezco la oferta, que reservo para otra vez; por ahora defenderé mi cuartel hasta morir, pero, en cambio, tienen la plaza disponible para que pasen a comer y a proveerse”. Así lo hicieron y de Sombrerete se pasaron al Calabazal. De regreso ofrecieron el indulto a la guarnición de Noria, negándose a recibirlo. Durmieron, pues, en Canutillo y al día siguiente los atacó Ortiz, que venía de Durango y desembarcó en Canutillo con 150 hombres y se trabó un rudo combate. Para vergüenza de los defensores que tengan la culpa, se hace constar que, habiéndoseles incorporado *don* Rafael Cuevas, y *don* Ruperto Jacques con su gente en El Calabazal, el contingente defensor era de 450 hombres que en su mayoría aplastante no hicieron más que correr, y los pocos que hicieron fuego tan sólo fue para que los correlones hicieran la retirada. Perdieron los defensores cinco compañeros muertos y cinco prisioneros. Ortiz tuvo como 12 muertos; entre los muertos, casi todos oficiales, murió el coronel Arredondo. En dos columnas y algo averiados, por Corrales volvieron a Huejuquilla, a donde llegaron el viernes 29 de abril.¹⁰

ASALTO DE LÓPEZ A HUEJUQUILLA Y 6.º COMBATE¹¹

Nosotros estuvimos presenciando la llegada de los defensores de la anterior expedición. Nos causó verdadera tristeza el ver que venían con las remudas muy malas ya, su

¹⁰ En *VVb* este párrafo se encuentra tachado y al margen tiene la nota: “OJO”.

¹¹ El número de combate fue añadido a mano en *VV* por Arroyo.

ropa sucia y destrozada, y en pequeñas partiditas hasta de uno o dos defensores. Esto causaba alegría a los gobiernistas, quienes en lugar público se reunieron a hacer sus comentarios. Llegó el coronel y nos dijo cómo la gente había corrido vergonzosamente, pues el enemigo era de escaso contingente. No tuvimos más que lamentar el hecho y esperar el resultado. Esa tarde [// 36/99] se confesaron los pertenecientes a Valparaíso en Huejuquilla y algunos otros más, y ya en la noche llegó la noticia, por unos que venían de Valparaíso, que venía la Federación a dar un terrible asalto. Así que ordené a los confesados que se fueran para Los Tanques, donde les daría la sagrada comunión al día siguiente y, sacando al *señor* Ibarra y al *padre* Aparicio, que estaba de convalecencia, salimos del pueblo a las 10 y media de la noche, durmiendo en compañía de los *señores* Jaime, en la cumbre del Romerillo. Todos los defensores salieron.

Al día siguiente, o sea el sábado 30 de abril, se encontraba el coronel y la mayor parte de la gente en Los Arroyos cuando llegó también el jefe Sebastián Arroyo, que en ese día se levantaba con 24 hombres de la Hacienda de San Juan Capistrano. Tenían su bandera propia y todos bien montados, aunque no municionados. Esto alegró al coronel Quintanar, quien, teniendo noticia de que aún a las 10 no había llegado la Federación a Huejuquilla y que, por lo tanto, podía ser un borrego, como dimos en llamar a las alarmas sin fundamento, se resolvió a ir a Huejuquilla, ya para que Sebastián hiciera su presentación en aquella población, ya también con el fin de ir a comer. Dio pues orden al coronel de ir a Huejuquilla y todos obedecieron, pues estaba la mayoría de la oficialidad y puede decirse que toda, [ex]cepto el grupo de Valparaíso, que estaba oyendo misa y comulgando a esa hora en Los Tanques, a donde llegamos el sábado 30.

Llegan los defensores a Huejuquilla y, apenas acababan de desensillar y daban trazas de almorzar en las fondas y casas y la gente de Sebastián afanada se ponía los distintivos que ya les tenían preparados las hermanas de Sebastián, cuando de pronto avisan al coronel que estaba ya sitiado. En efecto, los callistas que los estaban acechando desde la mañana, luego que los vieron entrar, bajaron de la Mesa y les pusieron un buen cerco, no quedando libre más que la salida del camino de Valparaíso porque los agraristas a quienes tocaba tapar ese lado se tardaron un poco. Los defensores ensillan los más listos, otros a pie hacen por romper el sitio, unos no hacían más que dar vueltas desatinados en la población y otros, finalmente, nada hicieron, sobre todo los de San Juan, que eran todos noveles. Resultado, probaron casi todas las salidas y por fin rompieron el sitio por el sur de la población y por el oriente. El callejón del sur fue el que más se estrechó de gente que salió por él y los callistas que se les echaban encima con una tormenta de balas. Los defensores *don* Perfecto Castañón, *don* Andrés Regis, *don* Ignacio Serrano, *don* Aureliano Ramírez y otros pocos salvaron la gente corriendo todos para el lado de San Antonio, pero luego se avista la gente del Valle, o sean los agraristas, y luego los siguen, impidiéndoles continuar al oriente. Por ese lado salió el coronel, a quien ya daban alcance, pero el jefe *don* Heraclio Pérez lo salvó. Por ese mismo lado murió valientemente el defensor *don* Antonio Castro y cogieron prisionero al valiente muchacho Rosario Recéndez. Al salir Castañón, Ramírez y Serrano por el lado de *San* Antonio, hicieron fuego sobre uno a quien ellos juzgaron algún jefe y no se sabe cuál de los tres hizo blanco, pues inmediatamente cayó el supuesto jefe

y todos los callistas que se dieron cuenta y rodearon al caído, quien no se levantó ya por sí solo. En efecto, cuando todo pasó, y luego que los defensores habíanse salvado los que pudieron y que ya quedaron dueños de la plaza los callistas, ordenaron a todos los pacíficos que se reunieran y unos fueron mandados a levantar al jefe de las operaciones, el *general* Anacleto López, quien, según ellos, había sufrido una caída del caballo y se había fracturado una pierna. Pero, dado lo que refieren los defensores, según lo dicho antes, no puede ser otra cosa que alguna o algunas de las tres balas que le mandaron y que luego lo vieron caer. En camilla lo mandaron traer y, según los que lo vieron, creen que estaba herido. En seguida mandaron como 50 pacíficos de los más fuertes a recoger los cadáveres, o sea a levantar el campo, pues creían que era una barbaridad de cadáveres de los defensores. Cuál sería su sorpresa que a pesar de lo mucho que inspeccionaron, no se encontraron más que unos 16 cadáveres y algunos de ellos estaban despojados de la ropa superior, y que los pacíficos creen que eran cadáveres de callistas, pues no los conocieron. El resultado fue este: por parte de los callistas, el *general* herido y 18 muertos. Por parte de los defensores: muerto *don* [// 37/100] Antonio Castro, Florencio de León, Natividad Roldán, Sixto Ceniceros, Antonio Vera, [espacio en blanco] González, Isidro Villegas y Pedro Velasco (estos siete de San Juan), Cleofas García. Prisioneros: Rosario Recéndez, Manuel Durón, José García y otros siete cuyos nombres ignoro; algunos heridos que todos sanaron. Así que fueron nueve muertos y 10 prisioneros. De los pacíficos aprehendieron a los señores *don* Nicolás Durón y Vicente Rosales. El 1.º de mayo salieron con parte de la gente algunos callistas para Valparaíso, llevando al *general* en camilla hasta Cruces, donde tomó un auto y los 12 prisioneros. Dicen los que los fueron a encaminar que los iban maltratando mucho y que ellos todos muy resignados a morir por Cristo, pues no se les veía inquietos a pesar de sus grandes dolores. Así llegaron a Valparaíso.

¿Un mártir?

Tiempo es que se diga algo del defensor Rosario Recéndez, aprehendido en esta vez y fusilado en Valparaíso. He aquí los datos que he podido recoger: Tenía 22 años de edad, originario de Peñitas, Valparaíso, hijo legítimo de Hilario Recéndez, finado, y Josefa Casas, que vive; se dio de alta en el Ejército Libertario el 26 de enero, cuando los callistas estaban en Huejuquilla. En cuanto a su vida de soldado de Cristo Rey, he aquí lo que escribe el *señor* teniente coronel don Aurelio R. Acevedo:

«Rosario Recéndez vino a darse de alta el 26 de enero; uniéndose de pronto a Francisco Saucedo por no poder llegar a Huejuquilla en tiempo que estaba el mayor Contreras combatiendo. En estos días llegó y estuvo en el monte de la Puerta del Valle, San Antonio de Padua; *don* Lucio Saucedo le llevaba de comer. Pasado el combate, Saucedo le facilitó un caballo y una carabina calibre 44 con cinco tiros. Después del combate de Contreras quedó como destacamento el mayor González con 150 hombres de infantería y uno de los primeros días fue Rosario a hacerles una visita, llegando hasta la casa del

portal, donde a pie firme y descubierto enteramente les gritaba: “qué buenos son para tirar, ahora changos, etcétera, etcétera”, les bailaba con los brazos abiertos, hasta que después de haberlos hecho gastar algo más de 500 tiros, *le zumbó una cerquita*¹² (palabras de él); entonces se retiró después de haberles quemado sus cinco tiros.

Pasados algunos días se unió a los de Valparaíso por ser habitante del municipio (vivía en Salitrillo). Se le dio una carabina 30-30 que se había quitado al “Profeta” cuando se le mató, y desde entonces fue de los nuestros. Algún tiempo después, cuando fue conocido de todos y tuvo libertad de acción, fue tan tenaz y travieso que casi todos lo calificábamos de loco y no pocos de bandido, en virtud de que siempre andaba separado de la columna visitando todos los ranchos y recogiendo monturas y caballos. Es de notar que sin acuerdo ninguno de a dónde se va, él siempre llegaba a dormir al campo militar aunque fuera ya muy entrada la noche; parece que adivinaba. En cierta ocasión salimos de La Masita rumbo al sur sin determinar, ni aun los jefes, el camino que debía seguirse; se discutió ya en marcha si iríamos a Monte Escobedo o a Villa Guerrero por Santa Teresa y al fin tomamos el llano a salir al camino que da a la Mesa de Guadalupe, a donde llegamos ya muy noche. Rosario se quedó agarrando un caballo que le despedazó la silla y al fin le agarró de nuevo y se fue a La Masita, donde le ofrecieron de comer, pero no quiso y salió ya oscuro. Imposible que se dirigiera por huellas, pues era de noche. Él llegó como a las 12 de la noche al campamento gritando: “¡viva Cristo Rey!”. En esta expedición lo acompañaron dos muchachos sus conocidos y, habiendo quitado una carabina en buen estado, se la pasó a uno de ellos y éste se devolvió llevándosela. Al día siguiente se le veía en un potro de falsa rienda, sin arma para no exponerla, según él, a que se fuera en el caballo.

Conocedor del terreno y de los agrarios, sus principales enemigos, hacía, sin consentimiento de los jefes, expediciones al Chacuaco, Tular, etcétera, recogiendo armas y caballos. Siempre era atroz y lumbre, como le decíamos, porque siempre estaba desnudo a pesar de que todos procuraban vestirlo, siempre estaba desgarrado y lo mismo su montura. Todos creíamos, y así se lo hacíamos ver, que no podría vivir en tiempo de paz porque a todo mundo molestaba con [// 38/101] monturas y por esto le decíamos Bandido. Cosa singular..., no era ni mucho menos ladrón, que no quería nada para sí; las monturas las cambiaba, una buena por un fuste burrero. Alguna vez le decíamos Remontero porque siempre remontaba a los que por nuevos no tenían lo necesario. Tanto desinterés tenía, que el dinero que se le daba lo daba más adelante, lo que no gastaba en comer o comprar cartuchos a 50 centavos cada uno.

Cosa curiosísima: una vez se le dio género para dos juegos de ropa y a pocos días le pregunté, desengañado de que la tenía ya hecha y en su poder: “oye Polvaderas, ¿qué le hiciste a la ropa que te dimos el otro día?”. Contestó mirando al suelo, como siempre que hablaba con alguien: “pos me jallé un pobrecito encuerado sin nada y se la di”. Nada le respondí, admirado de las virtudes tan hermosas que ocultaba su locura y testarudez.

En el combate siempre estaba Polvaderas delante, y a veces sólo tiroteando y haciendo Santiaguitos. La Providencia lo cuidó siempre, notándose en el Valle del Súchil,

¹² Subrayado en el original.

donde corría tras los 12 agrios gritando: “yegua, yegua, yegua, etcétera”. En una vez, equivocando seguramente el rumbo, se acercó tanto a las posiciones enemigas, que estos notando su engaño le llamaban como a compañero. “Ya iba yo llegando creyendo que era José Pasillas cuando oí el clarín y me retiré ya en medio de las balas.” Pues al reconocer al enemigo que se retiraba y teniéndolo a tiro de piedra, lo cocían a balazos. En el mismo lugar y sin darse él cuenta, carrereaba a los agrios que venían a hacernos llamamiento, pero jamás llegó a un hoyo que había en el llano, donde estaban doce agrios ocultos esperando se acercaran los libertadores. Por fin, fue necesario mandar un piquete de soldados que fueran a protegerlo para evitar que lo hicieran prisionero al matarle o herirle el caballo.

Estos hechos eran frecuentes, por lo que logró la estimación de los jefes y del mismo *general*, que le decía a veces dándole algo de dinero: “ya nomás porque eres el Prieto, pero no hay dinero”.

Tenía verdadera pasión por el trato, cambiando caballos por pistolas y pistolas por rifles, etcétera. Notábase siempre su desinterés, pues en el Vallecito presencié un trato en que dio una pistola Smith calibre 32 largo por un cuchillo de valor de \$0.25. Alguna vez en que yo traté de comprarle una pistola me dijo: “se la tengo prestada a mi compadrillo Chago, porque él me prestó la suya; pero si me la devuelve se la regalo a usted”.

Otro caso providencial. En la segunda venida del *general* López, estando éste con 500 hombres en la orilla del pueblo, Rosario llegó al centro del mismo y cuando ya lo copaban salió como una flecha en un caballo prieto; este caballo lo cogió en la calle la noche anterior cuando salía la columna evacuando la plaza, pues con sus continuos tratos estaba ese día a pie; pero al pasar por la casa del *señor* cura Ibarra sale un caballo del corral sin ser visto de nadie de la casa, y sí por Rosario, que lo alcanzó poco más adelante. Consiguió un fuste leñador y en la mañana siguiente, después de salir de las garras de López y estando salvo, ve que llevan 15 callistas a José María Rentería y que a éste se le cansa la remuda y corre veloz como el rayo; les hace llamamiento con unos cuantos tiros y dejan al pobre viejo y siguen a Rosario, el que los combate ya en unión de otros como un león. Salvó así la vida a Rentería y así la de otros. Por mucho tiempo no se supo quién fue el dueño del caballo que tanto le sirvió, pero él decía: “mire *don* Aurelio, este caballo es muy bueno y en éste yo peleo con los changos, pero ya se lo voy a entregar a su dueño pa que lo cuide y me lo vuelva a prestar, porque yo en un buen caballo no tengo miedo; si no más que cómo hace falta el parque. Mire, *don* Aurelio, yo con parque y mi compañero (un muchacho de Tenzompa) les juego onde quiera”. Así, departíamos alegremente cuando a la cabeza de la columna cruzamos la sierra de Alemán, el *general*, Rosario y yo; y cuando el *general* dormitaba a caballo, yo ocupaba el tiempo en aconsejar a Rosario, que no gastara parque en balde, en borracheras, o que no se acabara el caballo corriendo como loco, pero éste formalmente me dijo: “no, *don* Aurelio: no me hace ver que me haiga emborrachado y que gasto el parque si lo compro a tostón”. Procuraré recordar y le dije cuando le vi tomado, pero sin desfigurar nada y así le [// 39/102] dije. Él respondió: “ese día me eché unos traguitos, pero no gasté ni un tiro”. Todo esto lo decía con la mirada baja, pues ya dije que siempre respondía de esta manera.

Nunca avisó de sus incursiones al terreno enemigo, pero siempre fue obediente a lo que se le mandaba. Alguna vez se le esperó algún tiempo para que fuera a subir la cuesta donde creíamos o podía haber peligro; tan luego como se dio la orden partió cantando y riendo como si fuera seguro de no encontrar enemigo.

Al encontrar al enemigo, era el que estaba luego en el frente y algunas veces que huía, era quien iba en primer lugar persiguiéndolo. Alguna vez en la noche obscura volvía de una correría de estas y al darse cuenta la vanguardia la aproximación de la gente, le grita: “¡quién vive!” [en lugar de “¡viva Cristo Rey!”]. Responde Rosario que, sin saberlo nadie, venía de perseguir a unos agrios que se acercaban atraídos por el tiroteo de hacía poco tiempo: “¡viva Cristo Rey, la virgen de Guadalupe y Pedro Quintanar!”, repitiendo varias veces estos tres gritos hasta que llegó al lugar donde lo esperaba la vanguardia. Con esto decía que era un libertador, soldado de Cristo Rey y mexicano, porque invocaba a la morenita, y perteneciente a las huestes de Pedro Quintanar.

No sé a punto fijo si el día del asalto salió del campo enemigo o no pudo, por haberse enredado en un peñasco de La Mesa como se presume; pero hay quien asegura que salió bien del peligro, pero, una vez viéndose libre y con cuatro tiros que no pudo gastar en la salida, volvió a gastarlos, porque jamás dejó de pelear trayendo aunque fuera un solo tiro. Se cree, pues, que volvió al lugar del combate a gastar sus cuatro tiros y entonces fue cuando lo cogieron prisionero.

Según razón de los mismos callistas, dicen esto: “Si ese muchacho hubiera traído parque, nos acaba y no le hacemos nada; nos mató cuatro”. Por lo tanto los cuatro tiros de su dotación los empleó a tiro por cabeza. No era mal tirador y montaba no mal a pesar de no ser de a caballo.

De lo que pasó en su prisión y muerte darán fe los que más informados estén, tan sólo diré que creo que fue un joven escogido por la Providencia para ser un mártir y así lo manifestó en una vez a Jesús Acevedo cuando éste le decía: “este Polvaderas no sirve para nada.” A lo que contestó con acento profético y con gracia de los que lo oímos: “ya quisieras...”.

Después todos admiramos esta respuesta, aunque entonces sólo nos vino en gracia y nos ponemos a pensar que: “*ya quisiéramos, ya quisiéramos*”¹³ gozar del privilegio que nuestro Señor le concedió en premio de sus obras».

Hasta aquí lo escrito por el citado teniente coronel.

Datos de su fusilamiento y muerte y sepultura según personas que presenciaron en Valparaíso: se dice que cuando llegaron con los prisioneros a Valparaíso, Rosario les dijo que si lo habían de matar, que lo hicieran allí que era su tierra. A todos los prisioneros los llevaban atados de los brazos y estirando del cuello los soldados de caballería y a pie. Sea lo que fuere, ordenaron que allí se fusilara. Otros dicen que los agraristas pidieron que allí se efectuara la ejecución por el gusto de verlo morir. Se dice que Rosario, que a pesar de ser un muchacho ignorante y que no estaba informado completamente del movimiento católico en Valparaíso, les dijo muchas cosas adecuadas, sobre todo cuando pasaron o estuvo en la finca llamada Círculo de Obreros, que es

¹³ El énfasis es del original.

una finca en construcción y que el *señor* cura *don* José de Jesús Nava estaba haciendo para un colegio católico de niños; allí Rosario les declaró cómo estaban violando aquel lugar tan sagrado porque había sido hecho para no cuartel sino para un fin muy alto.

El día de su muerte, que fue miércoles 3 de mayo a las 8 a. m., lo llevaron frente la presidencia, cerca de la banquetta del jardín, pero, en el empedrado y todavía atado, lo pararon para ejecutarlo. Dice la señorita Inocencia Betancourt que ella estaba entre tanto que ocurrió a la ejecución y, en una vez que Rosario muy tranquilo y sereno la miró, le dijo: “no tenga miedo Rosario”, y él sonriéndose movió la cabeza. El jefe de la ejecución preguntó a la escolta si sabían cómo se había de hacer la ejecución y, sin esperar res- [// 40/103] puesta, preguntó si traían un espadín. Al fin cambiaron de lugar y ordenaron que fuera llevado frente al Círculo de Obreros y allí lo pararon en la pared que mira al Poniente. Una vez allí, quisieron vendarlo y él dijo que él lo haría.

Antes de todo, se dice que no dejaban de molestarle en preguntarle con frecuencia “quién vive”, y que él no dejó de responder: “¡viva Cristo Rey!”. Cuantas veces le preguntaron contestó lo mismo. Antes de fusilarlo todavía fue un doctor portorriqueño muy impío que desde julio de 1926 está en aquella población y le tomó el pulso y nuevamente le instó, como lo habían hecho ya algunos militares, que no dijera viva Cristo Rey, que no fuera tonto, que renegara de eso, que no se entregara a la muerte, pues que era muy joven, que el gobierno no quería matarlo, que lo ascenderían en la milicia y quién sabe cuántas promesas más, pero él no daba otra contestación que ésta: *¡viva Cristo Rey!* Con tan precioso grito y siempre sereno, se presentó al tribunal divino aquel muchacho despreciable a la vista de los hombres. Su madre no lo abandonó desde que llegó hasta dejar su cadáver santo en el sepulcro, recibiendo injurias mil por parte de los callistas. A las 8, pues, él mismo sacó su pañuelo y medio se vendó dejándose ver los ojos y todavía se bajó más el pañuelo y, sereno y tranquilo como siempre, recibió la descarga de tres tiros de fusil, y dicen que como articulando palabras, un poco sonriente, ya moribundo, se fue resbalando por la pared hasta quedar sentado ya bien muerto. ¡Dichoso joven a quien sólo una vez y por un breve minuto vi en Huejuquilla y sólo oí de sus labios estas palabras, porque me vio de lejos cuando montado atravesaba el arroyo del puente, dizque ese día andaba haciendo el duelo porque su novia le había dicho que no. Luego que devisó, se vino hacia mí y yo le esperé en el puente, pues yo tenía deseos de conocerlo; llega, me saluda sin apearse y me dice: “vine a saludarlo, yo pregunte y pregunte por el padrecito Arroyo y nadie me daba razón”. Dicho esto se fue. ¡Bendito sea *nuestro* Señor, cómo se lleva al cielo a personas de que el mundo no hace caso!

Volvamos a su cadáver. Su madre pide y obtiene de los callistas el permiso de recoger su cadáver para darle sepultura. La señorita Juana Cosío consiguió la casa de *don* Manuel Minjárez y allí tendieron el cadáver. Mucha gente, pero sólo mujeres, ocurrieron a verle y a postrarse ante él, llevándole abundantes flores con las que cubrieron completamente su cuerpo. Mandaron hacer una caja, lo retrataron, pero, como todos los honores que se le hacían caían mal a los callistas, pronto ordenaron que se sepultara y aun se presentaron agraristas ebrios dispuestos a llevarlo, pero al fin obtuvieron que no lo hicieran ellos y luego mandaron traer la caja como estuviera.

El carpintero Antonio Simental apenas la acababa, pero faltaba pintarle unas letras “V.C.R.” y ya le había dado un color blanco. Así se la llevaron y entonces las señoras, en su mayoría señoritas, con papel crepé hicieron un distintivo blanco-rojo que usaban en esos días los defensores de Huejuquilla, y ligaron la caja cerrando el distintivo, un gran moño del mismo. Con las flores le hicieron varias coronas que pusieron sobre la caja y dentro echaron las demás y, antes de que volvieran los agraristas, las mismas señoras lo cargaron y se fueron para el panteón. Pasaron en correcta formación frente a la presidencia. Mi hermana Trinidad rezaba el rosario; al pasar por allí, los callistas se pusieron furiosos y ordenaban que se fijaran a ver quiénes eran las señoras. Con todo, la formación siguió sin turbarse y, cuando salieron de la calle, la señorita Luz Castorena empezó a cantar, cantando todas: el *himno* guadalupano, *Al cielo, al cielo, si, y Tropas por Jesús*. En el panteón y antes de sepultarlo, tomaron la palabra mi hermana Trinidad y Lucita felicitando al mártir por haber obtenido de nuestro Señor tan grande dicha y pidiéndole pidiera o rogara por nosotros en el cielo. Se cerró todo con un imponente: ¡viva Cristo Rey! que resonó en la región y que haría estremecer al infierno.

Del lugar donde fue fusilado, la señorita Mariana Medina mandó levantar la sangre en algodones y regar flores. Esto lo hizo por su orden la señorita Petra Alanís, quien saludó y felicitó al mártir y le hizo una plegaria [// 41/104] por todos. Durante el trayecto hasta el camposanto, fueron regando flores por el camino. Al día siguiente buscaron a la señorita Castorena para ponerla presa y, como sabiendo a tiempo se ocultara, fue detenida su madre doña Francisca Rosález».

LOS OTROS PRISIONEROS

Todavía de Valparaíso, salieron con el resto de la prisión: don Nicolás Durán, viejecito que tenía el delito de dar los alimentos en su casa al coronel Quintanar y a otros defensores y que, preguntando por algunas personas de cómo iban, contestó: “nosotros ya vamos más bien muriendo, pues nos han mortificado bastante, pero resignados a dar nuestra vida por Cristo”; el joven Vicente Rosález, cuyo delito fue el tener en esos días abierta la escuela católica de niños y dicen que le decían con frecuencia: “a ver si los muchachos a quienes enseñabais a gritar: ¡viva Cristo Rey! te vienen a salvar”; Manuel Purón y los otros, no se sabe qué sucedió con ellos. Algunos aseguran que fueron fusilados en Ciénega Jerez, y aún la prensa *Excelsior* transcribía el telegrama de López donde notificaba el resultado de la campaña y decía haber ordenado el fusilamiento de dichos prisioneros. Esto debe ser lo más cierto. Otros sostienen que aún viven, pues aseguran que de Zacatecas los sacaron para México y por esto creen que no los mataron.

Nosotros, por el temor de la Federación que aún permanecía en Huejuquilla, los señores curas don Pedro Correa, don Juan Ibarra Jiménez y yo, nos fuimos al río, donde permanecimos siete días, allí celebramos los tres al pie de una inmensa roca que da hasta el río.

El día 10 se fue la Federación de Huejuquilla.

VISITA DEL GENERAL BLANCO

El asalto anterior desmoralizó bastante a los defensores y muchos de ellos, principalmente los de *San Juan*, entregaron las armas. Muchos días anduvieron dispersos; el resto de la columna estuvo en el rancho de La Purísima hasta que, restablecidos un poco y descansadas las remudas, volvieron a Huejuquilla.

Un acontecimiento algo favorable vino a alentarlos y fue la visita que a esta región hizo el general organizador ingeniero *don* Carlos Blanco, quien inesperadamente se anunció en la hacienda de San Antonio, a donde llegó el 15 de mayo. El coronel estaba en Huejuquilla y allí recibió la noticia; él la creyó de importancia y mandó repicar las campanas. El *general* pasó a Mezquitic, donde existía un grupo de gente escogida, pero con un jefe peligroso a quien nadie sospechaba el resultado pésimo que iba a dar. El general Blanco es uno de los principales líderes acejotaemeros jaliscienses; un señor de bastantes conocimientos literarios y en especial sociológicos-católicos. Su amor a la salvación de la patria y de la Iglesia lo hizo, en la revolución delahuertista, levantarse en armas contra el gobierno; no porque De la Huerta garantizara nuestros derechos, sino porque se preveía que, conforme a su programa de gobierno, podía irse preparando el movimiento católico que ahora vemos.

Vino pues el *señor* Blanco acompañado del *señor* presbítero *don* Ángel Valdez, de los jefes *don* Luis Anaya, *don* Salvador Cordero y algunos soldados. En Nostic fueron recibidos por el ya citado jefe Apolonio González, quien los acompañó hasta Mezquitic y luego los dejó. Allí dieron una conferencia pública en la que tomaron la palabra el padre y el *señor* Blanco, pero nada se obtuvo, pues esa gente nunca ha dado muestras de catolicismo, siendo convenencieros y de origen torcido en ideas.

Sin resultado práctico, pues, salieron rumbo a San Antonio. A esa hacienda los fueron a encontrar los defensores con el coronel Quintanar y algunos fueron hasta Santa Rosa. A Huejuquilla llegó el 16 y permaneció allí todo ese día conversando familiarmente con mis toscos obreros católicos, ahora defensores, a quienes tomó mucha confianza con sólo verles el distintivo.

El día 18 llegó a la Hacienda de San Juan, a donde fui a saludarlo el 19 del mismo con el fin de informarme un poco más del movimiento, pues, como es de las confianzas del *señor* René Capistrán Garza, estaba bien informado. Pero [// 42/105] permaneció en esa hacienda hasta el 2 de octubre, día en que se vino a Los Tanques, y de este lugar salió a unirse con el general Goroztieta el 5 del mismo mes. El padre Valdez se fue a Guadalajara pasando por Los Bajíos el mes de agosto y el jefe Cordero se fue desde julio.

ATAQUE A VALPARAÍSO. 9.^a EXPEDICIÓN

No sé con certeza quién agenció el ascenso del *señor* Quintanar, el hecho es que, a pocos días de la llegada del *general* Blanco a estos lugares, resultó ya ascendido y en bocas

de todos se llamó ya general, quedando como coronel del grupo el *señor don* Perfecto Castañón y teniente coronel el *señor don* Aurelio R. Acevedo.

El día 1.º de junio el coronel, al mando de algunos 70 hombres, atacó a Valparaíso, poniendo en grandes aprietos a los agraristas, pero al fin se retiraron por falta de parque. De los agraristas murieron cuatro y de los defensores, Pedro Gallegos, muchacho de Potrero de Gallegos.

COMISIÓN CON GALINDO

Hacia tiempo que, por cartas que venían de Estados Unidos, se avisaba al *señor* Quintanar que procurara comunicarse con el general *don* Juan Galindo, defensor que opera al norte de Durango, pues que él estaba encargado de proporcionarle los elementos de guerra que necesitara. El *señor* Quintanar esperaba que Galindo le comunicara algo, pero al fin, viendo la urgencia de la falta de elementos y nada de comunicación, tanto el *general* Quintanar como el *general* Blanco y el teniente coronel Acevedo arreglaron enviar una comisión, escogiendo al efecto a los oficiales Aureliano Ramírez y Sebastián Arroyo, los cuales salieron de San Juan, el primero el 20 y el segundo, ya unidos, del rancho del Refugio, el 22 de mayo.

Felizmente lograron llegar con el grupo de defensores de Santiago Bayacora, que tenían ya seis meses refugiándose en la sierra de Durango, o sea, desde la muerte del malogrado general defensor *don* Dámaso Barrasa. Allí estaba, al frente de unos 70 hombres que heroicamente se habían sostenido pasando sacrificios inenarrables en la sierra y de vez en cuando haciendo algunas bajas al callismo, el jefe *don* Valente Acevedo, quien secundó el movimiento que hizo el *general don* Trinidad de la Mora. En esos días estaban desconcertados porque sabían que tan sólo ellos quedaban en las armas, pues en todas partes había terminado el movimiento y Quintanar había muerto y terminado su acción en el asalto a Huejuquilla por López el 30 de [abril].¹⁴ Aun ellos estaban en tratados con el gobierno para rendirse; no porque ellos solicitaran la rendición o indulto, sino porque se los ofreciera el callismo por medio del coronel Ruiz, huejuquillense.

Cuál sería su sorpresa al recibir a defensores del grupo que ellos creían ya terminado por las mentiras de la prensa. Se levantó mucho su ánimo cuando Ramírez y Arroyo les dieron cuenta de los adelantos en el grupo y de los proyectos confirmados con esa comisión que llevaba cartas de los generales Blanco y Quintanar. Desde luego resolvieron dar fin a los tratados con los callistas. Los comisionados manifestaron su misión de ir hasta con Galindo, pero allí les hicieron ver lo peligroso que era ir hasta con dicho general, pues ni ellos lo habían logrado hacía tiempo, por no saber dónde se encontraba.

Acordaron, pues, volverse; tanto más que fueron informados de que el mismo Galindo estaba escaso de elementos y dinero. Regresaron, pues, acompañados del *señor*

¹⁴ A mano, y *mayo* tachado.

don Valente Acevedo y 22 hombres más que querían comunicarse con Blanco y Quintanar, y llegaron a San Juan el 12 de junio.

JUNTA DE SACERDOTES

Dada la tirantez de la situación a causa de la tenaz persecución religiosa, así como también la necesidad de ayudar en algo a los defensores que, por lo mucho que este tiempo infeliz se alarga, estaban dando muestras de degenerar aun algunos jefes, se acordó por los *señores* Cabral, párroco de Adjuntas, y [el] vicario de Laguna Grande, hacer una junta de sacerdotes de la re- [// 43/106] gión para acordar algunos puntos de interés. Se fijó el día y lugar. Fueron invitados además los sacerdotes de *San Juan Poyotán* y el martes 21 de junio se reunieron en Molinitos Mezquitic los *señores* párrocos: de Mezquitic, *don* Roberto Reyes; de Villanueva, *don* José Cabral; de Colotlán, licenciado *don* José G. Martínez; de Adjuntas del Refugio, *don* J. Encarnación Cabral, y de Huejuquilla, *don* Pedro Correa. Vicarios: de Laguna Grande, *don* Herculano Cabral; del Refugio, *don* Uriel Argüelles; de Mezquitic, *don* Fidel Ornelas y el tapatío *don* Ángel Valdez. Fue representando al *general* Blanco *don* Luis Anaya y además Aurelio Acevedo.

Se hizo la junta y en ella se trataron los puntos indicados, haciendo hincapié en la petición que hacían los defensores de que los sacerdotes los acompañaran en campaña como sacerdotes castrenses. Como resultado se hizo un ocurso al *ilustrísimo señor* obispo diocesano, exponiéndole la situación tan crítica de los sacerdotes y, como se creía que casi era el único medio que quedaba de permanecer aquí, el acompañar a los defensores para evitar ser prisioneros de los callistas, como para auxiliar, alentar y moralizar a las fuerzas.

En seguida, el teniente coronel Acevedo, a nombre de todos los grupos de la diócesis, hizo un ocurso al *señor* obispo y otro al Comité Episcopal pidiendo el permiso a los sacerdotes para que acompañaran a los grupos.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR OBISPO

Con fecha 11 de julio contestó el *ilustrísimo señor* obispo a los sacerdotes por conducto del *padre* Cabral concediendo a los sacerdotes acompañen a los defensores dentro de la diócesis para auxiliar a ellos y a los fieles de los lugares que visiten, pero no como capellanes castrenses, por ser esto propio de la santa sede, y avisando además los privilegios que el santo padre concedió a los sacerdotes mexicanos en las actuales circunstancias:

- 1.- El de celebrar la santa misa sin ara y sin ornamentos sagrados usando sólo sotana y cota y estola aun sin bendecir.
- 2.- Si aun ni lo anterior es posible, que celebren con traje ordinario;

- 3.- Aun sin cáliz, usando en su lugar un vaso cualquiera y sin manteles.
- 4.- Pudiendo reducir la misa, en casos graves, a sólo la oblación de las especies, consagración y comunión.
- 5.- Que se puede enviar el sagrado viático a los enfermos con cualquier seglar, ya sea hombre, mujer o niño, en alguna cajita o en un lienzo, y que el enfermo comulgue por su mano. Estas concesiones son solamente para cuando las circunstancias no permitan celebrar y administrar como es debido, y su fin es que no falte a los sacerdotes el santo sacrificio ni a los fieles la sagrada comunión.

Con fecha 30 de marzo se había recibido en Estados Unidos un cablegrama de otra gracia del santo padre para los mexicanos y que a la letra dice: “comuníquese México Indulgencia Plenaria invocación: *¡viva Cristo Rey! in articulo mortis*”.¹⁵

En cuanto a la concesión de que los sacerdotes acompañen a los defensores, el *ilustrísimo señor* obispo diocesano contestó casi en los mismos términos al *general* Quintanar y demás jefes en cuya carta los felicita, los bendice y les dice le den lista de los sacerdotes que deseen acompañarlos.¹⁶

Luego se contestó al *ilustrísimo señor* dando lista de los sacerdotes, pero hasta el 31 de diciembre no se había recibido contestación alguna. El Comité Episcopal no contestó. Con todo, los *señores presbíteros* Montoya y Ornelas, basados en la licencia que dio directamente al *padre* Cabral, empezaron a acompañar a los defensores en el mes de agosto.

DÉCIMA EXPEDICIÓN Y SEGUNDA [ENTRADA] A FRESNILLO

El coronel Castañón, con un reducido número de defensores, entró a Fresnillo el 21 de junio; mataron como unos tres o cuatro agraristas o policías y se trajeron prisionero al comandante de la montada, el que fue fusilado en *San Juan* por orden del *general* Blanco al día siguiente de su llegada, o sea el 27 o 28. [// 44/107]

SÉPTIMO COMBATE EN HUEJUQUILLA

El 25 de junio llegó el coronel Juan B. Vargas con la columna del 84 *regimiento* de caballería a San Antonio, sorprendiendo a la gente de Pío Ruiz y a él mismo y le cogió un prisionero.

El domingo 26 el coronel Castañón, con unos cuarenta hombres, se acercó hasta los Zapotes cuando ya los callistas estaban en Huejuquilla para hacerles llamamientos. En efecto, salieron luego y fueron siendo rechazados y varias veces, teniendo al fin necesidad los defensores de irse retirando por la falta del parque y se los fueron llevando

¹⁵ Mismo caso de nota 5.

¹⁶ Véase nota 5.

hasta la cumbre de la cuesta y Arroyos del Agua, donde el coronel Castañón con otros siete les hizo buena fiesta. Por fin bajaron estos siete y en esa retirada fue herido y después muerto por los callistas el asistente del coronel Castañón, *don* Melquiades Salas, joven de Valparaíso y que dio pruebas de ser bastante valiente. No hubo más pérdidas por parte de los defensores y el combate duró unas cuatro horas. Vargas perdió 17 muertos y 15 dispersos de los 236 que traían.

CUATRO DE VARGAS

El día 4 de julio, valiéndose Vargas de la poca precaución de los defensores, dejó una parte de su gente encerrados en la torre de la parroquia y él se retiró a San Antonio. Los defensores, en efecto, entraron a Huejuquilla muy despreocupados y el *general* estuvo un rato platicando con un individuo frente a la torre en la banqueta de enfrente, pero de seguro que no lo conocieron. Por fin él salió porque le avisaron que un extraño deseaba verlo por traerle negocios importantes. Era éste el defensor Román Álvarez, que venía de Aguascalientes y Zacatecas. Lo había mandado el mismo *general* desde el asalto de López a Huejuquilla, a ver si en Durango Manuel Felguérez lo podía poner en comunicación con Galindo. Pero no queriendo hacerlo Felguérez, lo mandó a Aguascalientes y de allí a una hacienda de un cuñado de Felguérez, hasta que, un poco enterado del movimiento en aquella región con la ayuda de *don* José J. Hernández, se vino a Zacatecas, donde se comunicó con la Liga [de la] Defensa Religiosa de la ciudad y de ahí, con algunas comunicaciones verbales, se vino a ésta.

Pues bien, quedó la gente en Huejuquilla y, como una parte de los defensores se acercaran [a] hacerles unos tiros a los de San Antonio, los del encierro hicieron fuego sobre los que en la población había y así no dieron lugar a que la caballería de San Antonio viniera como había quedado y el asalto o cuatro les salió fallido, pues no lograron más que herir dos defensores. Llegada la caballería los persiguieron hasta el panteón sin éxito y sí con pérdidas de dos callistas.

NOVENA EXPEDICIÓN¹⁷

A la llegada del *general* Blanco, o sea en mayo, salió, con 89 hombres, el coronel con el fin de llamar la atención a los callistas de Zacatecas para que operaran en Aguascalientes los defensores de Jalisco y Jalpa. Procedente de Abrego, se unió Castañón en *San* José de Gracia, donde atacó a una partida de agraristas haciéndoles algunas bajas. En *San* Juan de los Mier se trabó un combate de 110 defensores contra 390 callistas, con resultado de tres muertos y un prisionero de los enemigos.

¹⁷ En la versión que se publica hay aquí una nota: "(Dato que debe ir antes de la 10 expedición)". Posiblemente la letra es de Acevedo y va destinada al editor o tipógrafo del *David*.

DE LA DÉCIMA EXPEDICIÓN (COMPLEMENTARIO)

Los atacantes de Fresnillo fueron 30. Sacaron una pequeña cantidad de dinero y algunos caballos. Sin orden del jefe, la gente restante de los 30 atacaron a la Hacienda de San Mateo, donde había un regular número de agraristas y con muy buenos fortines; así que no se pudo hacer negocio y sí murieron dos defensores y un herido y varios caballos quedaron muertos. Por parte del enemigo murieron dos agraristas. Todos regresaron a Huejuquilla por la sierra. [// 45/108]

CONFERENCIA

El 4 de julio dio Vargas una sucia y blasfema conferencia a los pacíficos de Huejuquilla en la plaza de la Constitución. Aun los de no muy buena moralidad quedaron escandalizados de sus asquerosas blasfemias y ataques. Nosotros contestamos dicha conferencia con una refutación dogmática y se le envió un ejemplar pero más tarde publicó Vargas su conferencia y es la que le sirve de mejor propaganda en su gira.¹⁸ El 5 se fue Vargas. En San Antonio molestó bastante a los empleados, quienes tuvieron que huir. Allí cogió algunas cartas nuestras que enviábamos al Terrero para que se pusieran en el correo, pero la morosidad de los empleados aún no les permitía enviarlas. Con esto también corría peligro mi hermano Leopoldo, encargado del Terrero, así es que ya no esperó a Vargas y se salió de la *hacienda* el 31 de julio, viniendo a dar conmigo con felicidad el 7 de agosto. Yo estaba con cuidado y se lo había recomendado a María Auxiliadora. Gracias mil a nuestro Señor y a su santísima madre.

VISITA DE LOS DEFENSORES DEL SUR

El sábado 9 de julio llegó a Los Tanques el coronel *defensor* jalisciense don Jesús de la Torre y él anunció que al día siguiente llegarían unos 260 hombres que iban para San Juan. En efecto, el 10 a medio día y horas después llegaron, aunque no los dichos por el coronel, pues unos 70 fueron para Huejuquilla. Era la gente de los jefes: don José María Gutiérrez y don Teófilo Valdovinos de Jalpa, los del Teúl, don Felipe Sánchez de Colotlán, los de Tlatenango, Momax y esos rumbos; también los del Gato con sus jefes y Cordero. Gutiérrez y Sánchez se fueron luego para San Antonio. Juan y los demás aquí pernoctaron. En la noche confesé como a unos 50 y otro día les di misa. Como a las 10 vino el *señor* C. Cabral de Villanueva a verlos y esperó a Gutiérrez, que vino a medio día. Comimos y como a las 5 salieron todos para San Juan y el *señor* Cabral para El Pinito.

¹⁸ Véase nota 5.

UNDÉCIMA EXPEDICIÓN

En combinación con los de Jalpa y Compañía, salió el coronel Castañón a esta expedición, dizque a Fresnillo o al tren con el fin de hacerse de recursos, pero como los del sur temían ser descubiertos por el gobierno no querían pelear, no se hizo nada de importancia; así que, después de acercarse hasta Abrego, se volvieron por la sierra, donde se habían ido. Llegaron de vuelta a San Juan y el 31 de julio y el 24 pasaron por Los Tanques todos; primero los de Valdovinos y más tarde los de Gutiérrez y demás con los que se fue el *señor* cura Cabral.

COMISIÓN A ESTADOS UNIDOS

El *general* Blanco envió a los jefes *don* Jesús de la Torre y *don* Ignacio Serrano con interesantes comunicaciones para Estados Unidos, con el jefe del movimiento y hasta el 31 de diciembre no volvían y sólo se recibieron algunas cartas muy lacónicas.

INDULTO OFRECIDO A CASTAÑÓN

El 31 de julio vino otra vez Vargas a Huejuquilla, pero en esta vez, aunque vieron que los defensores estaban cerca, no los siguieron ni les tiraron, y es que venía con la determinación de ver si Castañón se indultaba, pues se comunicó luego con él y estuvieron en arreglos hasta el 3 de agosto y el 4 se fue Vargas. Ofreció a Castañón toda clase de comodidades si se indultaba y éste le puso el plazo de 20 días mientras pudo sacar su familia, que estaba en Santa Cruz.

APÓSTATAS DE NOZTIC, JALISCO

Al tratar de la visita que a esta región hizo el *general* Blanco, dije algo del grupo defensor de Moztic, con Apolonio González al frente de ellos. Este grupo tenía gente pareja, todos hombres de edad y bien equipados y armados. [// 46/109]

Y González se decía que era un individuo de buenos sentimientos religiosos, al grado de que el *señor* cura Norberto Reyes y el *señor* presbítero *don* Fidel Ornelas se relacionaban con él sin ninguna desconfianza. Se había presentado a las órdenes del *general* Quintanar, pero casi nunca salía a campaña, que porque nunca le dejaban las comunicaciones a tiempo. Además, de acuerdo con el *señor* Reyes y [el] *padre* Ornelas, había González pactado con Quintanar que iba a simular un cambio con el fin de hacerse de armas y parque, pues que le ofrecían con instancia la jefatura de Mezquitic; arreglo que tuvo con el callista *general* López. Por lo que suplicaba que no le exigieran salir a campaña y que él les avisaría el tiempo. Como nadie sospechaba aún de la falsedad de este hombre, aceptaron.

El coronel Castañón, tan luego como Vargas se fue, fiado en el plazo de rendición, quiso saber con qué gente contaba para hacer a Vargas resistencia a su vuelta, pues definitivamente no se indultaría, a pesar de que algunas personas lo temían. Fue, pues, Castañón a Mezquitic con el fin de pasarse a Noztic a entrevistar a González. En efecto, pasó a Noztic, pero no logró ver a González, quien no quiso acudir al llamado del coronel poniendo como pretexto al padre Ornelas, que le decía atendiera que Castañón probablemente ya iba indultado y que quién sabe si les iría a hacer alguna traición. El padre le aseguraba que no era así, pero no atendió.

Allí en Mezquitic encontró Castañón a una comisión de unos 50 hombres que en compañía de los de Jalpa habían ido al Salvador a ver si les facilitaba parque Gorostieta, pero, después de una penosa campaña de 15 días, volvieron sin nada y de paso atacaron al Teúl, pero la demás gente los dejó solos y nada se hizo favorable.

Sin efecto también la ida del coronel a Mezquitic, se volvió a Huejuquilla ya con malos presentimientos acerca de González. El mismo padre Ornelas notó mucho mal en él y ya se encaminaba a venir a poner en conocimiento de lo que pasaba, cuando el domingo 24 de agosto entró González a Mezquitic gritando vivas al supremo gobierno y luego se unió a otros de allí mismo que pronto se declararon contra el movimiento católico y dispuestos a secundar las actividades del callismo. En ese día se encontraba en la población, como muchas veces sucedía, el jefe *don* Felipe Hernández con algunos defensores que formaban el grupo de [ilegible]. Dieron contra él y, después de hacer él alguna resistencia sin éxito, fue muerto en compañía de su asistente; a los demás los [a]presaron y otros se salieron luego. El antes defensor de Tenzompa, Manuel Muñiz, resentido porque el *general* lo mandara desarmar a causa de sus abusos e inutilidad, también se unió a ellos.

Quedaron, por tanto, los de Mezquitic, rebeldes a Cristo, siendo los jefes Luz de Robles, Cruz de la Torre, Jesús Ocampo, Eliseo de Robles y otros al mando de unos 100 hombres con todo y los de Noztic. Grupo que siguió creciendo por la fuerza y por la activa propaganda de los hijos de las tinieblas, que siempre son más sagaces que los hijos de la luz.

El *señor* Reyes y el *padre* Ornelas, providencialmente, habían salido el sábado anterior de Molinitos, que era donde se encontraban desde que ya no pudieron permanecer en Mezquitic. Digo providencialmente porque nada sabían y salieron con fines distintos, pero era que nuestro Señor los sacaba para librarlos de los impíos.

Esos hombres hipócritas aún continuaron queriendo engañar a los sacerdotes como engañaban al pueblo, diciendo que no hacían eso por rebelarse contra los sacerdotes, sino que era para dar garantías a los mismos y que dentro de poco tendrían allí a los padres, pues, de acuerdo con López, no se molestaría, y tan sólo darían los nombres de los padres. Cosa que según ellos nada significaba. Escribieron, pues, al *señor* Reyes manifestándole sus intenciones y, como él les contestara duramente, ellos aún le escribieron muy humildes.¹⁹ Le prometían no traer Federación, cuando ya el *señor* cura lo sabía bien, pues que habían salido Ocampo, Eliseo y González a traerla. El *señor* Reyes lo

¹⁹ Véase nota 5.

anatematizó y particularmente a su compadre Manuel de Robles, hombre hipócrita como pocos y que en varias ocasiones, aun antes de la persecución, causó serios perjuicios al *reverendo* [// 47/110] padre *don* Sabino Ruiz en las misiones de Nayarit, hasta acusarle de falsedades a las autoridades laicas, y en la Hacienda de *San Antonio* quiso mortificarlo de otra manera, pero el *reverendo padre* mejor se fue para México en 1917. Mortificó solapadamente al *señor presbítero don* Miguel Gallardo y al *señor cura don* Francisco Acosta, abusando de su bondad.²⁰

Con todo y engaños, llegaron 50 infantes a Mezquitic el 27 de agosto y permanecieron hasta el mes de noviembre sin saber yo qué día se fueron.

El *padre* Ornelas estuvo conmigo desde el 28 de agosto hasta el 19 de septiembre.

DUODÉCIMA EXPEDICIÓN

En la segunda quincena de agosto el coronel Castañón, con un regular número de gente, salió a esta expedición. Recorrió con bastante éxito algunas rancherías del municipio de Valparaíso y Fresnillo, pero lo importante fue su ida a La Ermita de los Correa, donde reunió a los agraristas, que eran bastantes o casi todos los de ese rancho, y sacó de ahí armas, parque y dinero. A su regreso, lo vinieron a seguir los agraristas de Jerez, le hicieron algunos tiros, pero él por la vaciada venía muy pesada y ordenó que avanzaran sin hacer caso a detenerse por el enemigo. De esa manera bajaron al cañón de Mezquitic el sábado 3 en los momentos en que el resto de la gente que estaba en Huejuquilla en compañía de la del Gato, donde venía el *padre* Montoya, se acercaron a Mezquitic. Los impíos de allí salieron a recibirlos, pero no sostuvieron el empuje y se volvieron al pueblo. Los defensores se volvieron y Castañón se levantó como 40 reses [de] Aurelio del Muro de Mezquitic que tenían allí juntas.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

El *ilustrísimo señor* obispo, en circular, ordenó que hiciéramos los santos ejercicios durante el tiempo en que acostumbra el clero zacatecano hacerlos anualmente.²¹ Atendiendo a este mandato del *ilustrísimo señor*, los *señores curas licenciado don* José Martínez y *don* Pedro Correa acordaron que los hiciéramos en la primera quincena del mes de septiembre y en el Rancho de la Purísima, para hacerlos con más tranquilidad. Al efecto, el *padre* Ornelas, que estaba en mi casa desde el 28 de agosto, y yo, salimos para San Juan el día 6 de septiembre. En aquella hacienda nos encontramos al *señor* Martínez y al *padre* Montoya. El día 7 temprano celebramos la santa misa y salimos para el lugar indicado; comimos en el arroyo del Angelito a las 3 y media, y a las 6 y media llegamos a La Purísima. En el rancho hallamos ya al *señor cura* Correa, que se

²⁰ En *VVb* este párrafo está tachado.

²¹ Véase nota 5.

había ido a preparar el lugar, y al *señor presbítero don* Rafael Correa, virtuoso sacerdote de Nayarit y que estaba en la vicaría de Jesús María, quien nos edificó bastante por su sabiduría, santidad y humildad mortificada. Desde el 31 de julio de 1926 que se cerró el culto, anda descalzo.

El día 8 en la noche empezamos felizmente nuestros ejercicios. Pasamos los días sumamente recogidos y con grande consolación. Tuvimos al santísimo sacramento en depósito desde el día 9 hasta el 14 que salimos.

Las señoritas Gregoria Ibarra e Hilaria Madera, en compañía de *don* Andrés Landa y esposa, nos atendieron finamente.

El 12 cumplí cinco años de haber cantado mi primera misa y ese día celebré.

El 14, pues, celebramos todos y, después de la misa de los fieles, salimos a desayunarnos y se rompió el silencio. En todos se vio marcada alegría espiritual, haciéndonos la vida menos pesada. En seguida nos despedimos y el *padre* Correa se fue a pie, como siempre anda, para Remanientes, y los *señores* curas para Picachos, donde comieron y se pasaron a Remanientes, por saber que la Federación se acercaba a Huejuquilla; nosotros nos quedamos ese día en el Jagüey, donde celebramos el 15, día de mi cumpleaños (34), y fuimos a comer a Picachos y desde las 5 de la tarde fue llovernos, llegando en medio de un aguacero a San Juan, donde encontramos fuerte el borrego que al fin nos hizo salir a dormir al Arroyo de las Presas a casa de *don* Doroteo Díaz. Otro día, o sea el 16, permanecemos allí sin dar misa, pero sí dimos el *padre* Montoya y yo y [// 48/111] el 17 y volvimos a comer en *San* Juan. Salimos luego para Los Tanques, donde llegamos a las 8 de la noche.

El 18 muy temprano se fue el *padre* Montoya a dar misa a Huejuquilla por ser domingo. El *padre* Ornelas [no] se fue hasta el lunes 19 en compañía de cuatro defensores de Noztic de los que habían estado engañados en Mezquitic.

DÉCIMA TERCERA EXPEDICIÓN

El martes 13 llegó Vargas a *San* Antonio y, como no le podían hacer frente por la falta de parque, los defensores en número de 200 salieron para Corrales. Estuvieron un día completo en Corrales esperando al *general*, que llegó en la noche del día 16 y dispuso que allí tendrían que pernoctar. A muchos de los jefes no les agradó la orden, pero nada dijeron y la mayor parte de la columna salió a dormir afuera de la hacienda, quedándose el *general* y la oficialidad casi toda, incluso el coronel, en las casas de la hacienda. El 17, pues, a las 2 de la mañana, los asaltó Vargas, pudiendo salir toda la gente dejando sólo un muerto de los defensores, 68 monturas y unas cinco o seis armas, por 45 bajas de Vargas entre muertos y dispersos. A Fresnillo fue a decir que había acabado con la columna, pero cuál fue su sorpresa cuando, aún gritaban el triunfo de Vargas, llegó el telegrama que Castañón atacaba Frío, pues de Corrales se fue para allá con unos cuantos hombres que les dieron buen susto a los agraristas de aquella región y sacaron algunos caballos y monturas.

BENDICIÓN DE UN SAGRARIO

Sabiendo algunas damas zacatecanas, sobre todo las *señoras* Lola, Mariquita y Lucita Llaguno, que me encontraba en esta región, careciendo quizás de lo indispensable, aunque, gracias a nuestro Señor, nada me ha faltado, acordaron regalarme un sagrario y copón para hospedar al Dios Amor en estas barrancas. Cosa que efectuaron y el domingo 27 de septiembre recibí con grande gozo dichos objetos preciosos y demasiado ricos para las condiciones en que estoy, pero pobres atendiendo a la inmensidad del amor de Jesús sacramentado. Avisé al *señor* cura Correa que el primer viernes de octubre quería bendecirlo y lo invité para tal acto, pero, como es día en que él está muy ocupado, desde luego me dio su aprobación y excusa muy justa. Invité al *señor cura* Ibarra para que él hiciera la bendición y aceptó de fina voluntad. Así es que el jueves 6 vino acompañado de Anselmo Madera, a quien también invité. Mandé también por las *señoritas* Natividad García, Delfina y Pacha Arroyo, mis tías; vinieron además la familia de mi hermano Leopoldo y sus cuñadas Pepa y María y casi todos los defensores de Valparaíso. Por la tarde confesamos a casi todos los defensores.

El viernes 7 de octubre, festividad del santísimo rosario, celebró temprano como [de] costumbre el *señor* Ibarra, y en su misa comulgaron bastantes personas. Después de misa, como los defensores ya habían comulgado querían irse por falta de pastura en ésta para sus remudas, avisé a los jefes me los reunieran para hacerles algunas advertencias y regalarles su bolo. Se reunieron, pues, y los exhorté a tener siempre muy buena conducta recordando que eran soldados de Cristo Rey y que anduvieran siempre preparados para presentarse al tribunal divino. En seguida les regalé una estampa recordatorio y su caña. Fueron en número de 55 y todos comulgaron. En seguida fue la bendición solemne que hizo el *señor* Ibarra. Chemo tuvo el sagrario y copón a la hora de la bendición. Después se bendijo la bandera de los defensores, que estuvo toda la misa que celebré. Comulgaron en este día como 150 personas. Después de comer se fue el *señor cura* Ibarra y todos los defensores, quienes hasta el momento de irse [no] me avisaron que iban a Valparaíso. Algo me entristecí por no saber cómo les iba a ir, pero me consolaba que todos iban preparados para morir.

Por la noche bauticé a Teresa del Niño Jesús, de mi compadre Leopoldo, que nació en Valparaíso el 4 de agosto. Fue la madrina Trinidad mi hermana, representada por Chemo y mi mamá.

Toda la noche velamos al santísimo, que dejé en sagrado depósito, hubo bastante gente y en la misa del día 8 comulgó también mucha gente, después [// 49/112] de la misa se fueron Chemo, Tiva y compañeras.

DÉCIMA CUARTA EXPEDICIÓN. ATAQUE A VALPARAÍSO

Sin reunir la gente sino tan sólo citándola, salieron los defensores cada grupo por su camino. El día 8 de octubre y a pesar de los fuertes aguaceros que en esos días cayeron, se reunieron todos en La Lechuguilla, donde acordaron la forma en que debía hacerse

el ataque a Valparaíso y de ahí marcharon a dicha plaza, atacándola el domingo 9 a las 4 y media de la mañana, durando el combate 48 horas con pérdidas de cuatro defensores y 10 heridos que pronto sanaron; de los enemigos, todos agraristas, murieron ocho, entre ellos Leonardo Ceballos, y 14 heridos, algunos de gravedad. El defensor Hilario Rodríguez tenía a su padre preso en compañía de otros padres y hermanos de defensores y, al entrar a Valparaíso, dijo: “o saco de la cárcel a mi padre, o quedo muerto”. Efectivamente, al pretender subir la escalera de la presidencia, cayó atravesado por una bala. Al defensor Francisco Saucedo lo hirieron cerca de la calzada de Los Mártires (que se inundó en 1925) y cayó como muerto; los enemigos bajaron de sus fortificaciones y al verlo muerto lo despojaron de las armas y ropa superior. Allí quedó tirado todo el día, pero él se fue arrastrando hasta ponerse en salvo y hacer blanco a las balas enemigas. Una *señora*, se dice que es mujer de agrarista, lo vio moverse y, cayendo la tarde, se acercó a él y cobijado lo metió a su casa, donde lo disfrazó y lo sacó hasta fuera del peligro dándole el camino de Peñitas por el lado de la Cruz de los Centenarios. Se fue Saucedo y a poco perdió el camino y salió al Saucito; allí se lo volvieron [a] hallar y así llegó hasta cerca de Peñitas, donde se metió a una labor para descansar y ahí se lo encontró una señora del rancho, quien lo llevó hasta allá. Allí estaba *don* José Pasilla, *don* Jesús Pinedo y otros defensores y ya ellos lo mandaron inmediatamente a Huejuquilla.

En Valparaíso recogieron los defensores algunos elementos y caballos y el lunes por la noche se retiraron a dormir a cierta distancia, sitiando siempre el pueblo, lo que pudieron hacer con facilidad, pues eran 450. Al día siguiente hubo algunos pequeños tiroteos sin resultados y al fin, por falta de elementos, se retiraron volviendo a Huejuquilla. Estuvieron en la plaza principal, pero no pudieron desalojar a los agraristas de los fortines de la torre, del juzgado, del mercado y de las casas de los Flores y de Magdaleno Acosta, los únicos que les quedaron. Cogieron a José Pedro Salas, hermano de Encarnación y de los principales, y a otros, pero después de tratados inútiles los dejaron libres.

PRISIÓN DE SEÑORITAS EN VALPARAÍSO

Como en mi casa estuvieron los defensores el día del ataque, el viernes 14 fueron a catearla el *doctor* Hernández y un teniente, ambos impíos o más bien masones. Nada comprometedor encontraron, y como nada anunciaron a mis hermanas ellas se confiaron demasiado y aún esperaron más. El domingo llegó la Federación, que venía a dejar parque a los agraristas, y ese mismo día, como a las 3 de la tarde, el mismo teniente, acompañado de dos soldados de la Federación, las aprehendió (a Trinidad y María) y las llevaron a la cárcel. Buscaron también a la *señorita* Inocencia Betancourt, a quien ya habían tenido prisionera y dejado en libertad. Y, como no la encontraron, detuvieron a la *señorita* María López y a Luz Guardado, muchachas recogidas de la *señorita* Betancourt.

Aprehendiendo también a la *señorita* doña Marciala Juárez y a su hija Pascuala, pues Mauricia, hermana de Pascuala, había sido aprehendida y se había fugado.

Ya en la cárcel y entrada la noche, se presentó el jefe de la Federación en la prisión, hipócritamente dijo a mis hermanas que sentía mucho el que estuvieran ahí, pero que yo, ordenado sacerdote, tenía la culpa, pues andaba en las armas; como esto lo negaron mis hermanas, contestó: “ahorita está en el Potrero de Gallegos con 300 hombres y voy a batirlo y se los traeré para que lo vean”.

Ellas, muy seguras de no ser como decía el oficial, contestaron con [// 50/113] serenidad. Por fin decretó que irían desterradas a Fresnillo, pues de ninguna manera convenía que estuvieran donde se podían comunicar conmigo. En seguida habló duramente en contra de la *señorita* López, creyéndola Betancourt, y dijo que ella iría desterrada a las Islas Marías. Nada dijo a las Juárez.

Les ordenó que consiguieran coche para irse o de lo contrario irían con la tropa. El lunes 17, muy temprano, la Federación y mis hermanas salieron en auto a las 7 de la mañana y, al ir ya en camino, pero sin salir de la población todavía, se presentó la señorita Betancourt y, deteniéndose un poco el camión, dejaron en libertad a las otras y ya las siguió ella. Llegaron a Fresnillo y hasta dos días después [no] fueron introducidas a la cárcel. Las personas de Valparaíso que en aquella ciudad hay, como fueron principalmente José Roldán, Francisco Jara, Refugio Reyes, *don* Inés Ulloa y esposa, Gila Ibarra y otras, empezaron desde luego a agenciar su libertad. Después de mucho trabajo, las llevaron hasta Cabrales, donde estaba Vargas y ahí, después de reprenderlas a su modo, ordenó su libertad, pero con condición de no volver a Valparaíso, mucho menos a Huejuquilla. Quedaron libres el día 24; día consagrado a María Auxiliadora, a quien tanto ellas como los acejotaemeros de Valparaíso y nosotros habíamos encomendado, así como también a *San* José, a Santa Teresita del Niño Jesús y al alma del *señor* cura Correa.

Apenas tenían tres días de libres, cuando supieron de ciencia cierta que nuevamente se conspiraba contra ellas, por lo que se ocultaron y al fin el *señor* Jara, valiéndose del joven Luz Nava, sobrino del *señor* cura Nava, en su auto las sacó y transportó hasta Cañitas, donde tomaron el tren y desembarcaron en el Súchil y de ahí llegaron a Chalchihuites, donde permanecieron muchos días en casa de la *señora* Belem Quintanar, sobrina del *general*, y de allí se pasaron a Milpillas, donde las encontraron el *padre* Ornelas y defensores, y el *señor* Heraclio Pérez se encargó de ellas y las trajo hasta el Vallecito, a donde llegaron el 24 de noviembre; a ese lugar fueron mi mamá y mi tío *don* Pedro por ellas el día 25, día en que llegaron a casa con toda felicidad. Bendito sea mil veces Dios nuestro Señor y su santísima madre. Los enemigos no supieron más de ellas. En todas partes fueron muy bien tratadas por los católicos. En Fresnillo estuvieron en la casa de las *señoritas* Correa, hermanas del mártir. Mi mamá e Isaura fueron hasta el Tejuján y Capulín a agenciar su venida y mandaron por ellas a Fresnillo, pero ya habían salido. Así que volvieron a ésta trayendo a Mauricia Juárez el lunes 7 de noviembre.

DÉCIMA QUINTA EXPEDICIÓN

El viernes 21 de octubre salieron los defensores a distintas partes. El jefe de Pasillas fue hasta San Martín, donde se encontraba un ganado de pelo del líder Rigoberto Valdez y se lo trajo, volviendo a Huejuquilla el día 23.

Por el camino real y con número de 200 hombres salió el grueso de la columna y llegaron a su tiempo a Sombrerete, sorprendiendo al destacamento federal a las 8 a. m. Estuvieron combatiendo medio día con pérdida de un herido defensor y unos 10 o 12 muertos de los callistas. De regreso se escogieron 30 hombres para atacar por sorpresa a Fresnillo, pero en las cercanías de Abrego encontraron a Vargas con unos 150 hombres; ahí se poseccionaron [*sic*] los defensores pero el enemigo dio media vuelta al trote y entró a Abrego, los defensores los fueron siguiendo a distancia. De ahí se fue el callismo a Trujillo y los defensores se acamparon a orillas de la *hacienda*. Como el ir a Fresnillo de la manera que se había pensado era ya imposible, regresaron los defensores a Huejuquilla, a donde llegaron el día 30, fiesta de Cristo Rey.

El viernes 28 del mismo octubre, los defensores Andrés Pinedo, Miguel Salas y otros mataron en el Capulín a dos agraristas, que fueron allí molestando a las familias después de golpear bastante al acejotemero Doroteo Acosta, que regresaba de Valparaíso. En ese día allí estaban mi mamá, Isaura, [// 51/114] Guadalupe y Mauricia. Desde entonces ordenaron que se quitara ese rancho y así se hizo.

FIESTA DE NUESTRO SEÑOR CRISTO REY

Dos años son con éste que la iglesia universal celebra la festividad de nuestro señor Jesucristo Rey. Es mucho el entusiasmo que hay con esta festividad y en este año el señor cura en Huejuquilla exhortó a los fieles a celebrarla con toda solemnidad, dadas las circunstancias. Una mula tumbó al *señor* cura el martes 25 y lo dejó incapacitado por lo pronto para atender a los fieles que se preparaban a dicha fiesta. Supe y, como era mi deber, fui a verlo el viernes 28 y me quedé en Huejuquilla a ayudar a confesar. Fue bastante el confesionario; el *señor* cura así enfermo, aunque ya mejorado, confesó mucho y, con todo, el domingo, día de la fiesta, me levanté del confesionario a la 1 de la tarde, dando a esa hora la última comunión. Creemos que recibieron a nuestro Señor en ese día como unas *mil* personas. Hubo tres misas y por la tarde una hermosa pero dura procesión, pues de rodilla recorrieron el cuadro de la banqueta de la plaza. Iban delante los niños y niñas, después las catequistas, en seguida las demás señoras, después los defensores, como unos 150 que también comulgaron, siendo en su mayoría los de Valparaíso; y por fin los demás señores. Cantaron y rezaron, yo salí a dormir al Romerillo, acompañándome Anselmo Madera. Allí encontré a los defensores de Tenzompa. Otro día los confesé, así como también a otras personas, y celebré ahí, comulgando otros defensores de los que el día anterior comulgaron en Huejuquilla.²²

²² En *VVb* el párrafo anterior y el que sigue están cruzados con un gran tache.

DÉCIMA SEXTA EXPEDICIÓN

El martes 9 de noviembre salieron todos los defensores a una campaña al Cañón de Jerez, estando de acuerdo con los de El Gato y Laguna Grande. En dicho lugar se reunió un número de 350 hombres, con los que se hizo esta expedición. Lograron llegar a dos kilómetros de distancia de Jerez y pasaron por los ranchos de Marecito, Huejote, Jimulquillo, Los Morales, Cargadero y otros más. Tuvieron tres tiroteos con los agraristas, pues dicho Cañón está plagado de esa peste. En uno fueron heridos Andrés Regis y Jesús Acevedo, y de parte del enemigo se calculan en 24 los muertos en combate y fusilados, pues como en Jimulquillo sorprendieran a los agraristas y les sacaran una bandera de hombres y una de mujeres agraristas, con éstas iban engañando a todos diciendo que eran agraristas; así que muchos cayeron y lograron quitar algunas armas, parque, monturas, dinero y caballo. Trayendo los heridos, regresó una parte de la gente por Juana González, Saucedo, Viudas y La Peña, y el resto de la columna avanzó por San José, Trujillo, Abrego, San Andrés y demás hasta Huejuquilla, yendo los padres Montoya y Ornelas, quienes hicieron bastantes bautismos en los lugares que visitaron. De vuelta por Milpillas fue cuando trajeron a mis hermanas, que esperaban allí.²³

DÉCIMA SÉPTIMA EXPEDICIÓN. MEZQUITIC

La primera remesa de municiones que recibió este grupo libertador de la Liga de Defensa Religiosa de Zacatecas fue de seis mil cartuchos, con orden expresa de atacar a Valparaíso. Mas, atendiendo a que en orden anterior decían de la liga que se limpiara y se ensanchara la zona, se acordó emplear dichos elementos en atacar a los impíos apóstatas de Mezquitic. Así se hizo, yendo en número de 450 hombres el jueves 24 de noviembre; duró el combate 48 horas y se destruyó la mayor parte del pueblo. Por desgracia o permisión divina, no se pudo tomar la plaza, que quedó reducida tan sólo a las cuadras del derredor de la plaza.

Costó este ataque a los defensores siete muertos, entre ellos el jovencito José Alcalá, de 14 años y perteneciente a la cruzada y catecismo de Valparaíso, quien apenas llegó a Huejuquilla y allí murió el sábado 26. Murió también Juan Castañón, hermano del jefe Trinidad Castañón, recién levantado en armas, después de haber andado por la fuerza algún tiempo con los agraristas de Valparaíso. Los otros muertos fueron uno en el Huiztle, y de otras partes [// 52/114b]²⁴ que no sé. Entre los heridos están don Francisco Sánchez, de Peñitas; Andrés Pinedo, José Pinedo, Jesús Bazán, Manuel Hernández, Heraclio Castorena, de Valparaíso, y otros, pues fueron 15 los heridos. De los callistas no se dan cuenta los defensores más que de tres muertos.

²³ Escrito a mano 311-V. En *VVb* hay una nota también manuscrita: “viene de la página 311 del tomo V”, y al margen izquierdo en manuscrito: “tramposos callistas”.

²⁴ Esta hoja no se encontró en su lugar al momento del procesamiento de los documentos del padre Arroyo, por lo que, para no alterar la foliación que se le había asignado, se puso el mismo anterior con un bis.

Al regreso de Mezquitic se tuvo aviso de que los agraristas de Valparaíso tenían que recibir municiones y salió una columna volante que escoltó los caminos, pero sin resultado.²⁵

JUSTO ÁVILA

Este individuo revolucionó bastante tiempo en el estado, llegando a ser general. Como ya tenía mucho tiempo de pacífico, la liga acordó exhortarlo a que se levantara en armas a favor de la causa; se le hicieron muchas solicitudes, pero no pasó de ir aplazando. Hasta que al fin en estos días, después de la campaña de Jerez, se resolvió, tomando a su cargo la gente que traía provisionalmente *don* Vicente Viramontes y como principio de sus actividades salió a perseguir a los agraristas de Valparaíso, que, aprovechando el ataque de Mezquitic, el viernes 25 sacaban una partida de ganado del lado de Adjuntas. Les dio alcance, llevando 150 hombres, en El Terrero, donde los sorprendió y les quitó el ganado. El teniente, luego que tuvo la noticia en la población, ordenó a todos los agraristas que salieran a quitar la partida de ganado, yendo él delante. Alcanzó a Ávila en Santa Ana y allí tuvieron un combate en que con valentía se les echaron encima los defensores y mataron al teniente, a Abundio [espacio en blanco] y a otro, y los corrieron hasta la población, entrando Epigmenio Talamantes sin sombrero y revolcado y bastante asustados.

DÉCIMA OCTAVA EXPEDICIÓN

La liga ordenó que en Peña Blanca se estableciera un cuartel con 150 hombres para hostilizar más de cerca a los agraristas y al efecto salió la gente de Valparaíso en número de 80 y llegaron el día 11 de diciembre a La Peña.

A la misma hora llegó Vargas a Valparaíso con 500 hombres entre federales y agraristas de distintas partes; así que luego salieron a batir a los defensores, logrando éstos escaparse hasta la Escondida, donde se hicieron fuertes y resistieron al enemigo haciéndole retroceder cuando con empeño quería subir la cuesta y causándole tres muertos y cinco heridos. Los defensores tan sólo perdieron dos caballos y una montura; los caballos de intento los mataron para que no sirvieran al enemigo, pues estaban algo cansados pero podrían servir más adelante. Una fracción de federales dieron alcance a dos de los defensores, que avanzaban rumbo a la barranca, y éstos, haciendo frente, lograron recoger un fusil de 8 *milímetros*. Al día siguiente encontraron a un federal desertor y le recogieron un fusil de igual calibre y lo despeñaron.²⁶

²⁵ Los siguientes dos párrafos están cruzados con un gran tache en *VV*.

²⁶ Nota manuscrita: "(viene de la página 103)".

ASALTO A HUEJUQUILLA

Los defensores de Valparaíso llegaron a Huejuquilla el día 11 en la noche y avisaron lo que pasaba. El general ya había salido, pero el coronel se encontraba allí, quien no hizo gran caso de la nueva y se quedó durmiendo en la población. Invitó a los de Valparaíso a una expedición a Abrego, pero, como las remudas venían muy cansadas, no quisieron y lo dejaron allí. Permaneció en la población todo el día 12 y se quedó allí en la noche, y el 13 temprano le llegó Vargas de sorpresa, trabándose un urgido combate por salir los defensores que allí había, pero al fin murieron cuatro defensores y resultaron tres heridos y perdieron cinco armas. En cambio el enemigo perdió 28 hombres y algunos heridos y dejaron seis armas. Ya libres en la población, quemaron la tienda de don José del Refugio Jaime y robaron cuanto hallaron, como de costumbre. Hicieron cuarteles los templos y destruyeron la imagen de la Purísima Concepción.

LOS CALLISTAS EN LA HACIENDA DE SAN JUAN

El 14 de diciembre salió Vargas con su piara de bestias rumbo a La Mesa, donde quemaron los ranchos que encontraron, después de tirotear a algunos defensores que los iban toreando delante. Lo mismo hicieron en la Muralla y [// 53/115] en San Pedro, al bajar al arroyo que hay entre la Muralla y San Pedro, fueron tiroteados por otros pocos defensores. El 15 bajaron para la Hacienda de San Juan. A su paso por Las Marías encontraron en su casa, por no haber querido salir de ella, a pesar de la instancia de sus hijos Juan y Antonio, a don Juan Roldán (*que en paz descanse*) y allí lo mataron. Este señor fue unos 13 años administrador de la hacienda de San Juan. Al saber en la hacienda que se aproximaban los callistas, los defensores de allí salieron a encontrarlos a Calabazas, pero los encontraron antes de que pudieran recibirlos en dicho lugar, que se presta mucho para un ataque defensivo. Luego que los vieron les hicieron unos cuantos tiros y tuvieron que correr los defensores dispersándose. Así que llegaron los callistas a la hacienda a las 2 de la tarde y poco antes había salido el padre Aparicio. En la hacienda robaron cuanto quisieron y hallaron; hicieron cuartel en el templo, despedazaron la imagen de La Purísima y fusilaron en la plaza la imagen de San José. Dicen que se pusieron la túnica de nuestro padre Jesús y que anduvieron dando bendiciones, que predicaron y sabrá Dios cuántas cosas más. En la casa del padre desgarraron cuanto papel encontraron y destruyeron lo que hallaron, y dejaron muchos letreros obscenos. El viernes 16 quemaron a las nueve: el escritorio, la tienda, la fragua, el jato, las casas del administrador y dos empleados y otras dos más del Chicharrón, casi todos los jacales y, del Ramo, unas cuantas. Estaban en esta operación de destrucción, cuando se dieron cuenta que en la cuesta les gritaban los defensores. Andrés Regis, Trinidad Salazar y otros dos más estaban en San Juan Viejo cuando vieron que unos 20 callistas iban para ese rancho y luego les hicieron unas tres descargas, con lo que tuvieron para devolverse. En Los Tanques estaban los defensores de Valparaíso desde el 13, y el 15 por la tarde subieron al Romerillo y ahí recibieron el aviso de que los callistas estaban

	VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE.											
Yiva	000	000	000	000	000	000	000	000	000	000	0	Yiva
Cristero	000	000	000	000	000	000	000	000	000	000	000	el
Ray.	000	000	000	000	000	000	000	000	000	000	000	Papa.
	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	
	0	000	000	000	000	000	000	000	000	000	000	
	Por Dios.			Por la Patria.				Por la Libertad.				
Año II.	Número 65.							Octubre 20 de 1928.				

H I M N O perodia del NACIONAL, para el actual Movimiento Libertador.
(Cantado en Monte Escobedo en la fiesta del 29 de agosto retropróximo.)

C O R O
Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón;
Y retiemble en su centro la tierra
Al sonoro rugir del cañón.

LIBERTARIOS! al grito de guerra
Ensillad el caballo veloz,
Y siguiendo la sacra bandera
Alistaos en la Causa de Dios.
Antes, Patria, que inermes tus hijos
Ante Calles su cuello dobleguen,
Tus campañas con sangre se rieguen,
Sobre sangre se estampe tu pie.
Y tus templos, palacios y torres
Se derrumben con horrído estruendo;
Y sus ruinas existan diciendo:
De cristianos la Patria aquí fué.
Que la tierra se ponga roja
Con la sangre de esbirros también,
Y al caer un soldado en la lisa
Lo remplacen al punto otros cien.
Que en el monte, el collado y la sierra,
Do se extiende el azul infinito,
No se escucha más grito de guerra
Que al sublime de Cristo Señor.
Y aunque sangre no quede en las venas,
En el nombre de Dios Cristo Rey,
Juraremos romper las cadenas
De tan vil y despótica ley.
Que los antes humildes cristianos
Se transformen en bravos leones,
Y que brille al acero en sus manos
Tras la huella de nobles pendones.
Y si quiere el glorioso destino
Nuestras Huestes triunfantes llevar,
El pendón del simpár Constantino
En el atrio de Calles plantado.
¡Adelante! Marchad viento en popa
Tras el bello pendón tricolor;
Y que sienta vergüenza la Europa
Al mirar nuestro heroico valor.
Que del Bravo el lejano Sushiate
Repitiendo por ecos lejanos,
Sólo se oiga una voz de combate,
Guerra, guerra a los viles tiranos!

ESTROFAS:
Y si intentas manchar nuestro lema
Preponiendo una paz vergonzosa,
Preparad de antemano una fosa
Al primer emisario traidor.
Que las madres, doncellas y esposas
Contribuyan al triunfo también:
Adornando con cintas y rosas
Del soldado de Cristo la sien.
Que los toques marciales de guerra
Por doquiera se dejen oír,
Que se cubra de sangre la tierra;
¡Adelante! vencer o morir.
Cuántas veces el hierro homicida
Españamos por causa trivial,
Que mejor ocasión en la vida
Si morimos por Cristo inmortal!
¡Adelante! esforzados campeones,
Ya en oriente la aurora se ve,
Haced falta cien mil corazones
Rebosantes de amor y de fe.
¡Adelante! puñado de bravos,
Guerra, guerra, gritad por doquier,
Si hubo un tiempo en que fuimos esclavos
Ya jamás volveremos a ser.
Ya del triunfo la aurora se esboza,
De la lucha veremos el fin.
Gran amor al viril Gómez Leza
De los Altos primer adalid.
A su grande valor y constancia
Mucho debe la causa de Dios;
Sin alardes de vana arrogancia
Fué el primero que al campo marchó.
Que la Historia reseja piadosa
Tantos nombres nimbados de luz;
Que descansen en rústica fosa
Sin tener ni un laurel ni una cruz;
Para ellos las tiermas plegarias
Y el recuerdo perene de amor;
Más que llanto, laurel y guirnalda
Ofreced en su tumba.....ORACION.

J. M. VALDIVIA.

MUERTE HEROICA.— Como lo dijimos oportunamente, al valiente defensor, Subteniente del 1er. Escuad. del Regimiento "VALPARAISO", D. Pedro Muñoz, cayó en poder de los callistas el 27 de julio próximo pasado y fué fusilado hasta el domingo 2 de este mes en Trujillo. Se sabe que, al conducirlo al lugar del suplicio, le dieron dos balazos por la espalda y ya caído le dieron el tiro de gracia. Muñoz, estaba ya preparado para morir, por además de ser de una conducta ejemplar, como lo saben todos los que lo conocieron, sabía que no tenía más que morir. Así se lo declararon los mismos enemigos, disque por ser uno de los primeros que se levantaron en Peñitas, como así fué. Dicho Subteniente, por conducto de una persona que pudo entrevistarse en la prisión en Fresnillo, Zac., escribió a su sacerdote amigo suyo; y de esa carta copiamos las siguientes: "Como Ud. sabe, fué hecho prisionero en la Peña, de la Peña, esta) ve 8 días preso en Valparaíso, después fué conducido a esta (Fresnillo) donde como exigió por los componentes..... Gracias a Dios, he permanecido firme y tengo el propósito de ser leal a mi Religión y a mi patria; si por este suero..... Primero quiero que cambie mi fe. El objeto de dirigirla ésta, espera que sepa como me encuentro; y en primer lugar, para que en sus oraciones no deje de pedir por mí..... el suplicio de mis recuerdos a todos mis compañeros meros. Se despide, quiza para siempre, el último de sus hijos en Cristo."

IMAGEN 4. Periódico *Peoersnada*, 28 de octubre de 1928. ARA, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 55, expediente 79, carpeta 3, fol. 371.

en *San Juan*. En el Romerillo se unió el coronel Castañón, así que cuando el aviso ya estaba allí y él ordenó que se les fuera a atacar a la ceja de la cuesta de *San Juan*, a donde llegaron ya amanecido y desde allí les empezaron a gritar. Se disponen, pues, los callistas a salir y por largo rato se vieron formados en la plaza de la hacienda sin moverse; hasta que por fin se desprendió la avanzada y luego el grueso de la columna. Se dejaron ir con firmeza a subir y, cuando estuvieron a tiro, les empezaron a hacer fuego los defensores, pues los cogían muy bien. Cayeron los primeros y luego se volvieron, se tiraron a pie e hicieron varias luchas a subir y fueron rechazados, muriendo muchos, pues dicen los defensores que nunca habían visto caer tantos. Pero siendo los defensores tan sólo unos 40 y tantos sin llegar a 50 y no pudiendo tapar toda la cumbre, los federales se les subieron por la vereda de La Cochina y, una vez arriba, no hubo más que retirarse los defensores, queriéndoles hacer otra resistencia en el cañón de La Maroma, pero no pasaron por allí los callistas, sino que, después de levantar sus muertos y heridos, bajaron al río por el paso de Huazamota y allí enterraron algunos cadáveres y quemaron las casa[s] de los balseros. Siguieron al camino y por poco se encuentran con los mismos defensores que iban por el camino de Atotonilco para tomar el del Turbantillo, pero los vieron a tiempo y tan sólo el coronel Castañón, don Jesús Pinedo, don Aureliano Ramírez y otros cuatro subieron a la Mesa del Mezcal y, conducidos por otro defensor del Vallecito, conocedor del terreno, atacaron a los callistas después que quemaron el rancho del Turbantillo y los callistas, sin hacer fuego, no hacían más que correr; allí perdieron uno. Cerca del Vallecito se perdieron en La Mesa y por fin ya noche tomaron el camino real y en Los Arroyos fueron de nuevo tiroteados por tres o cuatro defensores, pero dos agraristas quemaron casi todas las casas que había en el camino. No se sabe las bajas que tuvieron en *San Juan* y en estos tiroteos, pues, además del muerto del Turbantillo, hubo tres heridos y en Los Arroyos hubo dos muertos y otros tres heridos. Llegaron de nuevo los callistas a Huejuquilla el mismo día 16 y estuvieron el 17 y se pasaron a *San Antonio*, de donde se fueron luego. Allí platicó Vargas que le faltaba a la columna la cantidad de 62 hombres; casi lo mismo dijo en El Potrero.

Pasaron a La Peña y, dejando a los agraristas del Valle, los federales fueron a Ciénega a visitar a don Justo Ávila, a quien quemaron la casa, pero en la noche les dio un asalto cogiéndoles dormidos en un toril y no se sabe cuántas bajas les haría. Se dice que salieron dispersos. A los agraristas de [// 54/116] Jerez, se dice que en el camino los atacó el jefe defensor Sabino Salas y que también les mató a algunos. De esto no tenemos noticias exactas.

Con esto terminan las actividades de este año de 1927.

PEOESNADA

Viendo la necesidad que en la región había, y aún hay, de prensa católica, tanto para defensores como para los demás católicos, me resolví a escribir una hojita semanal, haciéndolo con regularidad desde el mes de julio. Ha sido bien acogida por todos, gracias a nuestro Señor. Primeramente salió dicha hojita tres veces sin nombre, pero

después, instado por algunas personas, ya le puse el de *Peoresnada*, que me pareció muy adecuado; aunque algunas personas, por hacerme favor, querían que llevara otro nombre más atractivo, pero no cambié. Primero salían las tiradas de 10 hojitas, después de 15, después de 25 y ahora es la tirada de 60 semanales, distribuyéndose así: uno para el archivo, cuatro para los señores curas Correa, Ibarra, señores presbíteros Aparicio y clérigo Isaías Caldera; 20 para los defensores, encargándose de su distribución el teniente coronel Acevedo, 20 que tienen algunas personas como suscripciones fijas y el resto se distribuye sin destino fijo. Cuando a la cuarta hoja di nombre, envié un ejemplar a cada señor sacerdote pidiendo su aprobación y colaboración, lo que han hecho de buena gana. Hasta el 28 de diciembre de este año, van 25 números y se han repartido en la forma indicada 0.65 hojas en papel de china y todo a máquina. *Ad maiorem Dei gloriam.*²⁷

RESUMEN

De las operaciones de este grupo desde el 29 de agosto de 1926 hasta el 31 de diciembre de 1927. No están comprendidas las del pequeño grupo que opera por el lado de Chalchihuites, por no tener ningunos datos.

Principió el grupo con unos 50 hombres y actualmente cuenta con unos 500.

Ha tenido 19 expediciones a distintas partes de los estados de Zacatecas, Jalisco y Durango. (Hay la novena Bis.)

Ha sorprendido al enemigo armado dos veces.

Ha sido asaltado por el enemigo seis veces.

Ha sostenido 18 combates de importancia.

Ha tenido 15 tiroteos.

Ha perdido 45 hombres, muertos en combates.

Ha tenido 45 heridos, pero sólo uno ha quedado fuera de servicio.

Ha perdido 15 hombres prisioneros por el enemigo y que no han vuelto.

Ha causado 468 bajas al enemigo, entre federales y agraristas, de las que se ha podido dar cuenta, pues de tres combates de importancia no se han podido calcular las bajas ni siquiera con alguna aproximación. De las bajas dichas, consta que 116 hombres enemigos quedaron muertos en los campos de batalla y 54 heridos, entre ellos dos generales. El resto de los 468 está tomado en globo comprendiendo muertos y heridos y dispersos en los combates, asaltos y tiroteos. Los prisioneros, que han sido innumerables, no están comprendidos en el número dicho, pero todos ellos o casi todos fueron puestos en libertad.

²⁷ La máquina de escribir de *Peoresnada* y *VV* es la misma, lo que confirmaría que ésta fue elaborada con la intervención directa de Arroyo.

VIGÉSIMA EXPEDICIÓN²⁸

Toma de Mezquitic. De paso para los Altos, Jalisco, se encontraba en Totatiche el general *don* Enrique Goroztieta y a él se acercó el *padre* Montoya, quien le expuso las necesidades de la región, principalmente la de quitar a Mezquitic, que mucho estorbaba por estar en el centro de la zona de estos grupos. El *general* vio esta necesidad y autorizó al coronel Felipe Sánchez para que, en unión de la gente del Gato y el grupo del *general* Quintanar, hicieran la campaña a Mezquitic. Se recibió, pues, tal comunicación de El Gato pidiendo que se fijara el día, pues que ya ellos comunicaban a la gente o a los distintos grupos por el lado en que debían de atacar. Tocó al *general don* Justo Ávila, con 160 hombres, por las Bocas y Aguamilpa; al coronel Sánchez y a los de El Gato, [// 55/117] por las Cuestas del Maguey y La Mesa, con 150 hombres; a Quintanar, con 300 hombres, por el Cerro Colorado y El Huamúchil; y a Cordero, con la gente del río de Bolaños y *San* Sebastián, por Ocota.

Despachados los correos, llegó el 2 de enero, en que se avistaron las tropas al pueblo. El *general* Ávila, por conducto de Esteban de la Torre, padre de tres armados de Mezquitic, pidió al pueblo que entregaran 150 rifles con su respectivo parque; condición que, si se cumplía, nadie se acercaría ya al pueblo y se respetaría todo; o, de lo contrario, se avisara a las familias que se pusieran a salvo, pues no se pretendía molestarlas. Consintieron en ello, pero no volvió el *correro [sic]* que, tomado, siguió otro camino distinto al que llevaba la gente; así que se acercó el coronel Sánchez, quien dio alcance a unos 40 gobiernistas tiroteándolos hasta Nostic, pues evacuaron el pueblo y se posesionaron en Totuate. Reunida la gente en Noztic, se trazó el ataque a la hacienda y a las 3 p. m. comenzó el tiroteo, el cual fue corto, pues tras unas cuantas descargas se retiraron los callistas con todo y lo que tenían, a saber: familias, caballada, cargas, *etcétera*. En la Mesa del Coyote se dio alcance a Luz y Natividad de Robles y a otro individuo y allí murieron; muchos dejaron caballos ensillados y las armas, así que se recogieron como 100 caballos, 15 armas y 20 monturas. Una parte que bajó a Temoalla, con seis tiros que se les hicieron dejaron un atajo de caballos, incluso los que montaban, y dos mulas aparejadas.

Con esto y con el indulto que se les dio terminó la fiesta de los callistas, que siempre abusaron de la bondad de los defensores, pues los que se indultaron no entregaron las armas que debían ni el parque, como se vio cuando a mediados de enero pasó allí la Federación, salieron todos, indultados y no indultados, con sus buenos rifles y bastante parque y con todo y familias se fueron de Mezquitic.

Los defensores volvieron a Mezquitic, de hacer la persecución a los callistas que huían, el día 4 y allí se trató la toma de Valparaíso.

²⁸ El 22 de abril de 1963 (núm. 129, p. 130) se publica este fragmento en el *David*, con el mismo error de saltar la expedición 19. Aparentemente, Acevedo no se percató del salto, que hubiera identificado si hubiera cotejado *ACJM*. Se trata de otro indicio de que Acevedo se basó en *VV* para la publicación en su periódico.

AGENTE CALLISTA

El miércoles 3 llegó a Huejuquilla un militar llamado Alfredo Villarreal, que traía la comisión de tratar con el *general* Quintanar personalmente. Ya la liga había comunicado de Zacatecas que vendría dicho individuo. El *general* estaba en el ataque de Mezquitic, y Villarreal instó que lo llevaran allá. Algunos defensores estaban en la población y probablemente ellos, ya haya sido de por sí o por consejo, ofrecieron vino a Villarreal, quien ya tomado empezó a dar a conocer a lo que venía y hablaba ya de los sacerdotes y del movimiento; por lo que, una vez declarado, el defensor *don* Vicente Sánchez le quitó la vida a las 9 de la noche. Se le encontraron algunas comunicaciones con López, el jefe de las *operaciones militares* de Zacatecas. Regaló a *don* Vicente, en su borrachera, unos versos que allí escribió ofensivos al sacerdote y al movimiento.

EXPEDICIÓN 21

Ataque a Valparaíso. El 6 de enero lo pasaron los defensores en El Astillero, Tejuján y La Peña y otros ranchos a causa de las lluvias abundantes en esos días. La madrugada del día 7, habiendo cesado la lluvia, se dirigieron al cerrito de Atotonilco, donde se trazó el ataque que empezó al salir el sol. Para las 3 de la tarde el enemigo se redujo a los fortines del sur, a sola la plaza, y así pasaron la noche y otro día hasta las 12 del día, en que llegó Vargas en su auxilio. En la retirada cogieron dos prisioneros de los de Valparaíso: Pedro Bazán y Juan Rosales, que fusilaron; a dos del coronel Sánchez, y al enemigo se le hicieron 15 bajas, de las cuales nueve fueron muertos. Durante el ataque murieron cuatro defensores y uno que cogieron en *San* Miguel, *don* Sóstenes Carreón, del Vallecito; por parte del enemigo, en el ataque se pusieron fuera de combate 15 federales, entre ellos el teniente jefe del destacamento y siete agraristas muertos de los que se pudieron dar cuenta los defensores. Se recogieron siete armas, algunos cartuchos y como 10 caballos ensillados. Se incendiaron algunas casas de los callistas y entre ellas la botica del doctor Hernández que tanto molestó. De los agraristas muertos, cinco fueron hechos prisioneros o rendidos por la fuer- [// 56/118] za, pues no tenían salida. Estos fueron Francisco Betancourt, Francisco Bonilla, Artemio Ávila, Aurelio de la Torre e Ismael Trujillo. Todos se confesaron con el *padre* Montoya y luego fueron ajusticiados. Esto fue el 8 de enero.

Acción de gracias. En vista de tantos beneficios como nuestro Señor ha dispensado a los defensores, el *señor* cura Correa acordó que se celebrara una misa de acción de gracias a la que habían de asistir todos los defensores y aun se habían de confesar y comulgar. Arregló esto con el *general* Quintanar y con el coronel y fuimos invitados los sacerdotes al Pinito para ir a confesar a los defensores. Yo fui el 11 por la tarde y allí hallé al *señor* cura licenciado *don* José G. Martínez y al *señor* cura Ibarra, pero ese día no hubo mucho que hacer. Por la noche llegó el *señor* cura Correa y *don* Jesús Pinedo con otros tres defensores. El 12 de enero fue pues la misa. Por la mañana confesamos

a los pocos que lo hicieron, que a lo sumo fueron unos 50. Vinieron el *general*, el coronel y casi toda la oficialidad y numerosos defensores. La misa la celebró el *señor* cura Correa y yo les estuve explicando las ceremonias con algunas reflexiones adecuadas al caso. Después de misa nos desayunamos y nos despedimos.²⁹

Los callistas por 16a. vez. El 13 de enero llegaron los federales en número de 700 aproximadamente a la Hacienda de *San Antonio*. El 14, pues, salimos de las casas al monte para evitar un fracaso. Así que el 14 llegaron los callistas a Huejuquilla. El 15 bajaron a Los Arroyos y hasta el Vallecito y quemaron las casas con todo lo que encontraron. En Los Arroyos encontraron en su escondite a *don* Juan Ramírez, anciano de más de 60 años y lo fusilaron en la Puerta de Tepetates, y a *don* Pedro Ochoa, en su casa. Algunos de los defensores les hicieron unos tiros y esto sirvió para que ya no se extendieran a otras partes. Por la tarde volvieron a Huejuquilla y se fueron al oratorio o casa de Carmelita de Robles, donde se encontraban como refugiadas, porque siempre le habían guardado algunas consideraciones, las señoritas Ignacia y María Ramona Ibarra, Gregoria, Carolina, y Guadalupe Ibarra, hijas de *don* Melquiades, cuya casa está pegada a la de Carmelita; Margarita Victorio y las criadas de Carmelita: Concepción Ruiz e Hilaria Madera. Con Vargas venían en esta vez el coronel Mendoza y Jesús Ocampo, Apolonio González y Eliseo Robles de los callistas de Mezquitic. Dizque Carmelita y las señoritas eran monjas y por esta razón las sacaron de allí de un modo brutal. A Carmelita la lazaron y la estiraron hasta la calle cayendo por tierra, y fue necesario que las demás la levantaran; en seguida le echaron la soga al cuello y estirando la llevaron y a todas a pie hasta *San Antonio*. Doña Isabel Jaime, madre de las Ibarra, fue siguiendo a sus hijas. Ya se comprenderá la horrible situación de estas familias y de todo el pueblo. Al *Señor* Divino Preso le quitaron la túnica y la cabellera, cosas que se puso un soldado y así salió a la calle diciendo que adoraran a Cristo Rey. En *San Antonio* quemaron la imagen, hicieron el excusado en el sagrario y en la urna del *Señor* de las Injurias. Se fueron para Mezquitic llevando una parte de las prisioneras ya en burro, y al salir de Mezquitic quedó en el misterio Carmelita, quien de allí volvió el relicario en que se guardaba el Santísimo en su oratorio, y un anillito de Tiva González. Se ignora el lugar y circunstancias de su muerte. Fue la presidenta de la Unión Popular, señorita de bastante instrucción y educación social, moral y religiosa y de mucho valor para defender su religión, pues siempre que venía Vargas tenían largas polémicas y en esta vez se encaró con todos los que osaron decirle algo. Todas estas señoritas son Hijas de María. Estuvieron en Colotlán y allí quedaron libres Concha e Hilaria y las demás en Jerez, excepto María Ramona, que la dejó Mendoza para él. Apenas se puede creer lo que estoy escribiendo, pero es la realidad.

Otra parte de la Federación se fue por Valparaíso y, a su paso por El Astillero, quebraron todas las imágenes, quedando sólo el *Señor* de la Piedad. Todas eran grandes y con vestidos de lienzo y fueron ocho las que rompieron. Cuando venían, a su paso por Valparaíso, quebraron a la patrona, la Inmaculada, y des- [// 57/119] truyeron algo a las otras. De la Inmaculada quedó buena la cabeza, que hasta Los Tanques conmigo

²⁹ En *VVb* éste y el siguiente párrafo están cruzados con un gran tache.

vino a dar. Sé que en la Hacienda de la Purísima también quebraron la imagen y anduvieron bailando en ella y al fin la aventaron diciendo que estaba borracha.

¿Incendio de casas, aprehensión de señoritas y destrucción de imágenes con violación de templos y sagrarios y cosas sacras? He aquí el programa de acción del mal llamado gobierno callista, pero propio de la revolución hija de la masonería.

Evacuación de Valparaíso. No pudiendo sostenerse más los agraristas en Valparaíso y su gobierno imposibilitado para defenderlos, acordó que se salieran de dicho pueblo poniéndoles el plazo de ocho días, que se cumplieron el día 22 en que salieron los últimos. El día 23, pues, entró el jefe Pasillas con su gente a esa población en medio del entusiasmo, aunque con temor de los pacíficos por la vuelta de los callistas.

Primera misa. El sábado 28, a petición de los jefes y en medio de un gran entusiasmo por parte del pueblo y repiques, entró a Valparaíso el señor cura don J. Encarnación Cabral. El pueblo fiel tenía hambre aún de ver a un sacerdote, así que grande fue su regocijo al verlo allí. Estuvo un rato de la noche y por precaución salió a dormir fuera, volviendo al día siguiente domingo 29, y celebró el santo sacrificio en la calle principal, levantando el altar en la pared del mercado. Casó algunas parejas de novios e hizo algunos bautizos y se retiró a La Peña, donde celebró el lunes 30 y se fue a su residencia.³⁰

Visita del general Goroztieta. El lunes 30 de enero, invitado por el padre Montoya y acompañado del general Ávila y algunos soldados, llegó a Huejuquilla el general don Enrique Goroztieta. Su labor fue invitar, a nombre de la liga, al general Quintanar y a todo su grupo, a trabajar por la santa causa de la libertad, a lo que accedió el general Quintanar y luego procedió a la organización de los grupos dependientes de él. Extendió el nombramiento de jefe de operaciones en la zona a Quintanar y dispuso que se formaran cuatro regimientos, uno de Fresnillo al mando del coronel Castañón, otro de Valparaíso al mando del coronel don Aurelio Acevedo, otro de Chalchihuites al mando del coronel don Francisco Sánchez, y el de Huejuquilla. Cada regimiento constará de cuatro escuadrones, para lo cual extendió los respectivos nombramientos. Para Valparaíso nombró teniente coronel a don Jesús Pinedo y mayor a don José Pasillas. Todo quedó registrado en su libro. Permaneció en Huejuquilla el día 31 y a las 8 p. m. de ese mismo día salió para su región. Yo estuve a visitarlo por la tarde de ese día 31. Al señor cura Correa y a mí nos habló de la pavorosa situación del país diciendo que dos años del movimiento estuvieron tratando en México, 80 prominentes personajes de distintas profesiones, los problemas de la salvación de la patria. Siendo los principales: a) el agrario, que quedó teóricamente resuelto y archivada la documentación; b) el de justicia, encontrándolo difícil por falta de personal, pues que abogados competentes y católicos de moralidad intachable tan sólo encontraron siete en todo el país, debiendo de ser 21; c) el de la moralidad, siendo tan grande la disolución de costumbres en nuestro pueblo que ni los sacerdotes nos damos cuenta hasta dónde llega; siendo sus puntos principales: los niños por la pésima enseñanza laica, la desnudez de la mujer, el baile, el vino y la impureza como efecto de todo; d) el principio de autoridad com-

³⁰ En *VV*, margen y en letra manuscrita, *hasta aquí*. Probablemente también una nota destinada al tipógrafo o editor del *David*.

pletamente acabado, pues ya no hay hijos que respeten a sus padres; e) el clero, que también fue estudiado y en el que también hallaron cosas reprobables que nos indicó con brevedad en una diócesis. Nos dijo lo mucho que habían tenido que luchar contra las opiniones del Episcopado en algunos puntos, llegando al fin a entrar en acuerdos satisfactorios. Dijo que se había tratado con el Episcopado la necesidad de quitar la venerable imagen de nuestra madre y reina santa María de Guadalupe de su trono, para evitar el que los impíos la destruyeran. Proponiendo él esto como el único tesoro del país, pues allí está nuestra fe y nuestra patria, y que fuera del sagrado ayate y de la historia del *señor* cura Morelos no teníamos cosa digna de conservar. Con el *señor* cura Martínez discutí largamente con sana filosofía algunos puntos como la [// 58/120] culpabilidad que tenemos todos en nuestra desgracia, y que no teníamos que quejarnos ni de Estados Unidos ni de nuestros gobernantes ni de otra cosa, sino de nuestra falta de dignidad y de vergüenza, pues en tanto tiempo pudimos trabajar [y] no lo hicimos. Defendió a Estados Unidos asegurando que es un pueblo verdaderamente religioso y que camina ligeramente a ser católico; que es bastante culto y aseado, etcétera, contra lo que nosotros tenemos prejuicios para ellos.

Mi visita a Valparaíso. Careciendo como está esa parroquia de párroco, de acuerdo con algunos sacerdotes creí conveniente ir a hacer una visita, aunque demasiado corta por el peligro de caer en manos de los enemigos. El coronel Acevedo me preparó el día y modo, por lo que, de acuerdo con sus instrucciones, salí de Los Tanques el martes 7 de febrero acompañándome mi tío *don* Pedro Acevedo, Pedro Betancourt y Pedro Muñoz, que vino especialmente a esto: pernocté este día en Huejuquilla y el día 8 salí más adelante acompañándome también Jesús Acevedo, Sebastián Arroyo, Sebastián Bañuelos, Victoriano M., Miguel Salas, Jesús Caldera y otros tres. Llegamos al Rancho del Picacho y allí comimos. Por la noche confesé a la gente de allí y mucha del Potrero de Gallegos. Lo mismo por la mañana antes de misa. Les prediqué hablándoles del movimiento y de sus obligaciones respecto de la salvación de la patria. Comulgaron unas 120 personas, casé una pareja de novios, hice un bautismo y después de almorzar y acompañados de Aurelio, que vino allí, salimos pasando por Las Vegas, El Potrero y Cruces. Comimos en El Astillero y pasamos a Valparaíso, a donde llegamos a las 4 de la tarde. Al saber que yo llegaba, el mayor Pasillas dispuso salir a recibirme formando soldados en dos columnas y él acompañado de los capitanes *don* Antonio Pacheco y *don* Francisco de la Torre. Salieron un poco más acá del Gachupín a encontrarme sombrero en mano todos. Salió la gente como iba sabiendo, siendo la primera de las señoras que me saludó mi comadre *doña* Cristina Rivas. Repicaron las campanas, regaron agua, flores y perfumes y lágrimas de regocijo mi tránsito, queriendo todos saludarme hasta coger mi mano. Así que duramos bastante para llegar a la casa de *don* Manuel Minjárez, que fue donde me hospedé. Hubo gritos de ¡viva Cristo Rey!, y de una de las ventanas de la casa de Aurelio les hablé para darles las gracias y algunas palabras de consuelo, y los despedí. Después de merendar confesé hasta las 9 de la noche y luego salimos a dormir al Chilar. Por la mañana volvimos y ya llegué directamente al lugar de la misa, que fue también en el mercado, asistiendo más de mil personas con algunas pocas del rancho. Prediqué terminada la misa, hablándoles de la situación y

exhortándolos a la confianza de nuestro Señor y a ayudar al movimiento según nuestra obligación. Les bendije velas y otros objetos religiosos y pasé a desayunarme a la casa Rivas acompañándome el coronel Castañón, Regis, Aureliano, Pasillas, De la Torre y mi tío *don* Pedro. En seguida bendije allí un Niño Jesús para la Cruzada Eucarística de los niños y otras imágenes y pasé a la casa donde me hospedé e hice 21 bautizos, presenté dos parejas de novios, recibí diezmos y limosnas: recibí muchas visitas, yendo la escuela particular de *doña* Rebeca Pérez a saludarme y muchísimas personas más. A las 2 me fui a comer a la casa de las *señoras* Márquez, visité las tías de Gonzalo Ramírez por encargo de Lucita su hermana, hablé con mis acejotaemeros, hice un bautismo más, confesé pocas señoras más y salí, confesando cuatro enfermos en la calle de Morelos, y me despedí de Valparaíso a las 5 de la tarde, en que salimos a dormir en La Breña. Fue todo esto un sueño para aquel pueblo y para mí, pues no sólo ellos tenían deseos de verme, sino yo también lo ansiaba. ¡Gracias mil a nuestro Señor! El sábado 11 celebré en ese lugar, donde confesé unas 32 personas y después de almorzar salimos a comer a Rancho Viejo y llegamos felizmente a Huejuquilla a las 4 y media de la tarde, donde pernocté y el domingo 12 celebré en el curato a las 6 y media, y a las 11 salimos de allí; comimos en El Pinito y llegamos a Los Tanques a las cuatro de la tarde. [¡]Bendito sea Dios nuestro Señor!

EXPEDICIÓN 22

A raíz de la vuelta de los federales que se llevaron a las señoritas prisioneras, el coronel Castañón con algunos soldados salió para San Juan Peyotán y [// 59/121] Huazamota, donde estuvieron algunos días y luego regresaron sin novedad.

EXPEDICIÓN 23

El viernes 10 llegó el *general* Quintanar a Valparaíso y ya junto con el coronel Castañón y, habiéndose ido ya el jefe *don* Joaquín Anguiano delante pocos días antes, salieron de Valparaíso los defensores de Fresnillo y Huejuquilla rumbo a Río Grande y levantar una gente que ya estaba preparada. Salieron el sábado 11. Muchos días no tuvimos noticias de ellos y sólo hasta el domingo 19 en que empezaron a llegar; dicen que entraron a dicho lugar y que saque[a]ron la tienda del jefe de los agrarista[s], trayendo mucha ropa, pero cerca de Abrego fueron alcanzados por los callistas y allí abandonaron mucho de lo que traían.

ASALTO A VALPARAÍSO

El coronel Castañón se vino por Valparaíso, llegando a allí el día 19. Ya los defensores estaban fuera de la población, pues el viernes anterior llegó la Federación y, como no

los encontrara, se retiraron falsamente, pues ya conocen que los defensores son muy confiados. El mayor Pasillas estaba en La Peña y ya había ordenado que nadie fuera a Valparaíso, y únicamente envió una escolta a mando del capitán Antonio Pacheco por ser domingo y con el fin de evitar algún desorden; mas al saber Pasillas que el coronel Castañón estaba allí, en cierta manera se vio obligado a ir a verlo. Se llegó la hora de comer y Castañón y el jefe de Río Grande estaban en una de las casas céntricas comiendo y todos los demás muy despreocupados como están siempre. El vigía dio aviso de que asomaba el enemigo, pero como de pronto nadie llegó, creyeron que se lo había afigurado. Así que, cuando más descuidados estaban, como a las 2 de la tarde entró la Federación hasta con ellos, muchos salieron bien, otros rompieron el sitio, pues hasta en el cuartel los tenía ya. El mayor Pasillas y otro salieron rumbo al ranchito de Los Reyes y hasta allá los siguieron, pero el que en más apuros se vio fue Castañón, quien en compañía del jefe de Río Grande salió a pie, porque el asistente o asistentes, luego que no hallaron modo de llevarles las remudas, salieron con ellas; salieron por el callejón del Diablo pasando el río con todo y todo y siguiendo el arenal, que es demasiado pesado andando hacia atrás y combatiendo con las pistolas contra 14 que los seguían. Al jefe de Río Grande pronto lo balearon de un brazo y ya no hizo más que seguir a Castañón y al subir a la Cruz de los Centenarios se separaron para no volverse a juntar, pues murió dicho jefe y Castañón siguió hacia arriba dejando más adelante el sombrero, hasta que al fin lo dejaron y muy tarde o más bien en la noche llegó de mala traza a Peñitas, donde ya halló compañeros que lo atendieron. Con el jefe de Río Grande fueron siete los que murieron juntamente con el pacífico *don* Tiburcio Ruiz.

ATAQUE A VALPARAÍSO

Los callistas siguieron en Valparaíso perjudicando demasiado a aquellas pobres gentes que tanto ha[n] sufrido hace años. Robaron, quemaron, abusaron de familias, así que muchas tuvieron que huir, dejando solas sus casas para que mejor las robaran. Los defensores se reunieron y el martes 6 se acercaron a la población, los changos salieron a pie y combatieron toda la tarde hasta la noche, ayudando a este ataque los jefes Florencio Estrada, de Huazamota, y [Porfirio] Mayorquín, que opera en Durango, encontrándose por acá por haber subido a la sierra los callistas y posesionándose de Jesús María, Huazamota y *San* Juan Peyotán. En este ataque a Valparaíso murió Pedro García y sacaron herido y muerto después [a] Antonio Ávalos, ambos del *Regimiento* “Valparaíso”. El miércoles 7 estaban los defensores en La Peña después de haber ido a las orillas de Valparaíso a visitar a los changos, estando ya allí López con bastante gente cuando avistaron ya cerca de dicha hacienda, providencialmente, que unos estaban en lugar de mucha vista, los vieron venir y luego ellos corrieron a mover la gente. El mayor Pasillas me comunicó así: “siguiéndonos el enemigo de La Peña [// 60/122] al Salto, hubimos de salir sin novedad, unos rumbo a La Florida y otros a la Mesa de Rabones y los últimos a la Palma y Cruces. Se volvieron los changos y en su regreso a Pilas encontraron a siete muchachos que habían venido con el pretexto de ver qué se hallaban... De éstos murieron Andrés Pinedo y Filemón Chaires: hicieron su salida

rumbo al rancho de los Estrada, antes de llegar les dieron alcance, los degollaron, no sé si muertos o vivos, porque no los hallé hasta los dos días; encontré sus cuerpos y los sepultamos frente a la peña donde está la santa cruz y sus cabezas se las llevaron los viejos a Valparaíso y las sepultaron los pacíficos. Nos dicen que nos mataron otro compañero en el Rancho del Salto y se lo llevaron y colgaron en Valparaíso; de esto no nos damos cuenta quién sea ni de dónde, pero no sabemos porque ellos lo llevaron a caballo, quién sabe si más bien sería de ellos”. Hasta aquí el informe del mayor.

El capitán Antonio Pacheco salió herido, aunque no de gravedad.

El jueves 8 se fueron los callistas de Valparaíso, unos rumbo a Laguna Grande y otros a Fresnillo.

ORGANIZACIÓN CIVIL

De acuerdo con las instrucciones dadas por el *señor general* Goroztieta, los *señores don* Vicente Viramontes y el coronel Aurelio R. Acevedo se han dedicado con empeño en estos días a establecer las autoridades provisionales en la zona, encontrando muchas dificultades para hacerlo, pero al fin han hecho mucho. En la documentación³¹ se encuentra una circular dada por el segundo, donde se verá el hermoso y consolador programa de reorganización social que se pretende, ayudados de la gracia de Dios.

Respetuoso ocurso al venerable Episcopado Mexicano. El *señor cura don* Pedro Correa leyó con sumo cuidado e interés un opúsculo *Firmes*, publicado en Francia en 1889 y escrito por un sacerdote que no sabemos por faltarle al opúsculo las primeras y las últimas fojas, pero que, escribiendo para su patria, encontramos mucha analogía con nuestras circunstancias actuales; por lo que, notando que nuestros obispos no se han enfrentado al enemigo ni ayudado pecuniariamente, nos resolvimos a hacer un memorial al Episcopado, como puede verse el documento.³² Este memorial y el opúsculo escrito en máquina, los enviamos con unas familias que se fueron para Estados Unidos. Se envió uno al Comité Episcopal, otro al *señor* arzobispo de Durango a Roma y otro al Sub-Comité Episcopal a México. Después invitamos a los sacerdotes que pudimos, tanto de la diócesis como de las vecinas.

EXPEDICIÓN 24

El miércoles 21 de marzo salieron de Huejuquilla los defensores comandados por el coronel Castañón y en número aproximadamente de 300 a Fresnillo, pero, teniendo noticia de que todas las plazas de ese rumbo estaban muy bien guarnecidas y ellos escasos de parque, cambiaron el lugar de la campaña y partieron rumbo a Muleros, la cual plaza atacaron el martes 27 y, estando defendida por una defensa social con el fin de defenderse de los agraristas, según dicen, pero obligados por los católicos, rompieron

³¹ Véase nota 5.

³² *Idem.*

el fuego y los defensores católicos sólo pudieron resistir dos horas y luego se retiraron. De los soldados del Regimiento “Valparaíso” murieron Domingo Ramírez y Miguel Rodríguez. El día siguiente se vinieron rumbo a San José de Gracia, Chalchihuites, a pesar de que les avisaron varias personas que los callistas los esperaban en un lugar estratégico. Sucedió pues que fueron atacados con tan buen tino por parte del enemigo, que apenas salieron muchos a pie; fue hecho prisionero el coronel Castañón en compañía de otros 13; murieron como 11, dejaron como 50 caballos, algunos ensillados, y como 25 carabinas. A Castañón ya herido se lo llevaron a Chalchihuites y después para Zacatecas, así como a los demás.

DOMINGO DE RAMOS

El sábado 31 de marzo, invitado por el coronel Aurelio R. Acevedo, fui al Picacho a confesar [a la] tropa, lo que hice ese día por la tarde y dormí en es[e] lugar. [// 61/123]

Al día siguiente celebré la misa de tropa en La Vega, comulgando 73 soldados y jefes y oficiales. En seguida celebré la misa para el pueblo y dejé el sagrado depósito para seguir confesando después de desayunarme lo que [en] realidad hice; vinieron gentes del Potrero de Gallegos y hube de confesar como 100 personas. Como luego de que acabé tuve noticia de lo acaecido en *San José de Gracia*, nos pareció conveniente no permanecer ya más en aquel lugar por no saber cómo se pondrían las cosas y encomendando el sagrado depósito a la *señora* Luz Rivas, de conocida piedad y conocimientos, nos volvimos para Huejuquilla el mismo Domingo de Ramos por la Piedra Herrada y Margarita; y como las escoltas salieran y nos vieran en la noche sin investigar quiénes éramos, dieron el aviso al pueblo y causando una fuerte alarma haciendo huir a los *señores* curas y a muchas personas más. Cenamos allí y luego salimos abandonando a Huejuquilla.

SE NOMBRA AL CORONEL SUSTITUTO DE CASTAÑÓN

El martes 10 de abril se reunieron en Huejuquilla casi todos los defensores en número aproximado de 500 y asistieron a una misa que se celebró pidiendo por el coronel Castañón y compañeros y en seguida nombraron coronel sustituto al *señor don* Reinaldo Cárdenas, muy apreciado por todos los soldados, y teniente coronel al *señor don* Aurelio Ramírez.

NUEVOS PRIVILEGIOS DE LA SANTA SEDE PARA MÉXICO

Son verdaderamente extraordinarios los nuevos privilegios que nos ha concedido desde diciembre retropróximo el santo padre, los cuales pueden verse en el documento.³³

³³ Véase nota 5.

SE NOMBRA GOBERNADOR PROVISIONAL DE ZACATECAS

El lunes 2 de abril recibió el coronel Aurelio R. Acevedo el nombramiento, [de] la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, como gobernador provisional del estado de Zacatecas con residencia por ahora en Huejuquilla, que se declara capital provisional del estado. Dicho coronel no está conforme con el nombramiento, pues cree un deber renunciar, pues no puede desempeñar dicho cargo por falta de conocimiento. Renunció ya y ya se dirá si le fue admitida su renuncia.

VUELVEN LOS AGRARISTAS A VALPARAÍSO

Con la prisión de Castañón creyeron los agraristas que este grupo quedaba completamente imposibilitado; por lo mismo, dieron nuevos pasos a arreglar la amnistía de todos los que ellos llaman rebeldes, publicando en la prensa que Quintanar, Felipe Sánchez y Gutiérrez pedían el indulto y lo hacían por medio del *licenciado* Lauro G. Caloca, quien se dirigió, según la prensa, a Calles, y éste contestó favorablemente, y luego comunican a los jefes defensores la concesión del indulto. En Chalchihuites el jefe del destacamento publica un manifiesto dando todo el mes de abril para que se presenten a entregar las armas.³⁴ Vargas publica otro fechado el 10 de abril e igualmente da de plazo hasta el 9 de mayo.³⁵ En estos manifiestos se ve que a todo acceden, menos a que los sacerdotes vuelvan al ejercicio del ministerio sin acatar sus impías leyes. Los agraristas de Valparaíso y los callistas de Mezquitic también creen poder volver a sus pueblos sin peligro y, al efecto, se tuvo noticia de que los de Mezquitic se volvieron a Jerez. Mas los de Valparaíso, acompañados de 180 changos de Vargas, llegaron a esa población el 17 y 18. Los changos recorrieron algunas rancherías robando lo que encontraban y quemando los pastos y mandando correo al *general* Quintanar para indulto y repartiendo las hojas del manifiesto de Vargas y luego se volvieron a Fresnillo. El gozo de los agraristas se volvió zozobra, pues los defensores del Regimiento “Valparaíso” no los han dejado en paz, así que algunos de los 30 que vinieron al mando de Encarnación Salas, que se dice presidente municipal, se han ido huidos.

En la primera quincena de mayo formaron los defensores un plan para coger a Salas, pero la Providencia aun no quiso ponerlo en sus manos y sí llevó buen susto que hasta tiró el sombrero y la pistola y se escapó de perecer. [// 62/124]

El manifiesto de Vargas fue contestado por el coronel Acevedo y por el *capitán* 1.º Gonzalo Ramírez.³⁶

³⁴ Véase nota 5.

³⁵ *Idem.*

³⁶ Véase nota 5.

VISITA DEL SEÑOR CORREA A SAN ANDRÉS DEL TEÚL

Los defensores de *San Andrés* y ese lado suplicaron tanto al *general* Quintanar como al *señor* cura Correa una visita de algún sacerdote, pues estaban muy necesitados. Tomando en cuenta eso, el peligro de que algunos defensores dieran crédito a las ofertas de la amnistía callista, el *señor* cura Correa se resolvió a ir personalmente, lo cual hizo saliendo de aquí el 22 de abril y volviendo el 4 de mayo, habiendo trabajado bastante, pues las comuniones ascendieron a 1 578, los matrimonios a 25 y los bautismos a 125.

EXPEDICIÓN 25

Invitados por el mayor Florencio Estrada, de Huazamota, hicieron esta expedición libertadores del *Regimiento* “Castañón”. En número de 210 salieron el miércoles 2 de mayo. He aquí el parte que rindió a su vuelta el jefe de la columna, el teniente coronel Aureliano Ramírez al *general* Quintanar:

«En el trayecto de *San Juan Capistrano* a *Brasiles* no hubo novedad; poco antes de llegar al mencionado *Brasiles* se capturó un correo que llevaba una carta firmada por Tiburcio Muñoz para la señora Venancia Navarrete en la que le decía se sirviera mandarle el rifle y avisar a Gregorio de la Paz, Arnulfo Ávila y demás compañeros residentes en Calítique y Cofradía, que se reconcentraran lo más pronto posible porque estaban esperando el ataque por momentos, que habían tenido ya tres correos que iban a ser atacados.

La noche del día 5 pernoctamos en *Brasiles*, habiendo puesto la emboscada como se tenía acordado; no habiendo tenido ningún incidente digno de mención. El día 6 a las 5:30 a. m. salimos de *Brasiles* con rumbo a *Huazamota* y a las 8 a. m. se empezó el ataque, habiendo dividido la gente en cuatro fracciones para mejor éxito del mismo. A las 11 a. m., después de reñido combate, abandonaron el fortín los Muñoz; acompañados de 15 hombres rompieron el sitio por el lado poniente, habiéndoseles hecho un fuego nutrido y en cuya fuga se les hicieron tres bajas; al mismo tiempo se tomó el fortín de la torre a sangre y fuego, en donde fueron tomados siete prisioneros con armas y municiones.

A las 12 m. se rindieron dos fortines restantes, habiendo tomado 18 prisioneros con armas y municiones. En resumen, se les hicieron 17 bajas y 25 prisioneros y se les recogieron 30 armas de distintos calibres con dotación de parque. Por nuestra parte tenemos que lamentar un muerto y siete heridos no de gravedad, entre los cuales fueron el teniente coronel Aureliano Ramírez y el mayor Guadalupe Hernández».

Hasta aquí el parte. Después se confirmaron los datos y resultó que fueron 17 muertos el total y 24 prisioneros, de los cuales trajeron 10 a *San Juan*, quienes después de fotografiados y vistos por el *general*, los puso en libertad.

NUEVA CAPILLA

Con dificultades muchas, atendidas las circunstancias por que atravesamos, los vecinos del rancho de Santa Teresa y ranchos cercanos levantaron una capillita que tiene 8 metros de largo, 4 de ancho y 3 1/2 de alto. Se principió el 6 de marzo trabajando un maestro y dos peones y se terminó el 18 de mayo, habiendo venido el maestro *don* Narciso Escobedo a hacer el altar. Lo demás lo hizo *don* Pedro Mejía. El 18 de mayo, pues, vino el *señor* cura *don* Pedro Correa a hacer la bendición, estando presente el *señor* presbítero *don* Rafael Correa. Vinieron algunas personas de San Juan, Huejuquilla y rancherías vecinas. Durante la misa se cantaron algunos motetes. Se hizo a los invitados un regular banquete al que asistió el presbítero *don* J. Jesús Villarreal, quien llegó como a las 10 a. m. Después de [la] comida se fue el *señor* cura Correa y casi todos los invitados. El *padre* Villarreal predicó en el rosario. Bendito sea nuestro *Señor*.

JUNTA REGIONAL DE AUTORIDADES ADMINISTRATIVAS Y JUDICIALES

A moción del *señor* coronel Acevedo, el *señor* coronel *don* Vicente Viramontes organizó esta junta para orientar a las autoridades y arreglar muchas dificultades habidas entre estas autoridades y las militares. Al efecto fuimos [// 63/125] invitados algunos sacerdotes que nos reuníamos en Mezquitic el 21 de mayo. Apenas llegados por la tarde, tuvimos aviso de que los changos estaban en la Laguna Grande y que ya iban de Adjuntas. Estas noticias desorientaron un poco y nos vimos en peligro de que se disolviera la junta. Mas, gracias a la intercesión siempre poderosa de María Auxiliadora, en cuyo novenario nos encontrábamos, con alguna zozobra salimos a dormir fuera de Mezquitic, lugar de reunión y de la junta, y por la mañana del 22 volvimos y, después de celebrar la santa misa y desayuno, se dio principio a los trabajos. De ellos nada digo aquí por estar bastante bien circunstanciados en la documentación de la junta.

EXPEDICIÓN 26

Quedando pendiente la campaña en el Cañón de Jesús María, Nayarit, por haber salido herido el *teniente* coronel Ramírez, se organizó una nueva expedición que salió el miércoles 16 de San Juan de Capistrano con menos gente que en la anterior. He aquí el parte que con fecha 23 de mayo rinde el *teniente coronel* Ramírez al coronel Cárdenas:

«Hónrome en comunicar a *usted* el resultado de la expedición contra los callistas posesionados de San Juan Peyotán, según datos que me proporciona el mayor *don* Pilar Ibarra y algunos oficiales de los que tomaron parte en dicha expedición. De acuerdo con las órdenes que se dieron por esa superioridad, el día 16 del presente salió la columna a campaña, habiéndose nombrado un servicio de exploración que a su paso por el pueblo de Huazamota logró la captura de un espía del enemigo, que fue pasado

por las armas inmediatamente. La columna siguió sin novedad hasta el punto llamado Máipira, a donde llegó el día 19 tiroteando a una avanzada callista compuesta de 10 individuos que huyeron luego. El día 20 del mismo a las 8 de la mañana se sintió al enemigo, que en número de 40 defendía a *San Juan Peyotán*. El resto había huido. Por indicaciones del mayor *don* Florencio Estrada, conocedor del terreno, se retardó el ataque hasta la 1 de la tarde. A las 2 y media se tomó el primer fortín, en donde se hizo un prisionero; poco después abandonaron la siguiente posición los callistas, replegándose para la iglesia. A las 4 de la tarde se tomó el tercer fortín, en donde se hicieron cuatro prisioneros. El resto murieron o se replegaron a la torre. En total se le hicieron al enemigo cinco armas largas dotadas con unos 400 cartuchos. Se quitaron también a los callistas algunas reses y 35 bestias de silla. A las 7 de la tarde se suspendió el ataque y se abandonaron las posiciones tomadas por haberse tenido informes de la próxima llegada de fuerzas de las llamadas federales. Los defensores del pueblo eran en su mayoría soldados pertenecientes al 59 batallón. Los vecinos armados se encontraban en su mayoría huyendo por los montes cercanos. El día 21 se inició la marcha de regreso, habiendo llegado hoy parte de las fuerzas expedicionarias, y esperando la llegada del resto durante el día de mañana, trayendo las reses tomadas. Así terminó la campaña emprendida sobre el Cañón de Jesús María, *Nayarit*. En dicha acción colaboraron con nosotros fuerzas pertenecientes al Regimiento “Valparaíso”, a las órdenes del mayor *don* José Pasillas».

ENTREVISTA

El jueves 31 de mayo salieron para Jacalitos, *Durango*, en representación del *general* Quintanar por estar enfermo, el *señor* cura Correa, los coroneles Aurelio Acevedo y Reinaldo Cárdenas y otros jefes, oficiales y soldados a conferenciar con un delegado por el *general* Luis Anaya y otros jefes que operan en los estados de *Durango*, *Nayarit* y *Sinaloa*. Volvieron el 11 de junio.

ATAQUE A VALPARAÍSO³⁷

El sábado 2 de junio los defensores del Regimiento “Valparaíso”, al mando del *teniente coronel don* Jesús Pinedo y en número de 220, a las 6 de la mañana atacaron dicha plaza ocupada por los agraristas caciques. Según informe de dicho jefe, trabajaron desde la casa Rivas, la Chicharronera, hasta la iglesia pa- [// 64/126] rroquial, de donde los sacaron sólo con el humo de chile quemado y pedradas que les aventaban por las ventanillas sur. Cuando los agraristas abrieron el sitio para salir, murieron Refugio Escamilla, Daniel Muñoz, Eulogio López y [en blanco] Argomaniz. Se les recogieron 10 caballos ensillados con todo y cobijas y sombreros, 11 rifles de 18 *milímetros*, dos de

³⁷ Hay una sección titulada igual en el folio 59/121.

17 y 1/2, uno de 30-30 y una pistola, y como 300 cartuchos de distintos calibres. Por parte de los defensores hubo dos heridos: Ismael Pasillas y Gregorio Herrera.

SOLEMNE PROCESIÓN DE CORPUS CHRISTI

El jueves 7 de junio, con una solemnidad nunca vista en Huejuquilla, se celebró la fiesta del *Corpus*, resaltando en la *procesión*. Se calcula que asistieron como tres mil personas. El organizador fue el *señor* cura de Acaponeta, *don* Alfredo Rouse; llevó el Santísimo en la custodia y en silla gestatoria el *señor* Ibarra y lo acompañaron los *padres don* Jesús Villarreal y *don* Rafael Correa. Asistieron las autoridades católicas: civiles y militares y las asociaciones eucarísticas con sus respectivos estandartes y distintivos y un grupo como de 100 soldados libertadores armados. *Peoresnada* da esta reseña en los números correspondientes al 13 y 20 del mismo mes de junio. ¡Bendito sea nuestro Señor!

LLEGAN CALLISTAS A VALPARAÍSO

El sábado 9 de junio iba yo para Valparaíso pero me volví porque recibimos aviso de que había peligro, pues el viernes 8 llegaron los changos a ese lugar. Al pasar por la *Hacienda* de *San* Miguel estaban sepultando el cadáver del defensor Fernando Rodríguez, muerto de pulmonía al volver de la campaña de *San* Juan Peyotán, y entre la gente que estaba en el camposanto se encontraban los defensores Ricardo Hernández, Antonio Chaires y Simón Magallanes, quienes tuvieron que hacer fuego para romper el sitio, pues se los tenían como 259 callistas al mando de Vargas. Los dos primeros murieron en el combate y al acejotaemero Simón lo cogieron vivo. Dicen que lo estuvieron obligando a que dijera que viviera Calles pero él, con una energía propia de los escogidos por Dios, dicen que contestó: “viva Dios, que es quien me ha dado todo y no Calles! ¡Viva Cristo Rey!”. Con esta valentía y animado con tan hermoso grito, murió gloriosamente. Este joven es el primero de la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana* de Valparaíso que muere gloriosamente después del *señor* cura *don* Mateo Correa. ¡Bendito sea nuestro Señor! Lo mataron decapitándolo vivo.

TIROTEO

Algunos defensores tirotearon a los changos cerca de la Palma y parece que hicieron cuatro bajas al enemigo; esto fue el domingo 10 de junio.

CARRERA

El callista López con sus 300 colorados dio una fuerte carrera al *teniente coronel* Pinedo con algunos de los defensores de su regimiento. Se vio bastante apurado para salvar a la gente, pero, al fin, nuestro Señor les ayudó y se salvaron casi todos, pues únicamente mataron a Ángel Ramírez y cogieron vivos a Hermenegildo Vargas y Cenobio Graciano, a quienes dieron muerte luego. Salieron heridos Santos Ramírez y Antonio García. Parece que murieron seis colorados. La carrera fue desde el Cerro Prieto hasta *San Jerónimo*.

LOS CALLISTAS EN SANTA TERESA Y SAN JUAN

El sábado 23 de junio entre 10 y 11 a. m., llegaron los callistas en número de unos 250 al mando de Vargas al rancho de Santa Teresa. Nosotros nos habíamos salido desde el jueves. Permanecieron todo el día y la noche sacando cuanto había oculto en los montes. En la tarde tuvieron ligero tiroteo en el río, en el paso de La Trinidad. El domingo 24 quemaron la capilla y todas las casas para irse a la *Hacienda de San Juan*. En la capilla se quemó el armonio, mesas, bancos, candeleros y composturas. Del monte sacaron la caja de las coronas de las imágenes de Valparaíso y las quemaron. [// 65/127]

Salieron para *San Juan* y en el paso del río tuvieron otro combate con unos 16 defensores, a quienes pronto quitaron de sus posiciones y los siguieron, a unos hasta cerca del Arroyo de Santiago, por el lado de Las Moras, y en la Mesa de las Carreras alcanzaron al acejotaemero Heraclio Castorena de 16 años de edad, quien en una bolsa cruzada al pecho llevaba la bandera del Regimiento “Valparaíso”, y allí lo mataron. Hasta los cinco días se encontró su cadáver, que fue imposible sepultar. ¡Glorioso niño que murió por Cristo!

Peoresnada, en el número correspondiente al 4 de julio, habla sobre este niño, el segundo acejotaemero de Valparaíso que murió gloriosamente. A otros defensores los siguieron hasta la Mesa de Palos Colorados, abajo de la presa de arriba. Cogieron a un tío de Andrés Regis y lo mataron luego; él murió diciendo “¡viva Cristo Rey!”. Cogieron a la esposa del administrador, Beatriz de la Torre de Arellano, a quien [no] dieron libre hasta el 29, cerca del Potrero. Cogieron las cargas de lo que al administrador y otros llevaban a esconder y todo lo robaban antes de bajar a Santa Teresa. Allí perdió el *señor* Ibarra todo y encontraron el archivo del movimiento.

Esta fue la 17.^a vez que vienen a Huejuquilla los callistas.

COMBATE EN HUEJUQUILLA. 18.^a VEZ QUE VIENEN LOS CALLISTAS

El martes 17 de julio llegaron los callistas en número de unos 150, al mando del mayor José Rodríguez, cerca de la *Hacienda de San Antonio*. Estando en esta región el *general don* Porfirio Mayorquín y los jefes *don* Pablo Rangel, *don* Federico Vázquez, *don* Florencio Estrada y otros, se organizó la gente y se resolvieron a hacer frente a los

callistas. Se posesionaron al sur de Huejuquilla en las cercas que hay cerca del camino de *San Antonio* que entra a la calle principal de Huejuquilla. El defensor *don Pío Ruiz*, con unos, fue a explorar a *San Antonio* y cuando se dio cuenta ya se le habían echado encima en el callejón donde está la cruz de cantera al subir de la hacienda. Los otros defensores pudieron retirarse y él hizo fuego hasta que ya no pudo, matando a cinco callistas; lo cogieron aún vivo y murió diciendo: “¡viva Cristo Rey!”. Siguieron adelante los callistas y fueron recibidos por los posesionados; pero nuestro Señor no quiso que las cosas salieran como se tenían acordadas y una orden de un jefe, a la hora del combate, se interpretó mal, creyendo que ordenaba la retirada, la hicieron todos hasta cerca del Cerro Blanco. Murieron los defensores *don Jesús Martínez* y uno de Durango.³⁸ De los callistas murió el capitán *Martínez* y nueve más. En el camino de *San Antonio* al Potrero, el domingo 22, murieron otros cuatro de los que estaban heridos. El combate en Huejuquilla fue el jueves 19.

Estando los changos el lunes 23 acampados cerca del Potrero, fueron sorprendidos por un puñado de defensores y allí murieron otros dos; así que tuvieron 21 muertos y llevaron el mismo día para Valparaíso 15 heridos.

Después de la sorpresa que les dieron los defensores, se desquitaron con 11 defensores de Huejuquilla que imprudentemente pretendieron bajar por La Escondida atraídos por el tiroteo que habían oído y los changos, que bien los observaban, los quisieron coger a todos, logrando sólo coger a Francisco Ramírez y a Feliz Madera, a quienes luego mataron y les cortaron la cara.³⁹

APREHENSIÓN DEL TENIENTE MUÑOZ

El viernes 27 iba el *teniente coronel* Pinedo con unos siete hombres de Cruces para con Trinidad Castañón y, al pasar por el puerto de *San Martín*, fueron sorprendidos por los changos, quienes se les echaron encima, logrando salir todos excepto el teniente Pedro Muñoz, a quien cogieron, se lo llevaron para Valparaíso y después para Fresnillo. Lo fusilaron en Trujillo el 2 de septiembre. Me escribió de Fresnillo.⁴⁰

OPERACIONES DEL MAYOR TRINIDAD CASTAÑÓN

No me es posible dar cuenta exacta de las operaciones de este valiente jefe defensor. Sólo en general digo que continuamente los tiene alarmados desde La Ermita hasta Fresnillo: y en efecto, varias veces les ha caído a los enemigos en La Ermita y les ha quitado caballos, parque, armas y aun dinero. Hasta la fecha (agosto 23 de 1928) no ha tenido un descalabro. [// 66/128]

³⁸ En *VVb* hay una nota al margen y en manuscrito: “a éste y a Pío les cortaron la cabeza”.

³⁹ En *VVb*, tachado *cara* y, sobrepuesto en manuscrito, *cabeza*.

⁴⁰ Mismo caso de nota 5.

EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DEL SEÑOR CURA CORREA EN VALPARAÍSO

Transcribo íntegra una hoja que recibí no sé de quién, dándome tan consoladora noticia:

«El día 8 a las 3 p. m. (del presente mes, martes) (esta noticia fue dada por una persona de Durango que presenció el caso) vino Nachita Guerrero a decirle a Conchita Núñez que sabía de buena fuente que ese mismo día y precisamente a las 3 iban de parte del municipio a sacar el cadáver del *señor* cura Correa. ¿Qué sería bueno hacer? Y tras de ella venía el coche que, por sí o por no, había visto, y se fueron inmediatamente las dos al lugar y, en efecto, así era. En ese momento que llegaron estaban en eso; iba uno llamado Felipe Arellano, el *doctor* Bracheti y unos que suponemos serían presos, los cuales empezaban a escarbar; también llevaban cajón para ponerlo.

Encomendándose a todos los santos, llegaron y le dijeron a ese Felipe que habían sabido y que como tenían encargo de su familia cuando estuvo aquí a pedir y hasta habían pedido permiso de sepultarlo entonces en el panteón; pero como no lo habían dado en este tiempo por creerlo así conveniente y habiendo ofrecido hacerlo, era el motivo que las llevaba y no una casualidad o como ellos se estaban suponiendo o, mejor dicho, creían que iban a visitar el sepulcro.

Fueron bien recibidas y les dijeron que lo iban a sepultar con todo el cuidado en el panteón; que podían ellas presenciar todo y hasta las dejaron a ellas solas. Los cuatro presos y el gendarme (por supuesto, se me pasaba decir), que antes presenciaron todo, lo colocaron en el cajón todavía entero y hasta vestido, sólo le faltaban sus manos y pies; nada de mal olor. El *doctor* ordenaba que le pusieran un desinfectante pero los mismos presos decían que era por demás, que no olía mal. Los huesitos sueltos los colocaron también en la caja y después se vinieron con el cadáver en hombros los cuatro presos y ellas en el coche lentamente. Al llegar al panteón preguntaron dónde lo iban a sepultar; dijeron que en la fosa común; inmediatamente se vinieron Nachita y Conchita porque José tenía una letra que había comprado cuando murió Lola y todavía quedaba un lugar; mucho gusto hubiéramos tenido de sepultar junto a ella a un santo mártir, pero cuando llegaron dijeron que tenían ordenado sepultarlo inmediatamente y que no podían esperar, que ya no era tiempo de hacer el sepulcro y que donde ellos decían ya estaba arreglado; pero, como no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, se encontraba allí precisamente el de la funeraria, interesado como es natural en las cosas de su negocio, fue el que arregló en una letra nueva que compraron, nada más que no como querían: bien adecuada, porque no querían esperar más tiempo. También se encontraba ahí el presidente municipal, que había [ido] al entierro de una persona de su familia, y el de la funeraria habló con él para que permitiera sepultarlo allí y no en la fosa que tenían intención de sepultarlo. Dio permiso y así se hizo. También se encontraba allí un señor que no estoy segura de su nombre, creo Joaquín Delgado, muy entusiasmado quería hablar por teléfono para que mandaran en ese momento una caja muy elegante, pero siempre creyeron prudente dejar así las cosas y conformarse con saber dónde lo tenían para seguir venerando su cadáver. También se trajeron las cruces que tenía, dos llevaron a la inspección y la otra, que fue la que mandamos hacer

nosotros últimamente, fue la que pusieron mientras le hacen su monumento; también trajeron el farol que le tenían puesto allá y que siempre ardía una lámpara en él; ya lo tiene acá y siempre está recogiendo aceite la gente y le vuelve a surtir su lámpara. Este santo mártir está cerca del *señor* Contreritas (*que en paz descansa*), al entrar al panteón a mano derecha.

Durango 8 de mayo de 1928, al año, tres meses, dos días de su fallecimiento».

MUERTE DE ÁLVARO OBREGÓN EN MÉXICO

El martes 17 de julio de 1928 a las 2 horas 20 minutos p. m., estando Obregón con los suyos en un banquete que le ofrecieron los presuntos diputados por Guanajuato en la quinta La Bombilla, *San Ángel*, se acercó por detrás un joven como de 20 años llamado José León Toral y, mientras revisaba Obregón unas caricaturas que Toral le enseñó en una libreta que llevaba, le disparó seis balazos con una automática 17-35, cayendo luego bien muerto. Al asesino lo [// 67/129] aprehendieron y el cadáver de Obregón lo mandaron a su familia a Sonora. Con su muerte terminó el odioso partido obregonista, que tanto mal estaba haciendo y amenazaba a la República.⁴¹

ACEJOTAEMERO MÁRTIR

El 8 de julio se encontraba el acejotaemero valparisense Simón Magallanes de 22 años de edad en el camposanto de la *Hacienda de San Miguel* dando sepultura al defensor Fernando Rodríguez, con otros compañeros, Ricardo Hernández y Antonio Chaires, cuando fueron sorprendidos por los callistas en número de 250, a quienes hicieron fuego hasta ya no poder. Murieron Hernández y Chaires y cogieron vivo a Magallanes, a quien se llevaron hasta el Ojo de Agua de Tierra Prieta, que está entre el Capulín y Agua Fría de Arriba, queriéndolo hacer que dijera: ¡viva Calles! en contraposición de ¡viva Cristo Rey!, pues se enfurecían cuando esto decía. Él pudo resistir con la gracia de Dios y siempre contestaba con energía: “¡viva Dios, que es quien me dio todo y no Calles, viva Cristo Rey!”. Al fin lo decapitaron.

SEGUNDO ANIVERSARIO

El 23 de agosto cumplieron los defensores de Valparaíso el 2do. aniversario y el 29 fue la toma de Huejuquilla. Para dar gracias a nuestro Señor, 120 defensores del *Regimiento* “Valparaíso” se reunieron en El Pinito con sus respectivos jefes de los cuatro escuadrones. Esto fue el 24 de agosto, día en que se confesaron todos y la misa fue el 25, celebrándola el *presbítero* Villarreal y predicando yo. Fue misa de tropa la que

⁴¹ Los siguientes cinco párrafos están cruzados con un gran tache en *VVb*.

podieron officar. Después del sermón, o sea al terminar la misa, se les dio un pobre desayuno y el coronel Viramontes les dirigió la palabra. Asistieron las autoridades de Huejuquilla y la jefatura.

EXPEDICIÓN 27

Una columna de 270 defensores al mando del *general don* Porfirio Mayorquín, *teniente coronel* Aureliano Ramírez, los jefes Estrada, Rangel, Soto y otros, atacaron la plaza de *San Juan Peyotán* el 25 de agosto. Duró el ataque unas 48 horas y al fin se retiraron los defensores sin poder dominar al enemigo por falta de elementos, pero haciéndoles 10 muertos. Los defensores nada tuvieron que lamentar. Gracias a nuestro Señor.

JEFE SUPREMO MILITAR DEL MOVIMIENTO

Con fecha 13 de agosto comunica la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa* que fue nombrado jefe militar del movimiento el ameritado *general don* Enrique Goroztieta. El citado *general* lanzó su manifiesto a la nación con fecha 4 del mismo agosto.

PREMIO MERECIDO

El aviador Emilio Carranza, que bombardeó el monumento a Cristo Rey en su montaña y arrasó los pueblos de los Altos, *Jalisco*, murió el 16 de julio, un día antes que Obregón. Hizo un vuelo de México a Nueva York, diciendo a los que le advertían el mal tiempo: “tal día salgo, quiera Dios o no quiera”; y al volver de su vuelo después de arreglar negocios de Calles con la Casa Blanca un rayo despedazó el avión y cayeron en tierra.

SIERRA DE JESÚS MARÍA

Con fecha de 28 de septiembre salieron los callistas que estaban en esa sierra, pero volvieron en noviembre.

Información que rindió la jefatura de operaciones de Huejuquilla el Alto, Jalisco a la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa

Agosto 29 y 30. En las serranías cercanas al camino que conduce de Valparaíso, *Zacatecas*, a Fresno tuvieron efecto en estos días algunas escaramuzas entre soldados

pertenecientes al 4.º *escuadrón* del *Regimiento* “Valparaíso” y una columna federal compuesta de 155 hombres al mando del mayor Rodríguez, del [// 68/130] *regimiento* 84º. En dichas escaramuzas se hicieron al enemigo cuatro muertos y cuatro heridos; por nuestra parte hubo un solo herido y se extravió una carabina.

Septiembre 14. Nueva incursión de los federales para el lado poniente de Valparaíso, en la que sorprendieron a un sargento del 3.º *escuadrón* del *Regimiento* de Valparaíso haciéndoles dos muertos y quitándoles cinco armas y algunos caballos. Los nuestros en su retirada se defendieron, matando cuatro callistas e hiriendo dos más.

Septiembre 14 (expedición 28). Una compañía del 1.º *escuadrón* del *Regimiento* “Libres de Huejuquilla”, al mando del capitán 2.º don Alejandro Martínez, sorprendió un campamento de indígenas gobiernistas, estando a punto de hacer prisionero al huichol Agustín Carrillo, que exhibía nombramiento de coronel firmado por Anacleto López. En su huida los huicholes abandonaron tres rifles, una pistola, cerca de 400 cartuchos, algunos caballos, sillas y otros objetos. Los prisioneros fueron amonestados y puestos en libertad.

Septiembre 15 (expedición 29). Una pequeña columna expedicionaria compuesta de la defensa regional de Tenzompa y algunos huicholes simpatizadores de nuestra causa logró la rendición de 34 indígenas gobiernistas diseminados por la sierra de Mezquitic, Jalisco.

Septiembre 15. Con esta fecha el general don Justo Ávila, jefe del *Regimiento* “Guadalupe”, dividiendo sus soldados en dos columnas, se movilizó sobre el cañón de Jerez, entrando sin combatir a Tepetongo, Víboras, Huejúcar; el 17 entró al pueblo de Tlalcosahua sorprendiendo a los agraristas del lugar, que dejaron en su precipitada fuga seis muertos, seis rifles y tres pistolas, además de caballos y sillas. Ya de regreso de esta expedición fue víctima de un atentado de parte de los hermanos Rodríguez, pero felizmente resultó ileso y sólo le mataron el caballo. Él a su vez (el general Ávila) dio muerte a uno de ellos y el otro hermano y un sobrino murieron a manos de la escolta que trató de aprehenderlos. Los hermanos Rodríguez, penoso es confesarlo, eran malos elementos. Con motivo de esta insubordinación tuvimos que lamentar la muerte de buen oficial, el capitán 1.º don Matilde de Robles, cuya muerte mucho se ha sentido.

Septiembre 17. Elementos de las fuerzas de Durango, actualmente asimiladas al *Regimiento* “Libres de Huejuquilla”, dieron alcance a un grupo de tepehuanes gobiernistas cuyo centro es el Mezquital, Durango, en terrenos de la Hacienda de San Capistrano, Zacatecas, y los desbastaron completamente, haciéndoles tres muertos y dos heridos y recogiendo los caballos, monturas, así como cinco armas y algunos semovientes que habían robado, los cuales fueron vueltos a sus legítimos dueños. Estos poblados quedaron bien escarmentados y creemos que no volverán; por nuestra parte, ilesos, como frecuentemente sucede.

Septiembre 20. 14 soldados al mando del capitán 1.º Frumencio Estrada sostuvieron siete horas a 125 soldados de línea en las proximidades de San Juan Peyotán, Nayarit, resultando ilesos y haciendo algunas bajas al enemigo, las que no podemos precisar por haber quedado el campo en poder de los callistas. Pocos días después los federales abandonaron San Juan Peyotán y los nuestros, reforzados con elementos mandados en su auxilio, dominan ahora el cañón llamado Jesús María, Nayarit.

Septiembre 21. Este día el *teniente coronel don* Jesús Pinedo y el mayor J. L. Montellano, acompañados de una fracción del *Regimiento* “Valparaíso”, llegaron a Fresnillo cerca de la media noche; se introdujeron los jefes y tres soldados a la muralla de la negociación minera Mexican Corporation, S. A., logrando secuestrar al extranjero Lino Etzel, que fue conducido hasta la jefatura de operaciones con el objeto de exigir rescate por su libertad.

Octubre 3. Una fracción del *Regimiento* “Castañón” logró secuestrar en las inmediaciones de la *Hacienda* de Trujillo al *señor don* Alejandro G. Ornedo, administrador de la *hacienda* de referencia; actualmente lo tenemos aquí, en espera del rescate que ya pedimos.

Octubre 8. Las amenazas de una gran campaña siguen: acopio de víveres, herrar de caballos, movilización de tropa, etcétera. Todo esto por el Súchil, Som- [// 69/131] brerete y Chalchihuites. En días pasados llegaron a *San Andrés del Teúl* y aún más acá combatiendo con algunas patrullas del *Regimiento* “Libres de Chalchihuites”. Parece que por nuestra parte hubo dos o tres muertos y que los federales y agraristas que hicieron esta campaña sufrieron pérdidas de consideración. Esto no lo hemos comprobado, pues no hemos recibido el parte oficial.

Octubre 10. Se realizó la aprehensión de un connotado callista originario de Mezquitic, Jalisco y actualmente residía en Jerez. Dicho individuo lleva por nombre Isidoro Fernández y deberá ser pasado por las armas el 13 o 14 del corriente.

Octubre 12. El mayor Sifuentes, jefe de los pueblos de Santa María de Ocotán, Tenaraca, Morhuata y otros, todos indígenas llamados poblanos o tepehuanos, rinden su informe de la manera siguiente:

«El día 1.º del corriente fue sorprendido y hecho prisionero por los gobiernistas un correo que el jefe católico Juan Andrés Soto mandaba al gobernador de Santa María Ocotán; al día siguiente sucedió igual cosa con otro propio que mandaba el gobernador de referencia al mayor Sifuentes dándole cuenta de las actividades de los indígenas callistas. Los nuestros se reunieron y después de comunicar a esta jefatura su proyecto trataron de localizar al enemigo. El domingo 7 lograron sorprender al enemigo en la Mesa de Joconostla haciéndole siete muertos y recogiéndole siete rifles. Siguió la persecución hasta el medio día, en que habiendo encontrado el enemigo posiciones que creyeron inexpugnables, se hicieron fuertes y después de no pocos esfuerzos se logró desalojarlos; encontrando en las posiciones seis muertos a los que se les recogieron las armas, así como una pistola 32-20 que portaba el jefe, muerto también en la refriega. En el fondo del arroyo dejaron dos muertos más. Total: 17 muertos, entre los que se cuentan los jefes de la partida Eutimio Aguilar y Saturnino Flores. El número de callistas eran 35 y los nuestros cerca de 150, careciendo algunos de armas y todos de parque. Se recogieron al enemigo 16 rifles, una pistola y 350 cartuchos de distintos calibres; caballos, monturas, bestias de carga, reses, etcétera, etcétera. Por nuestra parte lamentamos un herido y tres armas rotas a balazos en las manos de los valientes soldados de Cristo Rey. Los correos fueron rescatados».

Octubre 13. El 6 de los corrientes sostuvieron 10 de nuestros soldados al mando del coronel R. R. Cárdenas un combate que se prolongó por dos horas en la Estancia del Tanque, Rancho Grande, con fuerzas formadas de agraristas de Saín el Alto y Fresnillo en número de 40. A pesar de la mayoría del enemigo, se les recogió algo de parque y se les rechazó haciéndoles cuatro muertos y seis heridos. Entre los muertos figura el jefe de Saín el Alto; los nuestros salieron ilesos, sólo mataron tres caballos.

Octubre 13. Con fecha 10, a unos cuantos kilómetros de la Estación de la Parada, fue atacado un piquete de soldados pertenecientes al *Regimiento* “Castañón” y al “Libres de Chalchihuites”, que en número de 30 expedicionaban en la región de Sombrerete. Los callistas en igual número fueron rechazados después de un momento de combate en el que murió el jefe de los agraristas. Los nuestros, ilesos.

Octubre 18. Cansados de esperar la acometida del enemigo que no llega, se ordenó salir a combatirlo (expedición 30). Al efecto el mayor Pasillas con 100 hombres del *Regimiento* “Valparaíso” avanzó hasta El Terrero, a dos kilómetros del pueblo de Valparaíso.

Octubre 19. Se tuvo una refriega con patrullas del 84.º *Regimiento*, que guarnece a Valparaíso; se les hicieron tres muertos, resultando los nuestros ilesos.

Octubre 21. Después de oír la santa misa salimos de ésta en número aproximado de 200 hombres; [la] columna estaba formada con elementos del *Regimiento* “Libres de Huejuquilla”, 40 del *Regimiento* “Castañón”, el personal de la jefatura de operaciones militares y el *ciudadano general* Quintanar acompañado de su escolta personal; pernoctamos en las inmediaciones de la *Hacienda* de [// 70/132] Peña Blanca.

Octubre 22. Acamparon nuestras fuerzas en el Cerro de la Trinchera. Antes del mediodía se incorporó el *general brigadier don* Justo Ávila con la gente que es a sus órdenes. Se incorporó también el 4.º *escuadrón* del *Regimiento* “Valparaíso”, el 2.º *escuadrón* del *Regimiento* “Libres de Huejuquilla”, etcétera, etcétera. Se formó una columna de 700 hombres de caballería únicamente. A las 3 p. m. una columna nuestra de exploración atacó el campamento del enemigo en la Mesa de los Pobres, situada entre Valparaíso y la *Hacienda* de San Agustín; el enemigo se rehízo y contraatacó reforzado por la guarnición de Valparaíso, que salió en su auxilio; pero ya era tarde, los nuestros, divididos en tres columnas, atacaron con brío flanqueando al enemigo por derecha e izquierda; el choque fue duro pero no de duración. Viéndose envueltos, los callistas buscaron salida refugiándose en Valparaíso hasta cuyas goteras les siguieron no pocos de nuestros soldados. Resultado final: se les hicieron 20 muertos y varios heridos. Entre los muertos figuran un capitán, un teniente, un subteniente y un sargento primero. A más, se les recogieron 90 caballos, cerca de 30 monturas, ocho rifles de 8 milímetros, una pistola calibre 45 escuadra y una pistola izquierda; todas estas armas con parque, amén de otros varios objetos como cobijas, sombreros, etcétera, etcétera. Por nuestra parte, un oficial herido en una pierna y un cabo herido en el pecho y dos o tres caballos muertos.

Octubre 24. Encontrándose dando pasto a la caballada en la Presa de San Mateo, fue sorprendido uno de nuestros puestos avanzados entre [San Ma]teo y Valparaíso. Por Vargas, que llegaba de Fresnillo. En dicha sorpresa murió uno de nuestros soldados (Manuel Madera, de las Carreras, *Regimiento* “Valparaíso”); creemos que el enemigo no sufrió bajas algunas, pues los nuestros apenas dispararon sus armas para dar aviso del peligro.

Octubre 25. Durante la noche, con motivo de haberse retirado el *general* Ávila a su zona, y de haber sido reforzado el enemigo con 400 hombres al mando de López y Vargas, abandonamos la *Hacienda* del Astillero, en donde habíamos acampado esperando otra oportunidad para repetir el castigo a los callistas.

Octubre 26. El enemigo llegó durante la noche al Potrero de Gallegos, cometiendo toda clase de abusos, hasta los más execrables; los soldados se portaron como verdaderos vándalos. Ese mismo día, el *capitán* 2.º don Quirino Lobatos, perteneciente al *Regimiento* “Valparaíso”, acompañado de tres soldados, se aproximó imprudentemente a la ranchería mencionada y fue perseguido por los callistas, muriendo acribillado a balazos en unión de dos soldados; el otro se salvó milagrosamente a pies de caballo. Lamentamos este sacrificio tan estéril como innecesario.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

Huejuquilla el Alto, Jalisco, noviembre 2 de 1928.

Por el *general jefe* de las *operaciones militares*

El mayor jefe del DETALL⁴²

Luis J. Montellano (rúbrica)

El *capitán* 1.º ayudante Gonzalo Ramírez (rúbrica)

Sentida muerte. El sábado 10 de *noviembre*, a las 4 a. m., falleció confortado con los auxilios de nuestra sacrosanta religión católica, apostólica romana, a la edad de 54 años y en el rancho de Santa Teresa de Jesús, *Zacatecas*, el activo defensor don Basilio Pinedo, de quien ya he hablado en estos apuntes para la historia. Sufrió su larga enfermedad con una resignación verdaderamente admirable. *Requiescat in pace.* Queriendo cumplir sus deseos de ser sepultado en Huejuquilla, hice todo lo posible por que así se hiciera, pero no lo logré por falta de hombres que pudieran llevar su cadáver. En Huejuquilla quedó la fosa preparada.

Sale Calles del poder. El 1.º de *diciembre* entregó la presidencia Calles al licenciado Portes Gil. Nosotros seguiremos de mal en peor, pues este presidente interino seguirá la misma práctica del masón Calles y estará en poder dizque por 1[4] meses, o sea hasta el 1.º de febrero de 1930. Veremos.

⁴² Departamento Estadístico de Trámite Administrativo de Libros y Listados, oficina archivística de una organización militar.

ANEXOS

ANEXO 1⁴³

[MEMORIAS DE UN SACERDOTE CRISTERO]

21/ 1

ASOCIACIÓN CATÓLICA DE LA JUVENTUD MEXICANA EN VALPARAÍSO

El joven Pacheco aprovechaba estas vacaciones para hacer propaganda de la acción social de la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*. Así que después de ayudar en los trabajos de la Jornada Social y cuando quedó definitivamente transformado el Círculo de Obreros Católicos en Sindicato Interprofesional “León XIII”, se dedicó a reunir a los jóvenes para ver si era posible establecer un grupo de la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*. Gracias sean dadas a nuestro Señor, con la ayuda del *señor* Nava y de los obreros católicos se fundó el grupo, quedando como presidente y vicepresidente, respectivamente, los jóvenes Aurelio R. Acevedo y J. Jesús Pérez.

Como sucede siempre al establecer una asociación, al principio dio muestras de grandes esperanzas, pero la falta de instrucción y educación de los jóvenes que sólo tenían grabados los desórdenes de la Revolución y no habían tenido escuela, la falta de asistente eclesiástico que tuviera facilidad para atraerse a los jóvenes, la falta de dirección en hábiles seglares que se interesaran en ellos y supieran dirigirlos, hicieron que decayera al grado de morir completamente a los 4 meses de haber nacido. Pero ya había quedado la semilla. En 1923 se pretendió reorganizarla por mandato del *ilustrísimo señor* Placencia, pero nada se logró.

UNIÓN DE OBRERAS CATÓLICAS DOCTOR MIGUEL M. DE LA MORA

De una conversación entre los *señores* José J. Hernández y Manuel Luna con la *señorita* Rosa Rivas, nació un día la idea de la fundación de una unión de mujeres para los

⁴³ Este anexo 1, como se anota en la presentación, corresponde a los 12 primeros folios de la primera versión (*ACJM*), es decir, del 21 al 32v, pues, como ya también se dijo, el material conservado de aquélla se inicia en el folio 21, sin que sepamos todavía cuál era el contenido de los folios 1 a 20. *ACJM* fue elaborada a máquina con tinta roja —que posteriormente pasa a morada y azul—, en hojas media carta escritas por ambos lados. Al foliado original le agregamos, después de una diagonal, el número de folio anotado durante la ordenación y signaturación en el Archivo Histórico de la UNAM. Anotamos a continuación, nuevamente, la clasificación archivística y la ubicación topográfica de los textos que se publican: Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Aurelio R. Acevedo, Colección Padre José Adolfo Arroyo, Serie Agendas, Diarios y Memorias, caja 50, expediente 7.

trabajos sociales. Acuerdan que sería esto bueno si se hacía con el carácter de damas católicas. Después comunican la idea al *señor* Nava, quien la aprueba, la impulsa, se piden estatutos a la Unión de Damas Católicas de Monterrey y, reunidas un domingo las señoras de la población que aceptaron la invitación que les hizo el *señor* Nava desde el púlpito, se instala la directiva y se empiezan los trabajos de organización. El *señor* Nava nombra organizador al *señor don* Manuel Luna, quien lo hace con empeño; pero no sé por qué causa, quizá por la mayor facilidad, acordaron en una sesión que no sería unión de damas sino una unión de obreras católicas semejante a un sindicato. Siguen los trabajos en este sentido, se forman los estatutos que se mandan al Comité Central de la *Confederación Nacional Católica del Trabajo* de Guadalajara y se aprueban y se confedera esta unión con el nombre de “*Doctor Miguel M. de la Mora*”. [// 22/1v]

LLEGO A VALPARAÍSO EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1922

En el estado que ya antes describí, encontré las obras sociales en Valparaíso a mi llegada como vicario cooperador de la parroquia.

Empecé mis trabajos el domingo 24 de septiembre. Después de la misa mayor, que yo celebré, di una pequeña vuelta por la población, por supuesto que todos me miraban como algo raro, de nuevo...

A las 12, hora en que se celebraba la sesión de los obreros, fui invitado por una comisión de ellos para que los visitara. Acepté con [la] anuencia del *señor* Nava. Pasé al salón Círculo de Obreros. Fui recibido con estrepitosos aplausos por aquellos valientes católicos que se batían ya en pleno campo con los bolcheviques de la población en el terreno de las ideas pero que a causa de las múltiples ocupaciones del *señor* Nava estaban desatendidos en cuanto a la dirección del sacerdote. El *señor don* José J. Hernández, presidente del sindicato, tuvo la amabilidad de presentarme con los socios como vicario de la parroquia y su futuro asistente eclesiástico. Yo, nuevo, lleno de fervor y santo celo, cuando aún no se borraban de mi mente las santas impresiones de mi ordenación sacerdotal y que aún resonaban en mis oídos las palabras del pontífice: “Id y enseñar a todas las naciones...”, y que pudiera decir que aún corría por mis indignas manos el óleo santo con que 22 días antes habían sido consagradas, me sentí feliz entre los obreros, le pedí interiormente a nuestro Señor me concediera trabajar con ellos y les dirigí la palabra, ¿Qué les dije? No recuerdo, pero estaba emocionado.

Terminada mi alocución, permanecí un poco entre ellos, me despedí y me acompañaron hasta la casa del *señor* Nava, que era donde yo estaba, los *señores don* Manuel Luna y *don* Esteban Ibarra.

CONGRESO OBRERO DE GUADALAJARA

Fue uno de los principales factores del desarrollo de la acción social católica en la República, el congreso obrero celebrado en Guadalajara en los primeros meses de este

año. A él fueron como delegados del Sindicato Interprofesional los señores Manuel Luna y Aurelio R. Acevedo, mas no sé lo que esta delegación rindió a su vuelta del congreso, sólo sé que en él se acordó dejar por dos años el Comité Central de la *Confederación Nacional Católica del Trabajo* en Guadalajara y se dieron normas más claras y concisas para el funcionamiento de la acción católica social mejicana. [// 23/2]

MONTAÑA DEL CUBILETE

El 11 de enero de 1923 se hizo solemnemente la renovación de la proclamación del Sacratísimo Corazón de Jesús como rey de nuestra nación en la Montaña del Cubilete, entre León y Silao, montaña que casi ocupa el centro geográfico de Méjico.

Asistió a ella para colocar la primera piedra del monumento que allí se quiere levantar, el excelentísimo señor delegado apostólico don Enrique Filipi, la mayoría del Episcopado mexicano, numerosos sacerdotes y como 50 mil personas, según decía la prensa, procedentes de todos los ámbitos de la República.

En ella tomaron parte principal las grandes asociaciones de carácter social: la *Asociación Católica* de la *Juventud Mexicana*, los Caballeros de Colón, las Damas Católicas y la *Confederación Nacional Católica del Trabajo* y, por lo mismo, se nombraron delegados de todas las agrupaciones de la República. De aquí fueron como delegados del Sindicato Interprofesional los señores Aurelio R. Acevedo, Plácido Sánchez, Esteban Ibarra y Jesús Franco; y por parte de la Unión de Obreras, la señorita Inocencia Betancourt.

Allí, por medio de los delegados se consagraron estas agrupaciones con sus socios y familias al Sacratísimo Corazón de Jesús y juraron entronizar su sagrada imagen en las agrupaciones y en sus hogares.

Allí nació el siempre bendito grito de viva Cristo Rey, que en adelante usaron como salutación los sindicalizados y los niños de una pequeña escuela que algunos meses sostuvo el sindicato en la población.

De esta proclamación tan solemne, que llamó la atención al mundo entero, provino la expulsión de monseñor Filipi por el presidente de la República, entonces *general* Álvaro Obregón.

FRACASOS DEL SINDICATO

Desde mi llegada a esta parroquia, pasaban los días y, con extrañamiento de la Directiva del sindicato, yo no era nombrado asistente eclesiástico de esta agrupación, como ellos se esperaban luego. Marchaba la sociedad sin la intervención del ministro de Jesucristo. Yo fui inscrito únicamente como socio y con ese carácter asistía tanto a algunas juntas de la Directiva como a algunas sesiones dominicales.

Entre tanto, las cosas iban mal. Algunos socios desertaban del sindicato y por desgracia engrosaban las filas de los rojos; otros se iban retirando [// 24/2v] sin decir

nada, pero también sin pasarse al lado contrario. Esto indicaba que algo malo había en la sociedad. Se pudo confirmar que la causa de todo esto era la falta de la presencia allí del sacerdote católico.

Llegó un día en que el presidente rindió cuentas de la Agencia del Timbre, que entonces estaba a su cargo. Guerra atroz le habían hecho los rojos; una vez lo habían robado, así que en esta vez se encontró con un déficit de unos 400 pesos. Nosotros nunca creímos que él hubiera malversado los fondos, porque era un hombre a toda prueba honrado. Altos designios del Señor. La cosa para él se puso sumamente mal y no sea porque nosotros conseguimos dicha cantidad, lo ponen preso y no sé qué más le hubiera pasado. Mas lo que así se salvó no se vio libre de otras manos dizque caritativas pero que en realidad no esperan más que el prójimo se ladee a la miseria para acabarlo de tumbar. Sucedió que él tuvo que ocultarse unos días porque se creía que siempre intentaban molestarlo en su persona. En esos días le llegó una mercancía que le había proporcionado *don* Julián Llaguno, dueño de la Hacienda de *San Mateo*, y los que respondieron del dinero hicieron partitura de la mercancía a su agrado y siempre salió dañado Hernández. Después, Llaguno toma a mal esto y se llama también estafado y embarga la casa del *señor* Hernández, dejándolo en la miseria y en la calle con su familia. He aquí con qué facilidad visita la miseria y la adversidad a los que nuestro Señor prueba con el sacrificio.

Entre tanto los enemigos, contentos con el desfaldo del Agente del Timbre, cosa que ellos mismos habían preparado, alzan la voz, se burlan, difaman al presidente del sindicato y lo señalan con el dedo a los mismos socios. Ellos, que conocen la honradez del presidente del sindicato, no saben qué decir y... muchos se retiran como avergonzados.

El vicepresidente, siempre ligero en sus actos, trata de demostrar al mundo entero que el sindicato vive pujante, que cuenta con bastantes fondos y para probarlo con los hechos, da manos a levantar la finca del nuevo local de la agrupación, que poco tiempo antes había comprado. Las cuentas de la tesorería no están al corriente pero al tesorero le parece que hay fondos bastantes; el mismo vicepresidente tiene un pequeño despacho perteneciente al sindicato, con fondos que se habían pedido a rédito entre los socios y, [// 25/3] sin más cálculos, da principio a los trabajos. Ocupa muchos peones, arrima bastante material y por último celebra con grande pompa profana la bendición del local el 19 de marzo de 1923, fiesta de los obreros por ser el día de *Señor San José*. Todos se confiesan y se les obsequia un suculento desayuno con los abundantes fondos del sindicato. Mas viene la segunda parte que, como dicen, suele ser siempre dolorosa, se le acaban los fondos y no sólo se le acaban sino que ha echado mano aun de los ajenos, gastando fondos del tesorero y los del despacho y quedan por cubrir muchas deudas.

ASISTENTE ECLESIAÍSTICO

Cuando esto pasaba en la completa libertad, he aquí que el 12 de marzo recibo por correo un oficio de la sagrada mitra en el que soy nombrado asistente eclesiástico del sindicato.

Yo, sabedor, aunque superficialmente, de lo que pasaba con dicha agrupación, sentí, luego que recibí el nombramiento, el inmenso peso que caía sobre mis inexpertos hombros, pero pensé que era ocasión, la más propicia, para atender a la agrupación y que se manifestara lo que vale la intervención del ministro de Jesucristo, aun en las cosas económicas.

Presenté mi nombramiento. El 19 de marzo en la velada literaria fui presentado a la sociedad con el carácter de asistente o asesor eclesiástico.

Habiendo ya vuelto el *señor* Hernández se acuerda luego una junta de la Directiva y entonces se descubre el pastel. El tesorero reclama 300 pesos que de su peculio facilitó para la obra; se habían gastado como otros 300 pesos de los fondos del sindicato que tenían o debían de tener otra inversión y no la del local; se presentan acreedores por 400 pesos y otros vales más que había extendido el vicepresidente. En resumen, está el sindicato en completa bancarrota.

El vicepresidente no sabe o no quiere dar cuenta de este fracaso y sólo dice que todo se gastó en la finca. Nos encontramos además con deficiencia para atender a la Enfermería y aun para depositar una carta en el correo. ¿Qué hacer? ¿Disolver la sociedad? Nada se lograría. Hacer lo posible para salvarla y henos aquí al presidente y a mí, a quienes se nos dieron facultades extraordinarias dizque para conjurar el peligro o la bancarrota, devanándonos los sesos y desvelándonos, ya solos, ya juntos, para ver lo que debiéramos hacer.

Nos encomendamos a nuestro Señor; de pronto abro una colecta entre los [// 26/3v] mismos socios de posibilidad, en seguida imploro el auxilio de algunas personas acomodadas y logro reunir unos 100 pesos, con lo que pudimos medianamente atender a los enfermos y pagar algunas deudas, más pequeñas pero que más urgían.

VISITA PASTORAL DEL SEÑOR PLACENCIA

El presidente dio aviso de lo que pasaba al Comité Central de la *Confederación Nacional Católica del Trabajo*. El Comité pidió ayuda a los centros hermanos y de algunos recibimos 10 pesos en junto, y escribió el Comité diciendo que ya habían escrito al *ilustrísimo señor* obispo diocesano manifestándole la necesidad de dicho sindicato y que en contestación les prometía remediar esto en su próxima visita.

Se anuncia en Valparaíso la visita del *ilustrísimo señor* obispo *doctor don* Ignacio Placencia y Moreira. Los obreros y obreras organizan una velada para obsequiarlo y en la que tomarían parte también las asociaciones piadosas que deseara, como así se hizo. Se recibió al *ilustrísimo señor* el domingo 4 de noviembre a las 2 p. m.; un poco antes, más bien entre 1 y 2.

En la primera oportunidad se presentó la Directiva ante el *ilustrísimo señor*. Los *señores* Hernández y Acevedo, presidente y secretario respectivamente, dieron cuenta exacta al *ilustrísimo señor* de todo lo que pasaba en el sindicato. El presidente fijó como culpable moral al párroco por haber faltado su dirección, pues completamente desatendió a la sociedad; y como responsable directo o de hecho, al vicepresidente. El

párroco ya había informado también al *ilustrísimo señor* disculpándose y haciendo recaer la responsabilidad, y como siempre se da más crédito a los superiores, salvo raras excepciones, ya el *ilustrísimo señor* estaba en dar el fallo contra la Directiva, así que fue por demás toda explicación. Les dio algunas vías por las que podían salvar la sociedad, pero no pasó de ser esto más que una salida del *ilustrísimo señor*.

Después me llamó el *ilustrísimo señor* y me manifestó disgusto contra el presidente, que pedía la remoción del párroco, y me indicó que aquel hombre era nocivo por irrespetuoso e insubordinado a los superiores eclesiásticos.

Hizo el *ilustrísimo señor* una visita pequeña a la Hacienda de *San Mateo* y para acabar de confirmarse en la opinión en que estaba del *señor* Hernández, allá Llaguno manifiesta al *ilustrísimo señor* lo que había pasado con la mercancía que él había facilitado a Hernández para que en algo se remediara y cómo toda la había malbaratado, etcétera. [II 27/4]

¿Qué hacer? Yo estaba informado plenamente de todo lo acaecido, conocía de tiempo al *señor* Hernández; veía, pues, lo injusto que era todo lo que se atribuía a dicho señor, pero convencer al *ilustrísimo señor*... era más que imposible.

Me fui con el *ilustrísimo señor* a la visita a Huejuquilla el Alto, Mezquitic, Monte Escobedo, Laguna Grande y Adjuntas. Estábamos en este lugar cuando fuimos informados el *ilustrísimo señor* y yo, por comunicaciones del *señor* Nava y Hernández, de que las cosas seguían mal. Sucedió que la Directiva, imprudentemente y quizá irrespetuosa, puso una comunicación al párroco en la que lo hacían responsable moral del fracaso del sindicato, por las razones ya conocidas. El domingo siguiente, en plena conferencia en la que había como unos 200 socios, se presentó el párroco a contestar de palabra el oficio. El presidente toleró algún tiempo las pesadas advertencias del párroco, pero viendo que lo iba llevando a concluir que él solo (el presidente) era el responsable, entonces habló y se defendió confirmando la comunicación que se le había mandado. Hubo violencia en las palabras, escándalo entre los socios presentes y, por fin, se marchó el párroco disgustado, diciendo que el caso pasaría al *señor* obispo. Esto nos informaban.

Me llamó el *señor* obispo y, bastante disgustado, me dice: “¿ya ves?, ya quedarás convencido de lo que es este hombre. Te ordeno que lo quites de presidente y si no lo haces, yo mismo disolveré el sindicato”.

He aquí, aunque sea brevemente delineado, uno de los tragos más amargos que me dio dicho sindicato. Yo sufrí mucho pero en todo recurrí a nuestro Señor.

Volví a Valparaíso, tomé informes, se presentó Hernández y me dio cuenta de lo acaecido, pasé a ver al *señor* Nava, di disculpas, parece que logré la reconciliación y Hernández resolvió días después partir a Aguascalientes. Pidió a la Directiva un permiso indefinido, se le concedió y quedó encargado interinamente *don* Pedro Acosta, también de la Directiva, quién tenía a su cargo la Enfermería.

REVOLUCIÓN DELAHUERTISTA

En el mes de diciembre de 1923 estalló la revuelta de Adolfo de la Huerta,⁴⁴ cosas de política. Tuvo algo de partido y se creyó fuerte. Entonces se vieron las miras que tenía el gobierno con los agraristas, pues los llamó en su auxilio y los agraristas, con las armas en la mano, se hicieron tan temibles como los villistas de la revolución pasada y empe- [// 28/4v] zaron a hostilizar a los católicos, especialmente a los sindicalizados, porque, según ellos, estaban de parte de los ricos. Mucho sufrieron los obreros y hasta el local peligró, pues el 16 de febrero de 1924 se acuartelaron los agraristas de Jerez en el local, arrojando a los niños que allí estaban en la escuela.

Con mal resultado para los revolucionarios terminó en esos días la revuelta. Aquí parece que finalizó con la muerte de Jesús Talamantes, jefe agrarista, y Julio Martínez, jefe delahuertista. El 19 de febrero en el panteón de este pueblo, en el sepelio del cadáver de Talamantes, se dio a conocer el agrarismo. En los discursos de Valdez, Gurrola y otro jefe de Jerez, se habló ya mucho en contra de la Iglesia.

ELECCIONES DE DIRECTIVAS EN AMBAS AGRUPACIONES

Llegó el año de 1924, los estatutos marcaban el tiempo de las elecciones para el último domingo de diciembre, pero como había revolución no pudieron hacerse, así que las dejamos para días después.

La Unión de Obreras Católicas estaba también sin asesor eclesiástico, pero en la visita del *ilustrísimo señor* fui nombrado verbalmente. Encontré a la unión algo trastornada y con mucha desunión con sus hermanos los obreros. Mi primer trabajo, pues, fue procurar afianzar esa unión lo que, gracias a Dios, se verificó.

Convocadas las obreras a asamblea general, se reunieron el 17 de febrero y entonces se hicieron dos cosas: 1) las elecciones, resultando presidenta mi hermana *María* Trinidad Arroyo y 2) la entronización del *sacratísimo* Corazón de Jesús y de la *santísima* virgen de Guadalupe y la consagración a *señor san* José.

Los obreros fueron convocados a asamblea general el 19 de marzo.

Entre tanto, sucedió al *señor* Nava, en la parroquia, el *señor ciudadano don* Juan Ibarra Jiménez. El *señor presbítero* Melesio Castañeda estaba en ésta como vicario cooperador desde junio de 1923, pero en marzo de 1924 fue removido.

El 19 de marzo, pues, se hicieron las elecciones para la directiva del sindicato, resultando presidente y vicepresidente, respectivamente, los *señores don* José J. Hernández y Pedro Acosta,⁴⁵ (pero como uno y otro manifestaron que no podían estar en la población constantemente por sus ocupaciones particulares, se acordó que seguiría supliéndolos el *señor don* Pedro Acosta), *secretario* Aurelio R. Acevedo, *tesorero* Rosalío

⁴⁴ En *VV y ACJM: De la Huerta, Adolfo*.

⁴⁵ Tachado: "Pedro V. Ortiz y Aurelio R. Acevedo".

Cifuentes. [// 29/5] En seguida de las elecciones se hizo la entronización y consagración como con las obreras.

Desde ese acto, es decir, desde que Jesús, María y José tomaron posesión de estas agrupaciones, se vio palpable la Providencia y empezó una nueva vida llena de grandes esperanzas. Bendito sea nuestro Señor.

Los socios en ambas habían disminuido notablemente pues, de 410 matriculados que había en el sindicato, apenas nos quedarían de verdad unos 100 y, de cerca de 100 obreras, apenas quedaron unas 40. Yo en una carta confidencial al *ilustrísimo señor* De la Mora, a quien recurría yo en mis casos apurados, le noticiaba mi pesar por la disminución de socios y él bondadosamente me contestó en una postal y me decía brevemente: “no se apure, ese pequeño grupo de socios fieles que dice que le quedan, serán la salvación de la sociedad”. Esto me consoló grandemente. Y en verdad, los que quedaron fueron los de buena conducta y probada piedad y cumplidos en sus pagos y demás obligaciones de sindicalizados. Otro tanto pasaba con las obreras.

SE VENDE EL LOCAL DEL SINDICATO

Viendo lo crecido de las deudas del sindicato y lo imposible de reportar dinero para saldarlas, acordamos un día que convendría vender la casa, pues con ese dinero se pagarían las deudas y además la libraríamos del peligro de que la recogieran los enemigos. La Directiva fue de parecer, no así algunos socios que veían en esto un grande atraso. Para mayor seguridad, consultamos al *ilustrísimo señor* obispo, quien no sólo aprobó sino que me ordenaba que lo hiciera lo más pronto posible por el peligro que corría, y me decía que se hicieran los pagos, pero que al tesorero, por no tener seguridad de lo que era su deuda, pues no había comprobantes, que no se le reconociera sino un tanto, mientras él presentaba comprobantes. Así se hizo: la finca se vendió en 800 pesos, al tesorero se le pagaron 100 pesos, no reconociéndole más, y se saldaron las demás cuentas. La finca quedó en poder de *don* Tomás Pérez.

ADELANTOS

En el sindicato, casi el único adelanto que hubo fue el saldar las deudas y tener ya fondos propios la Enfermería y el mismo sindicato.

En la Unión, se contó también con fondos propios. Se estableció un pequeño taller [al] que se le dio el nombre de “Santa Teresita del Niño Jesús”; se hizo algo de trabajo, pero lástima que no pudimos colocarlo ni en la república ni en el extranjero. Anexo al taller se abrió un círculo de estudios [// 30/5v] en el que se daban clases de escritura, lectura, aritmética, dibujo, costura, canto, religión, gramática, encuadernación.

CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL MEXICANO

Un grande hecho conmovía los corazones católicos mejicanos desde los últimos meses del año de 1923: la celebración de un congreso eucarístico nacional. Se habían establecido ya el Comité Central y los diocesanos, y hasta los parroquiales. El *reverendo padre don Joaquín Cardozo*, organizador de él, trabajaba activísimamente y, por el entusiasmo con que el pueblo correspondía a las instrucciones que se les daban, se veía que tendría que salir como se deseaba, una gran prueba de amor a Jesucristo Señor Sacramentado. En los trabajos tomaron parte activa las asociaciones de carácter social: *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*, Caballeros de Colón, Damas Católicas y *Confederación Nacional Católica del Trabajo*, por lo que a todas partes llegaban l[os] órdenes del día por medio de circulares de los comités y de las agrupaciones dichas.

En efecto, gracias a nuestro Señor que así lo permitió y lo quiso, en el mes de octubre, del 5 al 12, se celebró con grande pompa en la capital de la República y hubo actos muy solemnes en todas partes, hasta en las pequeñas aldeas, según sus posibilidades.

No sé cómo se nos entrometió el espíritu del mal e impidió el que mandáramos a nuestros delegados al congreso, cómo lamento esto, pero no fue posible.

En Valparaíso hicimos lo posible por solemnizarlo y quedamos contentos por haberlo conseguido. El día 12 hicimos una velada en la que honramos a nuestro Señor Sacramentado.

Como recuerdo de este grandioso acontecimiento, el *señor Ibarra* colocó una cruz en la parte superior de la puerta mayor de la iglesia parroquial.

ELECCIONES DE LAS DIRECTIVAS EN 1925

Al año, pues, como lo marcan los estatutos, aunque no en el tiempo que dicen, se hicieron las elecciones de ambas sociedades.

En la Unión resultaron presidenta y vicepresidenta: Trinidad Arroyo y Victoria Márquez *viuda* de Alegría. En el sindicato resultaron [*don Pedro Ortiz* y Aurelio R. Acevedo, *don Ángel Reyes* y *señor Vicente G. Ramírez*].

Se hicieron también las renovaciones de la entronización del año anterior.

COOPERATIVA DE CONSUMO EN LA UNIÓN [// 31/6]

A raíz de las elecciones propuse a las obreras el establecimiento de una cooperativa de consumo. Mi idea fue aprobada por la Directiva. Formo los estatutos y, ya sobre firme, se convoca a asamblea general y en enero de 1925 quedó formalmente establecida con el nombre de La Inmaculada. Esta cooperativa tuvo buenos resultados, teniendo que ser liquidada en junio de 1926 por estar ya muy vecina la suspensión de cultos y, por ende, la persecución religiosa de Calles.

CAJA JUVENIL DE AHORROS PÍO XI

¿Y la juventud? Estaba casi abandonada en las obras sociales. Esto me preocupaba mucho porque yo amaba mucho a aquellos muchachos bulliciosos. Yo creía que ya no sería difícil el establecimiento de la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*, pues los niños que en 1923 recibí en la fundación de la Cruzada Eucarística y catecismo habían crecido con buena conducta. Con todo, para no aventurar tanto en la elección de los que me pudieran servir, los llamé un día a señalados jóvenes y les propuse la idea de que estableciéramos una caja de ahorros. Se hizo con relativa facilidad. La caja estuvo funcionando con regularidad hasta cumplidos 10 meses y su resultado fue magnífico, pues yo me encargué de la administración. Ya antes la habíamos establecido pero no nos dio grande utilidad a causa de la impericia de los muchachos. En fin, esto no me servía directamente más que para conocer a los muchachos, como ya dije.

MUERTE DEL SEÑOR NAVA

Cuando con grande entusiasmo preparábamos las Bodas de Oro del *señor* cura Nava, he aquí que nuestro Señor se lo llevó a celebrarlas al cielo.

El *señor* Nava, luego que dejó la parroquia, estuvo unos días en Zacatecas, pero volvió a esta población, de donde salió para Matehuala, *San Luis Potosí*, invitado por el *ilustrísimo señor* De la Mora. Estuvo en aquella parroquia hasta los últimos días de noviembre de 1924. Llegó, pues, de vuelta a esta población el 6 de diciembre del mismo año, donde fue bien recibido por sus antiguos feligreses. Parecía que tenía una relativa salud muy mejorada. Nos ayudó mucho en el ministerio. En marzo de 1925 fue a Viudas, invitado por aquellos fieles a celebrar el día de *San José*. Volvió con felicidad y fue a *San Miguel* a celebrar los días santos.

El martes santo recibe aviso el *señor* Ibarra de que el jefe de las operaciones militares, *general* Eulogio Ortiz, viene a aprehenderlo y, sin más, tiene que salir de la parroquia, quedándome yo solo toda la semana santa. [// 32/6v]

El Domingo de Resurrección me mandó decir, la víspera, el *señor* Nava que si quería que me diera la misa mayor ese día, que temprano le mandara un auto. Yo deseaba mucho esto, pero no me fue posible, por más que hice, mandarle el coche, así que él se vino en la chispita de la hacienda. ¡Pobrecito! Llegó bien, dio la misa pero ya muy fatigado.

Otro día me avisó que se estaba [h]inchando de las piernas, que él creía que ya era para partir.

En verdad, los últimos días de abril se puso cada vez más grave, se le atendió en cuanto se pudo, vino médico de Fresnillo el día 28; un poquito mejoró y, aprovechando esa mejoría, yo fui a *San Antonio*, a las Bodas de Plata del *señor* Ibarra el 29, pero volví ese día y lo encontré igual.

Entró mayo y, con grande dificultad, celebró hasta el día 4; el 5 ya no pudo y el día 9, sábado, a las 5:45 p. m., falleció.

Natural, todo mundo lo sintió, aun muchos de los agraristas. Hicieron la lucha algunos de los fieles de conseguir que se sepultara en la parroquia, en el crucero del lado del Evangelio donde él acostumbraba celebrar por estar allí el altar de ánimas. Parece que se conseguía y hasta se empezó a abrir, pero el maligno espíritu lo impidió definitivamente, así que no pudo celebrarse su sepelio sino hasta el día 11 en el panteón común.

Murió a la edad de 75 años y el día 22 de mayo de 1925 completaba los 50 de sacerdote.

VISITA DEL JOVEN PACHECO, ZACATECANO⁴⁶

Era el mes de julio de 1925. Los estudiantes del Colegio Margil de Jesús, que tenía la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana* en Zacatecas, así como todos los demás de los otros colegios y escuelas, estaban en vacaciones. Un día recibo una cartita de mi antiguo compañero Manuel Pacheco, que desde Monte Escobedo me avisaba que quería pasar por ésta a su regreso a Zacatecas. Se acercó hasta la Hacienda del Chacuaco, donde estuvo con el *señor don* Eulalio Robles. De allí vino al Astillero, pasaron hasta Valparaíso, pero se regresaron luego, quedando entendidos del día en que vendría ya a aquí de fijo. Lo acompañaba el joven Pedro Salcedo, estudiante del Instituto Científico.

Efectivamente, el sábado 18 llegaron a la población en el auto que mandé y que ya los encontró en el camino.

Callo las muestras de cariño recíprocas que hubo entre ellos y yo.

Otro día, domingo 19, me indicó Pacheco que deseaba ir al panteón a co- [//]⁴⁷

⁴⁶ Enseguida una nota de mano del propio Arroyo: "Memorias de un sacerdote de Zacatecas". Es decir, tanto *ACJM* como *VV* muestran anotaciones que permiten asegurar la intervención directa de Arroyo en su preparación. Por tanto, sus fechas aproximadas serían, para *ACJM*, como ya se dijo, 1929, y para *VV*, quizá 1930 o el año siguiente.

⁴⁷ Hasta aquí los 12 primeros folios de *ACJM*. Las últimas líneas, que siguen al subtítulo "Visita del joven Pacheco zacatecano", se repiten al principio de *VV*.

[HAY QUE HUIR]

195

1. HAY QUE HUIR

Era el lunes 23 de agosto de 1926. Me encontraba de vicario (parroquial) cooperador en la parroquia de Valparaíso, *Zacatecas*, desde el 23 de septiembre de 1922. El domingo 22 habíamos resuelto mi mamá, Leopoldo mi hermano y yo, salir de la población y retirarnos a unas de las haciendas de los *señores* Soto: San Antonio de Padua y San Juan Capistrano, mi tierra, por oferta de *don* Manuel Soto y Valle, en caso de arreciar la persecución religiosa.

Como desde el mes de marzo que salí de la cárcel de Zacatecas había estado enfermo, y en los primeros días de agosto sintiera un fuerte reumatismo que me estaba paralizando todos los miembros, la no- [// 195v] che del 22 al 23 no había dormido nada y me encontraba muy trastornado por haber tenido un fuerte dolor en la rodilla derecha. Con dicha dificultad celebré la santa misa en la misma casa que habitaba, donde tenía reservado y escondido al Santísimo, sirviéndome de altar un escritorio del Sindicato Interprofesional “León XIII”. Enseguida pasé al comedor a desayunarme, cuando veo entrar a mi hermano Leopoldo a caballo. Eso me extrañó pues nunca llegaba a esa hora. Entra y me dice: “está bueno que nos vayamos hoy a *San Antonio*”. “¿Qué, ya vinieron por nosotros?”, le pregunto. “No –me dice–, pues apenas voy a mandar decir que vengan; pero está bueno que *usted* y yo nos vayamos delante”. “Eso no me parece –le [// 196] digo–, porque nosotros somos los que debemos disponer la salida. Así que esperemos a que vengan de San Antonio, o ¿qué, hay algún peligro?”. “Precisamente porque ahorita no lo hay conviene irnos –dice mi hermano–, pues los agraristas salieron a perseguir a *don* Pedro Quintanar, quien se levantó en armas en contra del gobierno el 15 de este mes en Chalchihuites, donde mataron al *señor* cura”.

Por ese diálogo y la urgencia que manifestó mi mamá en que yo saliera, comprendí que había peligro y luego me resigné y consentí.

Mientras el mozo llegaba con la remuda me encerré en mi pieza, llamé a mi hermana Trinidad y a Luis Cárdenas; y, ayudado de ellos, estuve disponiendo y pre- [// 196v] parando lo conveniente e indispensable.

⁴⁸ Este escrito se puede localizar en la caja 49, expediente 3 y, a falta de título, le hemos asignado el del primer subtítulo. La numeración es la que se aplicó durante el proceso de organización de la Colección Padre José Adolfo Arroyo, pues no tiene numeración de origen.

A las 12 del día montaba yo una mansa mula blanca en la puerta de la que era mi casa habitación. Bastante sufría en el cuerpo, pues no podía montar; parecía que me descuartizaba, pero más sufría en mi alma.

Salir de Valparaíso... lugar de mis primeros trabajos sacerdotales... donde tenía tantos proyectos y obras y recuerdos... mis niños... mis acejotaemos... mis obreros... mis obreras... mis señoritas de la Liga de Modestia... En el panteón, los restos de mi papacito y de mi abuelito *don* Luciano... ¡Ay!, sentía morirme, pues presentía no volver a Valparaíso. [// 197]

“Había que huir”, me dije, y despedido y bendecido de mamá, y dada la bendición a ella y a mis hermanas y a Lupe, y a Jesucito, y recomendándoles lo que habían de hacer con el sagrado depósito, de quien también me despedí, partimos rumbo a mi tierra.

¡Cuántas impresiones e ideas se agolpaban en mi mente!

A Pancho lo mandé con mi sombrero chico a la orilla. Lo hallamos en la Huerta Estrada y aquella buena familia luego entendió de qué se trataba, por lo mismo estaban ya llorosos saliendo a despedirme.

Salí acompañado de Florencio Aguirre y en El Resbalón salió Leopoldo, mi hermano, y tomamos el camino rumbo a Huejuquilla.

Como yo estaba enfermo creí que [// 197v] pronto me ofrecerían de comer, pero pasamos más bien aprisa que al paso por Cruces y ya tarde llegamos a La Escondida. Mi hermano puso la lumbre y calentó las gorditas y comimos. Hasta entonces me descubrió el pastel.

Tenga, me dice, y vea por qué nos vinimos; y me dio una carta en que le comunicaban que esa misma noche se levantarían en armas los obreros y otros de Viudas, Peñitas, El Sauz y Peña Blanca, encabezando el movimiento Trinidad Castañón y Basilio Pinedo; y como yo era el asistente eclesiástico de los obreros, seguramente los enemigos me creerían el promotor y era mejor huir a tiempo.

Sentí una impresión completamente nueva, impregnada de satisfacción por ver que un puñado de hombres a quienes dirigía en el sindicato se resolvían a morir por su Cristo Rey. Pero también sentí miedo, temor, como vil hombre. [// 198]

Con esas preocupaciones ya ni pude comer y luego pensé en mi mamá y en mis hermanas, a quienes había dejado, pero me conforté al pensar que las había dejado en manos de Dios y no a disposición de los enemigos.

Al llegar a Huejuquilla el martes 24 de agosto, poniéndose el sol, llegó el correo de Valparaíso y por él supimos que la insurrección se había iniciado y que los enemigos andaban furiosos (8-23-35).⁴⁹

⁴⁹ Los números entre paréntesis parecen referirse a la fecha en que Arroyo elabora o reelabora este relato con base en sus diarios, quizá con la idea de publicarlo en el *David*.

2. CRISTO OCULTA A LOS SUYOS

Efectivamente, el 23 de agosto de 1926 se levantaron en armas contra Calles, perseguidor oficial de Cristo, no centenares, ni todos los comprometidos, sino un grupito de 20 individuos capitaneado por *don* Basilio Pinedo y su hijo Jesús, en Peña Blanca y Peñitas, Valparaíso, *Zacatecas*.

No pudieron, por consiguiente, tomar a Valparaíso u otra plaza. Así que no hubo más remedio que irse [// 198v] a la sierra a esperar qué disponía nuestro Señor y ver si los católicos de la República se movían. Entre tanto se proveían de caballos y monturas.

Sucedió que una noche de esas tenían una entrevista con un individuo que les prometía algo. En esa tarea se ocuparon toda la noche porque no hallaron a la persona y, por esperar más, los sorprendió la mañana a campo descubierto y lejos aún del monte y los cerros, y entre ranchos peligrosos.

Llenos de cuidado por el peligro, pues no podían aún defenderse, se encomendaron a nuestro Señor.

Ya casi salía el sol y el día estaba completamente despejado cuando de pronto se levantó un nublinazo tan espeso que los cubrió completamente y los acom- [// 199] pañó hasta que se ocultaron en el monte sin ser vistos de nadie. Dicen que era la única parte donde había neblina.

Reconocieron la maravilla que les hizo el Señor y le dieron gracias (8-28-35).

3. ¡VIVA CRISTO REY!

Desde los primeros días de agosto de 1925 me había cogido un fuerte reumatismo que casi me paralizaba.

El domingo 29 estaba yo sentado casi sin poderme mover en la sala de la casa Jaime en Huejuquilla el Alto, *Jalisco*.

El *señor* cura *don* Juan Ibarra Jiménez, mi paisano, estuvo buen rato conmigo y luego me dice: “ya me voy porque vamos a tener revolución”. “¿Revolución?” –le dije, algo impresionado, pues mi enfermedad era biliosa. [// 199v]

“Sí, revolución –me contestó–, pues hoy va a entrar a ésta Quintanar a las 11 y falta media hora. Me voy porque no quiero que cojan por acá los balazos”. Se despidió y se fue.

Don Pedro Quintanar se había rebelado el 15 de agosto al querer quitar al *señor* cura *don* Luis Batis y dos acejotaemeros que llevaban presos los federales, de Chalchihuites a *Zacatecas*.

No sé por qué se me olvidó tan pronto la noticia. El hecho es que estaba yo muy tranquilo cuando oigo una descarga de pistola automática muy cerca, la cual fue respondida por otras más lejanas y algunos gritos y luego repiques y más descargas, ya de arma larga.

“No se asuste, padrecito –me dice Emilita Jaime–, son los católicos que entraron”. “Es don Pedro Quinta- [// 200] nar, –dice otra persona–... y llevan una bandera tricolor y van gritando ¡viva Cristo Rey!”.

Pasada esa impresión con sus concomitantes de “corrieron los gobiernistas..., aprehendieron al presidente...”, con mucho júbilo se comentaba el acontecimiento, cuando... una nueva más: “gente a caballo se aproxima, ¿quién puede ser? Son varios y traen una bandera también tricolor... con la virgen de Guadalupe... y gritan: ¡viva Cristo Rey! ... Son los del Valle...”.

Así me llegaban las noticias, que recibía con gusto pero con temor al considerar el porvenir.

Los de Peñitas, como generalmente se llamó a los de Valparaíso, entraron a las 12 a Huejuquilla, una hora después de Quintanar. No se habían visto antes ni se habían puesto de acuer- [// 200v] do por más que eran conocidos, pues Quintanar lo era bastante de Valparaíso, a donde pertenece Milpillas, tierra suya.

¿Cómo adoptan pues el grito de guerra “¡viva Cristo Rey!” unos y otros? ¿Cómo se adoptó en toda la República?

Indudablemente que fue el mismo Cristo Rey quien así lo decretó.

Bendito grito que nació en la Montaña de Cristo Rey, antes de “El Cubilete”, en 1921, cuando 50 mil mexicanos, presididos por el Episcopado y el delegado papal, levantaron el monumento a nuestro rey, quien para tomarnos o aceptarnos como vasallos pidió que se sellara con sangre su grito. Y se selló con lo mejor de la sangre mexicana: sacerdotes, niños, jóvenes, ancianos, doncellas... en la épica jornada de 1926 a [// 201] 1929 y en adelante seguirá hasta que el divino Señor quede contento (8-28-35).

Rancho de Santa Teresa de Jesús

Mucho oí desde chico nombrar los Bajíos del Zapote, Los Tanques, Las Mangas de la Trinidad, sin que pensara jamás que esos lugares habrían de ser mi escondite en días no muy lejanos, como fueron del 13 de diciembre de 1926 al 10 de agosto de 1929. Lugares que fueron tan queridos para mí, que conservo y conservaré siempre en mi memoria y que me traerán siempre gratísimos y dolorosísimos acontecimientos en la persecución de esos tres años.

El domingo 26 de septiembre de 1926, al volver de Tepetates (en la Sierra Madre Occidental), donde nos refugiábamos mientras Eulogio Ortiz visitó [// 201v] terriblemente a Huejuquilla, fui de *San Juan* a Los Bajíos, donde supe que se encontraba mi tío don Pedro Acevedo, hermano de mamacita.

Efectivamente lo encontré y me recibió con gusto, pues hacía muchos meses que no nos veíamos.

Ahí me informó de lo que él sabía y le recomendé fuera a San Antonio de Padua a informar de mi mamá, hermanos y hermanas.

Me reclamó por qué no le había encomendado eso desde antes, diciéndome que no teníamos necesidad de andar viendo caras extrañas sabiendo que teníamos un tío que

cuidaría de nosotros a pesar de sus pobreza. Sentí vergüenza pero me sentí alentado y aliviado con su espontáneo ofrecimiento, pensando utilizarlo cuando otros parientes nos cerraban las puertas [// 202] de sus casas por temor de comprometerse.

Dormí ahí esa noche y al siguiente día, después de un sabroso almuerzo que me preparó mi tía *doña* Dorotea García de Acevedo, me volví a *San Juan*, donde tenía algunos pendientes que arreglar. Dije mal, permanecí todo el lunes y hasta el martes me regresé.

Del sábado 9 de octubre hasta el domingo 17 estuve otra vez en Los Bajíos.

Fui ahí tratado finamente por aquellos labriegos moradores. Me deleitaba el campo y el canto de los trabajadores en aquellas noches de luna tan preciosas, pero sentía herido mi corazón por los males que sufríamos y sin poder celebrar la santa misa.

El miércoles 10 de noviembre visité otra vez Los Bajíos y ya tuve la dicha de celebrar los días 11 y 12. [// 202v]

El lunes 13 de diciembre de 1926 a las 3:30 p. m. bajé otra vez de Huejuquilla a Los Tanques o Santa Teresa de Jesús, donde se encontraba ya mi tío y otros de los que antes visité en Los Bajíos, a donde salían a sembrar.

El Rancho de Santa Teresa fue fundado muchos años antes, sin poder encontrar la fecha, y probablemente por padres Jesuitas, según un monograma que se pudo conservar en las ruinas de la capilla. Además de esas ruinas, que ahora sirven de camposanto, hay ruinas de varias casas.

Está el rancho antes de entrar al Cañón de las Mangas de la Trinidad.

Muy cerca de las ruinas, al sur, hay varias huertitas de regadío y se entra atravesando una espesa mezquitera y pasando un [// 203] arroyuelo que baja desde El Zapote y El Zapotillo a un hermoso ranchito oculto entre dicha mezquitera y un cerretillo al oriente y una cordillerita al poniente. Tiene un ojo de agua sulfurosa que llena tres tanquecillos que sirven para el regadío y entre uno y otro se ven los efectos de la humedad, pues siempre hay ahí zacate verde.

Al sur quedan Los Bajíos, al norte Atotonilco, al oriente Huejuquilla y al poniente la Hacienda de San Juan Capistrano, mi tierra, a dos leguas.

ANEXO 3

283

RECUERDO DE LA ENFERMEDAD Y MUERTE DEL SEÑOR CURA, MI HERMANITO⁵⁰

JUEVES 1.º DE DICIEMBRE DE 1938

1.º Este día empezó a estar malito con un dolor y fuerte palpitación del corazón y pulso. A las 3 de la tarde lla[ma]mos urgentemente al *doctor* J. Jáuregui; así pasó la noche y con mucho frío y este mismo día, a las 4, vinieron los *reverendos padres* Zaragoza y Martínez a invitarlo a predicar para el día 12.

Viernes 2. Este día amaneció lo mismo y con conatos de basca quiso ir a celebrar pero no pudo y hasta hoy fue [// 283v] a comer al comedor, tomó nomás sopa aguada y caldo de frijoles. A las 11 de la noche se empezó a [a]gravar y lo velé yo sola porque no estábamos más que Mariquita de los Ángeles, Rafael y yo, hasta a la[s] 4 de la mañana [y me dijo ¡ay, que trabajo es vivir!] le mandé hablar a la otra casa a Trinidad y lo seguimos velando ya todas las noches.

Sábado 3. Este día amaneció más malito y los conatos más fuertes.

Domingo 4. Este día amaneció igual y vino a visitarlo el *señor canónigo* Santana, en la tarde, y por la noche fui a ver al *doctor*, le pusimos un [lavado].

Lunes 5. Este día amaneció igual [// 284] y vino el *señor canónigo* Cueva por la tarde a visitarlo, le repetimos el lavado y lo calentamos con botellas porque su temperatura era de 35 a 35 ½ y empezó a arreglar el *doctor* llevárselo a Aguascalientes.

Martes 6. Este día vinieron los *señores canónigos* y el *doctor* a verlo, que amaneció con la misma gravedad, y acordaron la salida, que querían ese mismo día, le dijo el *doctor* al *señor cura* que se lo iba a llevar y se sintió muy contrariado y les dijo que mejor [h]asta otro día porque no estábamos preparadas; la noche la pasó [// 284v] muy malito y muy triste por la contrariedad de la salida, se sentía ya muy débil y con dificultad se levantaba y dijo: “¡válgame Dios pero de dónde tanta bilis, por qué siento tanta debilidad!; y así me quieren llevar a Aguascalientes, pero si yo ya no puedo”. Yo

⁵⁰ El título está en el original y nos da idea de que se trata de un manuscrito de su hermana María del Carmen Arroyo. Se localiza en el Fondo Aurelio R. Acevedo, caja 49, expediente 4. De igual manera, la numeración es la que se aplicó durante el proceso de organización de la colección del padre Arroyo, pues no la posee de origen. Arroyo tenía dos hermanas: Carmen y María Trinidad. Este opúsculo habría sido escrito por la primera.

le dije que nomás que amaneciera iba a decirle al *señor* Cueva que él abogara por él, que no se lo llevaran y él me dijo que sí porque él ya no podía, y así lo hice. Se le avisó a Leo y vino Juanita.

Miércoles 7. Me fui a ver al *señor* Cueva [// 285] que les dijera que suspendieran la ida porque estaba muy contrariado y que ya no podía. A las 10 ½ se vinieron los *señores canónigos* Cueva y *señor* Frías y *doctor*, ya le dijeron que no iba, que estuviera tranquilo y se consoló pero empezó a transformarse. Como a las 2 p. m. lo cambiamos de la recámara a la sala y le dije que si quería recibir a su padre Dios y me dijo con mucho ánimo “¡sí, cómo no!”. Y me fui a *Zacatecas* a hablarle al *señor canónigo* Cueva, que a esa hora, las 3 y ½, daban la segunda de coro y él entraba a catedral, [// 285v] [y nada más decía: “sí, a ver qué más, que otra cosa, ya está bueno”].⁵¹

Día 7. Desde este momento se negó de todo alimento y medicina.

Yo, que andaba hecha un mar de lágrimas, me acerqué a encontrarlo y le dije que viniera a auxiliar a mi hermano, al *señor* cura, porque ya se estaba poniendo más malito, que ya se estaba trastornando más. Al momento vino, que sería como a las 4 p. m., más o menos al momento lo arregló de todo a todo y así pasó la noche.

Jueves 8. Este día amaneció más grave y ya sin hablar y como a [las] 10 a. m. pronunció el nombre de María, nada más una vez, y no volvió a hablar [// 286] ni abrir los ojos. Por la mañana vino el *señor* cura Martínez y por la tarde, como entre 4 y 5, vino el *señor* obispo Jesús de la Torre, el *señor* Fernández, el *señor* Espinoza y el *señor* Martínez, que fue el que trajo al *doctor* Haro y arregló una junta de *doctores*, y él mismo se fue a traer a los *doctores*; López de Lara y Ñañes [*sic*] lo examinaron y le pusieron un lavado a la fuerza porque se defendió mucho y toda la noche se le pusieron ventosas también con mucho trabajo porque él ya no quería nada y fue en vano todo. ¡Dios sea bendito! [// 286v]

Día tristísimo y lamen[table]

Viernes 9. Este día a las 7 y 1/4 a. m. dejó de existir nuestro queridísimo y bien llorado hermanito.

Sábado 10. Este día se le hicieron sus funerales, estuvieron muy concurridos, en el Santuario de los Franciscanos y a las 12 a. m. se las dieron el *señor* cura don Carlos Fernández, el *reverendo padre* don Carlos Martínez y otros varios *sacerdotes*, y a las 12 a. m. lo llevamos hasta el sepulcro y terminó nuestro encanto en la Tierra. [// 287]

MARZO DE 1939

El *señor* Fernández siguió administrando la parroquia hasta el día de 20 de marzo. Nos dijo, hasta hoy día 20 dejó de ser administrada la parroquia por el *señor* Arroyo. Amén.

⁵¹ Escrito al margen superior y con otro tipo de tinta, lo que hace ver que no fue escrito en el mismo momento del texto original.

Memorias de un sacerdote cristero, de José Adolfo Arroyo se terminó de imprimir en octubre de 2016 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., ubicados en Calle 5 de febrero núm. 2309, Col. San Jerónimo Chichahualco, Municipio de Metepec, Estado de México, C.P. 52170. En su composición se utilizó Adobe Garamond Pro. El tiraje consta de 200 ejemplares de un tiro, en fases, de 500. Para la impresión se utilizó papel cultural de 90 gramos. La formación tipográfica estuvo a cargo de Juan Carlos Rosas Ramírez.

